

PANICO

S.D.HALTES



PANICO

S.D.HALTES

S. D. HALTES

PÁNICO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
BARCELONA **BUENOS AIRES**

PORTADA: C. PRUNES

Junio —1972

Depósito Legal: B. -21793 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

A mi buen amigo Rudesindo López González.

Afectuosamente,

EL AUTOR

Capítulo Primero

La primera sorpresa se la llevó Larry Adams cuando fue a poner en marcha su modernísimo coche: un «Cadillac 2001». El número del modelo se refería al año, claro está, aunque en aquellos momentos ligeramente anticipado a la realidad. Porque era precisamente el último día del año dos mil; el siglo veinte se hallaba aún en curso, y precisamente lo que motivaba la actitud de Larry Adams al tomar el vehículo era su deseo de dirigirse a Washington para celebrar los últimos estertores del segundo milenio y la feliz entrada del mundo en el tercero, que se inauguraba simultáneamente con el siglo XXI y el año 2001.

Y allí se llevó Larry la sorpresa. El coche, recientemente adquirido y que había dado muy buenos resultados en las pruebas realizadas, se negaba a funcionar. Al parecer, fallaba todo el sistema de encendido.

— Para que se vaya uno fiando de la propaganda — refunfuñó el joven, de mal humor, mientras salía del vehículo y cerraba de un portazo—. Pero los constructores no se burlarán completamente de

mí. Si hoy no puedo estar en Washington a la hora precisa, les demandaré por daños y perjuicios.

Entró en la casa. Un edificio solitario, casi perdido en lo alto de un picacho de la cordillera de los Apalaches, en el mismo límite de las dos Virginias; la Oriental y la Occidental. Aquella casa era a la vez vivienda, laboratorio científico, taller y observatorio astronómico, del célebre hombre de ciencia Warner Leyland, tío de Larry. Allí se refugió Margaret Leyland, madre de Larry, al quedar viuda siendo el chico de muy corta edad, y allí siguió viviendo el joven, bajo la tutela de su tío, después de haber tenido que pasar por el profundo dolor de ver morir a la que le dio el ser.

John, viejo y único servidor de la casa, salió a su encuentro.

—No comprendo lo que ocurre, Larry — Larry no permitía que el viejo John le diese tratamiento de ninguna clase—. Todas las luces de la casa han dejado repentinamente de funcionar.

— ¿Eh? ¡Precisamente lo que faltaba! —gruñó el muchacho, notando que aumentaba su mal humor—. ¿Has comprobado si hay avería en el receptor de corriente?

—Yo no entiendo de esto... —se disculpo el hombre—. Si estuviese en casa tu tío... Pero ya sabes que no regresará hasta mañana.

Era la segunda sorpresa. La electricidad entonces, se transmitía directamente sin neces.dad de hilos conductores; las centrales la lanzaban al espacio y cada consumidor, fuese particular, ferrocarril, vehículo o motor de cualquier otra clase, la recibía captándola por medio de un aparato inventado hacía ya años precisamente por el propio Warner Leyland. En el aparato receptor se marcara el consumo y era severamente castigado aquél que poseía alguno sin previo registro.

Larry no comprendía cómo podía haberse averiado el receptor de su tío. Pero le urgía resolver la situación, porque el tiempo disponible se acortaba.

—Veamos, John —dijo, tratando de calmarse—; en mi habitación tengo una pila atómica. Ve por ella, mientras yo llamo para que vengan a arreglarme el coche con toda urgencia. Luego echaré un vistazo al receptor eléctrico.

Pero la serie de sorpresas no había terminado aún. Larry descolgó el aparato telefónico y lo natural era que automáticamente se hubiese alumbrado el espejo visor en el que había de aparecer luego el rostro de la persona que contestase a la llamada. Nada de esto ocurrió; ni se iluminó el espejo, ni Larry consiguió que le contestaran de ninguna parte. El teléfono no funcionaba.

— ¡Imposible! —murmuró—. Las averías telefónicas son comunicadas automáticamente a la central, y...

Se interrumpió, porque en aquel momento llegaba John con la pila atómica.

—La pila está aquí, Larry — dijo el criado —. ¡Pero no se enciende!

— ¡Trae! —se la arrancó de las manos—. ¿Es que ni esto sabes ya hacer funcionar?

Pero tuvo que rendirse a la evidencia. No era culpa de John; era, simplemente, que la pila no funcionaba, como no funcionaba ni la batería del coche, ni el receptor eléctrico, ni el teléfono. ¡Era el colmo! ¡Y que precisamente aquello tuviera que haberse producido en una fecha tan señalada, que sólo se podía celebrar una vez cada mil años en la Historia del mundo!

Por más esfuerzos que hizo no pudo explicarse lo que estaba ocurriendo. De momento pensó que se trataba de alguna inesperada avería en la central emisora, cosa ya de por sí muy hipotética. Pero tuvo que desechar la idea, porque el teléfono tenía central propia independiente, y tanto el coche como la pila atómica se producían la electricidad por sí mismos.

—Si estuviese aquí tío Warner, él nos daría una explicación —dijo—. Pero se halla ausente y yo debo marcharme. ¿No lo comprendes, John? ¡La conmemoración de un milenio no es posible dejarla para el siguiente!

—Cierto, Larry; pero...

— ¡Necesito estar en Washington antes de las doce de la noche y son casi las seis de la tarde!

—Puedes estar, Larry —repuso el criado—. Tu tío tiene dos helicópteros. Por lo tanto, ha quedado uno en el garaje.

Larry se pegó una palmada en la frente.

— ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Eres el número uno de los criados del mundo, John!

Y el muchacho salió corriendo, dando la vuelta a la casa para entrar en el garaje.

«Bueno —se dijo luego, disminuyendo su carrera—; no es necesario que me precipite. Con el helicóptero puedo estar en la capital antes de una hora.»

Pese al auge adquirido por los helicópteros Larry era partidario del coche y lo usaba exclusivamente en sus desplazamientos. Por esto no se acordó de momento del aparato de reserva que tenia siempre en casa su tío Warner. Los fabricantes de coches, en su lucha contra la competencia creciente de las aeronaves, presentaban unos modelos perfeccionados hasta lo indecible, rápidos, cómodos y formas elegantes. Libraban su última batalla, porque el número de partidarios de viajar a través del espacio era cada vez mayor, pero aún encontraban una buena clientela entre las gentes refinadas, sin

prisas excesivas y amantes de no echar totalmente el pasado por la borda.

Larry entró en el garaje y miró con disgusto el excelente aparato de locomoción.

—Mis amigos pensarán que me he pasado a la trinchera de enfrente —murmuró, mientras penetraba en la cabina—. Pero más vale llegar en helicóptero que no llegar de forma alguna.

Resignado, manipuló los mandos para qué el aparato se deslizara al exterior y desde allí pudiese emprender el vuelo. Y la nueva sorpresa tuvo lugar. Los mandos no obedecieron. ¡El helicóptero no funcionaba! ¡Ni aquel supremo recurso le quedaba a Larry para abandonar los montes Apalaches y trasladarse a Washington!

Algo extraordinariamente anormal estaba sucediendo. Pero, ¿qué era? ¿Qué posibilidades tenía él de averiguarlo y, sobre todo, de repararlo?

Larry abandonó el helicóptero y salió corriendo del garaje.

— ¡John! ¡John! —gritó—. ¡El helicóptero tampoco funciona! ¡Parece que falla su dispositivo eléctrico!

Lo único que consiguió fue atolondrar más al pobre. Larry ignoraba que en aquellos momentos, en otras partes del planeta, estaban ocurriendo también hechos insólitos que nadie se veía capaz de explicar.

* * *

El ferrocarril, procedente del Oeste, se deslizaba a una velocidad superior a los trescientos kilómetros por hora. Su máquina eléctrica, sin cables conductores, captaba también directamente el fluido mediante un aparato receptor. Cruzaba las inmensas llanuras donde antaño corrió abundante la sangre de blancos y pieles rojas, y que ahora estaban convertidas en fertilísimos vergeles, sin otro recuerdo del pasado que la toponimia de las poblaciones, ríos y montañas.

Warner Leyland había dejado su refugio de los montes Apalaches para asistir a un congreso científico que acababa de celebrarse en San Francisco. El mundialmente famoso sabio no gustaba de abandonar el voluntario ostracismo a que se había sometido desde hacía muchos años; pero en ocasiones como aquella se veía obligado a hacerlo para no cometer la descortesía de rechazar la invitación de las altas jerarquías científicas del país.

Se hallaba ahora de regreso, y encerrado en su departamento de primera clase, estaba entregado por completo al estudio de sus problemas científicos. Casi se había olvidado de que viajaba en

ferrocarril. Al llegar el tren a Cumberland, el empleado le avisaría y desde allí, con su helicóptero, emprendería la última etapa de su viaje de regreso al refugio de los Apalaches. Seguramente se quedaría a pasar la noche en la propia Cumberland, puesto que el ferrocarril llegaría a una hora muy avanzada.

Tales eran los planes de Warner Leyland, a quien tenía sin cuidado que aquella noche la cronología del mundo pasara de su segundo a su tercer milenio. Pero ocurrió algo que interrumpió de manera brusca los pacientes estudios del sabio. Inesperadamente, pareció como si el tren hubiese sufrido un brusco frenazo. Su motor eléctrico dejó de funcionar y el convoy pasó en breves segundos de una velocidad superior a los trescientos kilómetros a la inmovilidad absoluta.

Los viajeros fueron precipitados fuera de sus asientos y hubo algunos heridos a consecuencia de los golpes. La alarma cundió rápidamente por el convoy. Los contusos fueron auxiliados por sus deudos o por sus compañeros de compartimiento, mientras que otros pasajeros, más asustados se lanzaban fuera de los vagones para enterarse de las causas de la inesperada detención.

Los maquinistas sólo pudieron explicar que había fallado el motor, sin comprender las causas ya que, aparentemente, no se había producido avería alguna. Se intentó hacer funcionar el motor de repuesto y el resultado fue igualmente negativo. El misterio hizo aumentar la alarma.

Leyland, sus libros y papeles rodaron también por el suelo. Afortunadamente, el sabio no se lesionó a consecuencia del golpe y pudo levantarse acto seguido, recogiendo y ordenando a continuación los preciosos documentos. Luego, al darse cuenta de que el tren se había detenido, salió de su departamento para indagar lo que había ocurrido.

Pudo escuchar los comentarios de sus compañeros de viaje, quienes habían vuelto a sus puestos después de percatarse de la imposibilidad de seguir adelante.

—Somos víctimas de un extraño sabotaje — decía uno—. Sin duda de ninguna clase, esto es obra de los espías a sueldo de las potencias de Oriente.

— ¡Nuestro Gobierno se anda con demasiadas contemplaciones! — exclamó otro—. Si de mí dependiera, les aseguro que los espías tendrían muy pocos deseos de proseguir con estos actos.

— ¡Deberían fusilarlos a todos! —chilló un tercero.

— ¿Y quién nos asegura que no habrá colocada una bomba en el tren y que dentro de pocos segundos no vamos, a volar todos? —comentó una rolliza señora.

La idea de una próxima voladura llevó el miedo a su paroxismo. Los pasajeros iniciaron una rápida carrera hacia la salida del vagón, con el propósito de abandonarlo.

— ¡El tren va a volar! —gritaban, dando ya por seguro lo que sólo había sido una sugerencia causada por el miedo.

— ¡Huyamos de aquí! ¡Pronto!

La voz corrió de unos a otros vagones, y todo el mundo se precipitó al exterior, atropellándose unos a otros sin contemplación de ninguna clase.

Warner Leyland se encontró solo en el coche de ferrocarril. Intentó calmar con algunas palabras a la asustada multitud, pero no consiguió más que ser empujado y casi atropellado. Entonces se decidió a descender a su vez y se dirigió a la máquina eléctrica del convoy. Allí se dio a conocer.

—Es algo inexplicable, señor Leyland —le dijo el maquinista, mostrándole los motores—. Tal vez usted, con su experiencia, pueda descubrir aquí algún ligero desperfecto que a nosotros nos pasa desapercibido.

El sabio examinó detenidamente los motores y se vio forzado a reconocer que no había en ellos la menor anormalidad.

—Incomprensible — murmuró —. Según toda lógica, estos motores deberían funcionar a la perfección.

—Y lo peor del caso es que el próximo tren se nos va a echar encima —repuso el maquinista—. Viajamos sólo con diez minutos de diferencia y ya casi han transcurrido. ¡Va a haber una catástrofe!

— ¿Por qué no avisan por radio? —sugirió Leyland.

—Ya lo hemos intentado, pero la radio tampoco funciona. ¡Algo terriblemente incomprensible!

Leyland examinó el pequeño transmisor de televisión que llevaban todos los trenes para poder estar en contacto unos con otros y con las estaciones del trayecto, y comprobó que el aparato se hallaba en perfecto estado de funcionamiento. ¡Lo mismo que los motores! ¡Y exactamente igual como ocurría a éstos, el transmisor se negaba a funcionar!

¡Allí había un terrible misterio, que toda la ciencia del sabio no podía esclarecer!

* * *

El tren que corría detrás de aquel en el que ría jaba Warner Leyland no llegó a echársele encima, por la sencilla razón de que se había detenido también de modo inexplicable. Y lo mismo ocurrió con todos los que circulaban en aquellos momentos por el extenso territorio de la Unión.

Nadie sabía lo que ocurría a los demás porque se habían paralizado todos los medios de transmitir noticias. Cada cual creía que su caso era particular y las pequeñas alarmas quedaban localizadas en el reducido espacio donde los trenes se habían detenido.

Pero no ocurría lo propio con aquéllos a los que la circulación había sorprendido en estaciones. Allí la alarma adquirió caracteres de gran tragedia, porque se mezcló con la producida al detenerse todos los servicios de la ciudad. Y esto en todas las ciudades, grandes o pequeñas.

Repentinamente se habían paralizado todos los transportes. Los metros quedaron detenidos en el interior de los túneles y con las luces apagadas. No funcionaban los mecanismos de abrir las puertas, y la gente, alocada, sin ver, pretendía salir rompiendo los cristales de los vagones. Labor ímproba, porque eran inastillables. Sentían faltar el aire y corrían de un lado a otro, buscando la imposible salida, atropellándose, gritando y pisoteándose.

En la superficie se habían parado los autobuses y coches, y los numerosos helicópteros que surcaban el espacio, tanto los particulares como los de servicio público, habían perdido repentinamente la estabilidad y se habían estrellado contra las calles o contra las azoteas de las casas, pereciendo sus ocupantes. Algunas de las azoteas, pese a su sólida construcción, se habían hundido, aumentando el número de víctimas de la desconocida catástrofe.

Se habían apagado todas las luces. No funcionaba ninguna máquina ni motor, y la gente, enloquecida, se había lanzado a las calles en busca de familiares y amigos.

— ¿Qué hacen los servicios de socorro, que no acuden? —decían unos.

— ¡Que salgan las fuerzas militares! —decían otros.

— ¡El Gobierno debería informarnos de lo que está pasando!

Gritos histéricos, que eran producto de las mentes enloquecidas más que del lógico raciocinio. Porque las ambulancias no funcionaban, las fuerzas militares no podían recibir ni transmitir orden alguna ni el Gobierno podía comunicarse con nadie. Cada grupo, cada departamento, debía actuar por iniciativa propia y contando solamente con los medios que tuviese más directamente a su alcance.

Salieron algunos grupos de camilleros y médicos a pie, para atender a las víctimas más cercanas. No podía hacerse más. Algunos destacamentos militares acudieron a reforzar a los agentes de la autoridad, para tratar de establecer un poco de orden en las calles y dominar a las turbas que se habían lanzado a ellas de modo frenético. En algunos sectores, los profesionales del robo se hicieron dueños de la situación, aprovechándose del terror del público, y algunos importantes establecimientos fueron saqueados.

Las armas atómicas tampoco funcionaban. Era preciso perseguir a los maleantes a culatazos o a palos. ¡El orden se estaba escapando de las manos de los encargados de velar por su conservación!

A tal situación llegaron en pocos minutos las grandes ciudades americanas, a consecuencia de aquel inexplicable misterio que lo había paralizado todo en tan escaso lapso de tiempo. ¡El caos! ¡Un indescriptible caos se había adueñado de las opulentas urbes de la Unión, poco antes las r e i ores y más organizadas del mundo!

* * *

Roger Clevers, el dinámico director del «Interplanet», uno de los más importantes rotativos de la capital federal, fumaba nervioso en su despacho. Esperaba impaciente la llegada de la joven reportera Miriam Hunter o, por lo menos, su llamada telefónica.

— Fui un idiota al acceder a que ella se encargase de esta información —gruñía Clevers, mientras por la enorme ventana del despacho observaba el normal movimiento de la calle—. No debí fiarme de una mujer. Si ha encontrado algún adonis que la haya invitado a cenar, ¡al diablo con el reportaje! Esa Hunter carece del sentido de responsabilidad...

Mientras hablaba consigo mismo. Clevers se había acercado a la mesa y descolgó uno de aparatos telefónicos. Fue al marcar el número de la central cuando se dio cuenta de que el espejo visor no se había iluminado, y que, por lo tanto, el aparato no funcionaba.

— ¡Lo que faltaba! —bramó—. ¡Que se estropee ahora el teléfono, y el «Interplanet» de principio de siglo va a tener que salir en blanco a la calle!

En aquel momento entró el jefe de máquinas. En su rostro se pintaban la alarma y el temor.

— ¿Qué sucede ahora? —chilló Clevers, viendo su cara—, ¡No vendrás a decirme que la rotativa...!

— ¡Se ha parado, jefe! —completó el otro—, ¡Algo inexplicable! ¡Y nos hemos quedado sin luz en toda la casa, aparte de que los teléfonos no funcionan!

— ¡Esto ya lo sé, pedazo de alcornoque! ¡Pero en vez de venir aquí con esta cara, podrías estar intentando...!

Se interrumpió, porque en aquel momento empezó a darse cuenta de lo que ocurría en el exterior. Los helicópteros cayendo sobre las casas, el tránsito paralizado, y la gente corriendo loca por las calles. En Washington, como en las demás ciudades.

Clevers y el jefe de máquinas se precipitaron a la ventana.

— ¡Dios Santo, jefe! —exclamó el segundo—. ¿Se da cuenta de lo que está sucediendo? ¡No es en el periódico! ¡Es en toda la ciudad!

La casa sufrió en aquel momento una terrible sacudida. Uno de los grandes aparatos de viajeros se había precipitado sobre la azotea, hundiéndola y causando víctimas entre la gente que trabajaba en el piso superior.

Los dos hombres salieron a la antesala. Los empleados del periódico corrían atropelladamente, saltando por las escaleras, intentando refugiarse ante el desconocido peligro. Clevers, hombre práctico, trató de imponer el orden.

— ¡Todo el mundo a sus puestos! — gritó, con voz que dominaba las exclamaciones de pánico de sus subordinados—. ¡Vamos a preparar una nueva primera página, con la información sensacional! ¡Aprisa!

— Pero, jefe —objetó el de máquina—. ¿Ni se da cuenta? La rotativa no funciona... No va a ser posible. ..

— ¡Desconozco la palabra imposible! —bramó el director—. ¡Si no puede hacerse a máquina, se hará a mano, como en los tiempos de Gutenberg! ¡Pero el «Interplanet» aparecerá mañana, informando de la catástrofe que se ha cernido sobre la capital!

Algunos de los empleados se habían detenido, no sabiendo si optar por el pánico a lo desconocido o por el no menos importante que les causaba su enfurecido jefe... Clevers llamó a algunos de ellos.

— ¡Cínife! ¡Hamilton! ¡Grey! ¡A la calle en busca de noticias! ¡Pronto! ¡Necesito saber que está sucediendo en Washington! ¡Dense prisa! ¡No se queden aquí parados como idiotas!

Los interpelados se pusieron en movimiento contaminados por el dinamismo del director. Los otros empleados, pasado el momento inicial de pánico, se habían ido reuniendo en la sala.

—Arriba hay heridos, jefe —insinuó uno de ellos.

— ¡También los hay en la calle y en todas partes! — contestó Clevers—. Yo debo cuidarme de lo mío, o sea de que el periódico aparezca mañana. —Luego, comprendiendo lo inhumano de sus anteriores palabras, añadió, con voz más calmada—: Los que no tengan trabajo urgente que atiendan a los heridos. Es todo lo que podemos hacer.

Finalmente, el director se volvió hacia el jefe de máquinas.

— ¡Morris! ¡Hágase como pueda con tipos de imprenta, y que se componga el número de mañana! ¡Aunque no tenga más que una sola hoja, el «Interplanet» no debe dejar de salir a la calle!

La ciudad de Washington no podría estar descontenta del director de uno de sus principales periódicos. Mientras un desconocido enemigo o una ignota fuerza paralizase su vida y destruyese sus hogares, tendría el consuelo de leer una amplia información sobre la misteriosa catástrofe.

Capítulo ii

Miriam Hunter, la joven reportera del «Interplanet», no había podido presentarse en la redacción del periódico a la hora señalada, porque su coche se había detenido inesperadamente a unos cincuenta kilómetros de la capital. No porque se hallase de bailoteo con algún hermoso galán, como maliciosamente había supuesto su jefe antes de tener noticia de la catástrofe.

La misteriosa fuerza que había paralizado toda la energía del país se había manifestado con ligera anticipación en unos lugares con relación a otros, y el coche de Miriam se detuvo cuando en la capital nada hacía prever el terrible drama.

La muchacha saltó del coche con mal humor.

— ¡Vaya! —exclamó—, ¡Una avería en plena carretera y en despoblado! Llevo cerca de una hora de retraso, y el ogro de Clevers debe estar ya maldiciendo uno a uno todos mis huesos. ¿Cómo le convenzo, luego, de que he tenido avería?

Echó un vistazo al motor. La joven no era muy entendida en la materia, pero de la inspección le pareció deducir que no existía ninguna anormalidad.

—Es raro — murmuró —. Pero, en fin, lo cierto es que me voy a quedar aquí inmovilizada. Tendré que esperar que pase algún vehículo. Si el conductor es joven, seguro que me lleva...

Fiándose en su indudable atractivo para convencer al conductor del primer coche que pasase, Miriam se puso a la expectativa. Y entonces empezó a llamarle la atención el poco, mejor dicho, el nulo tránsito de la carretera. ¡Aquello no era posible! Llevaba allí más de un cuarto de hora y ni un solo vehículo había pasado.

— ¿Será que en vez de ir hacia Washington me habré desviado en dirección al gran Cañón del Colorado? — se dijo—. No es posible que en tanto tiempo no haya circulado ningún coche hacia la capital... No he visto volar helicópteros...

Entonces oyó un ruido que pudo ser familiar a los habitantes del globo de cien o ciento cincuenta años antes, pero que Miriam tardó algunos momentos en identificar.

— ¡Los cascos de un caballo! ¿Quién es el chiflado que a estas alturas viaja con semejante «meteoro»?

Y a la luz casi crepuscular de aquel trágico día, vio perfilarse a lo lejos al «meteoro», que avanzaba a una velocidad que en aquellos momentos ya hubiese querido Miriam Hunter para su inmovilizado coche.

El caballo iba enganchado a un cochecito ligero de dos ruedas, y sobre el pescante, tirando de las riendas, se sentaba Larry Adams. El sobrino de Warner Leyland había encontrado por fin un medio de locomoción para trasladarse a Washington, gracias a la amistad que su criado John sostenía con un viejo granjero de las inmediaciones.

Larry se percató de la hilaridad que la presencia del coche provocaba en la muchacha. Pero no le hizo caso, limitándose a aflojar un poco la marcha al pasar cerca de ella.

— ¿Se le ha detenido el cacharro, señorita? ¡Inconvenientes de la civilización! ¡Con el suyo, son quince los coches que he encontrado parados en la carretera!

Aquello explicaba a Miriam la causa de no haber pasado por allí ningún coche durante el tiempo que estuvo esperando. La noticia despertó su curiosidad de periodista.

— ¡Oiga! ¿Quiere decir que otros coches han sufrido también avería? ¿Cómo es posible esto?

Larry se detuvo definitivamente.

—No tengo la menor idea. Están sucediendo cosas muy raras en el mundo, a lo que parece. ¿Pensaba que yo iba en este coche por simple excentricidad?

Miriam consideró que era conveniente reconciliarse con el propietario de un vehículo que, anticuado o no, podía situarla en Washington en un par de horas. Ensayó su mejor sonrisa.

— ¿Podría suplicarle algo, señor...?

—Adams. Larry Adams —el muchacho no había sido capaz de resistir en su vida una sonrisa de aquel tipo—. Imagino lo que quiere pedirme. ¡Vamos, suba de una vez, que el tiempo no sobra precisamente!

Miriam le ahorró la molestia de insistir, situándose con gran agilidad en el pescante, a su lado.

—Mi nombre es Miriam Hunter —se presentó la joven—. Pertenezco a la redacción del «Interplanet», de Washington. En estos momentos debería ya estar allí.

— ¿Periodista? Nunca he simpatizado con esta clase de gente. Son unos metomentodo.

—No pretenderá que demos la información sin metemos en nada. ¿No le gusta leer los periódicos?

—Suelo echar un vistazo a la cartelera de espectáculos. Es lo

único que me interesa.

Entretanto, el cochecito había reemprendido su marcha. Por el camino hallaron otros vehículos detenidos, pero Larry se negó a admitir a nadie más. Miriam sentía crecer su extrañeza a la vista de aquel raro fenómeno que había paralizado repentinamente todos los vehículos a motor.

— ¿No tiene usted idea de lo que puede haber originado esto, señor Adams? —preguntó a Larry.

—Lo mismo que usted. Pero no me preocupa demasiado. Cuando esté mi tío de regreso, él conseguirá sin duda averiguar la verdad.

— ¿Quién es su tío? ¿Algún hombre de ciencia?

—Warner Leyland. Es posible que le suene el nombre.

¡Naturalmente que le sonaba a Miriam el nombre del famoso sabio! Desde aquel momento consideró haber realizado un buen hallazgo al encontrarse con Larry. Casi le perdonó su antipatía hacia los periodistas.

—Escuche, señor Adams; nuestro periódico pagaría muy bien la exclusiva sobre las informaciones que su tío pudiese dar acerca de este raro fenómeno. Si usted no tuviese inconveniente...

— ¡Mi tío es un científico y no un comerciante!

—cortó Larry—. Y le advierto que puede ver a los periodistas aún menos que yo.

Dos horas más tarde llegaban a Washington. El aspecto de la capital era terriblemente desconsolador. A oscuras y con las calles llenas de vehículos abandonados, parecía una ciudad muerta. La gente se había retirado a sus hogares y sólo se veía de vez en cuando algún que otro transeúnte, con el terror pintado en el rostro, que seguramente seguía buscando a algún familiar víctima de la eran catástrofe.

Larry había encendido un farol de petróleo de que iba provisto su coche. Y al darse cuenta del estado de la ciudad, comprendió que debía dar por definitivamente esfumada su fiesta de fin de milenio.

—No creo que la gente esté para conmemoraciones — murmuró, hablando en parte consigo mismo y en parte con Miriam—. Creo que lo mejor será que me vuelva a mi casita de los Apalaches.

— ¿Retrasaría mucho sus proyectos si me llevara hasta la redacción del periódico? —inquirió Miriam.

A Larry ya no le importaba nada. Hasta aquella fecha, el joven había hecho lo que se llama vulgarmente «vivir su vida»; fiestas, diversiones y deportes, sin preocuparse apenas por lo que ocurría en el mundo. Había heredado una importante fortuna que le permitía vivir a su gusto y satisfacer todos sus caprichos. Pero ahora, a la vista de aquel deprimente espectáculo, se sentía profundamente emocionado. Aquello era mucho más grave que un fallo de corriente en su casa o

que los motores de los coches se negasen de pronto a funcionar. Hasta entonces Larry no se hizo cargo de la verdadera magnitud de lo que estaba ocurriendo.

— ¿Dónde está su periódico? —dijo—. No me importa permanecer un poco más en la ciudad.

Miriam le dio las señas y un cuarto de hora después se hallaban ambos en presencia de Roger Clevers, director del «Interplanet». La joven había insistido en que Larry subiese hasta el despacho del director, porque el muchacho era el lazo que podía ponerla en contacto con Warner Leyland y no deseaba desprenderse de esta posibilidad de conseguir una buena información; por encima de todo estaba su espíritu profesional.

La redacción estaba alumbrada con unos viejos quinqués, que hubiese sido muy difícil explicar cómo pudieron ser hallados. Y Clevers había conseguido restablecer la actividad contagiando a todos con su dinamismo. El día primero del año 2001 el «Interplanet» saldría a la calle, fuese como fuese.

—Me he retrasado a causa de las circunstancias, señor Clevers —dijo Miriam—, pero le traigo el reportaje. Le advierto que me ha costado...

— ¡Al diablo su reportaje! — gruñó el director, interrumpiéndola —. ¿A quién cree que le va a interesar mañana todo esto? ¡Lo que necesito ahora es información verídica sobre los acontecimientos de palpitante actualidad!

—También le he conseguido esto.

— ¿Qué? ¿Quiere decir que sabe algo cierto sobre la catástrofe?

—Bueno — aclaró Miriam —. En realidad, no sé nada todavía. Pero aquí está el señor Larry Adams, sobrino del famoso sabio Warner Leyland, y por su mediación podré conseguir datos muy interesantes, que publicaremos en exclusiva.

—Oiga —dijo Larry—. Ya le he dicho antes que no cuente conmigo para esto.

Pero Clevers no le escuchó. Tomó la mano de Larry y se la estrechó con tanta fuerza, que el joven, pese a estar habituado a ejercicios rudos, llegó a temer que le rompiera algún hueso.

— ¡Encantado de conocerle, señor Adams! Desde luego, habría preferido que en vez de Miriam hubiese sido otro de mis periodistas el encargado de la información. No me fío de las mujeres. Pero ya que se ha comprometido usted con ella...

— ¡Eh! ¡Que yo no me he comprometido con nadie! Es ella la que se empeña en venir a mi casa a pesar de mi negativa.

Clevers los empujó a los dos hacia fuera del despacho. Seguía sin enterarse del nulo deseo de colaboración por parte de Larry.

—Es mejor que no perdamos tiempo, muchachos. Váyanse, y cuanto antes se pueda conocer la opinión de Leyland, mejor. ¡Confío tener el reportaje para antes del amanecer, Miriam! Dejaré en blanco la mitad de la primera página.

Larry salió a la calle malhumorado. No le gustaba la idea de presentar un periodista a su tío, porque conocía sobradamente la aversión que el sabio tenía a ese tipo de publicidad. Y decidió regresar solo a su casa.

Antes de que Miriam se diese cuenta, saltó al pescante y azuzó al caballo. El cochecito emprendió la marcha al trote rápido.

— ¡Eh, señor Adams, por favor! ¡Espéreme! —gritó Miriam, corriendo algunos pasos detrás suyo.

— ¡Lo siento, señorita! ¡Pero si quiere ver a mi tío, tendrá que buscarse los medios sin contar con mi complicidad! ¡Feliz entrada en el siglo XXI!

Poco después el coche se deslizaba veloz por la carretera, llevando ahora dirección contraria a la capital. Larry se sentía satisfecho por haberse podido desprender de la que consideraba molesta compañía. Naturalmente que pesaba en él la sensación deprimente de los extraños acontecimientos, pero era un muchacho de temperamento optimista y, en el fondo .estaba seguro de que todo acabaría por volver a la normalidad.

Había corrido aproximadamente unos diez kilómetros, cuando vio detrás suyo una luz, procedente de algún vehículo que circulaba por la carretera y que le iba ganando ventaja poco a poco.

— ¿Volverán ya a funcionar los automóviles? — se dijo, mirando hacia atrás.

No era un automóvil, sino una bicicleta el vehículo que le seguía. La sencilla máquina movida a pedal no tardó en alcanzarle y entonces Larry pudo reconocer a su ocupante. ¡Miriam Hunter!

— ¡Hola, señor Adams! —gritó la muchacha al ponerse a su altura—. ¡Me parece que aún he llegado a tiempo para que celebremos juntos la entrada de siglo!

* * *

A grandes males, grandes remedios. Pasado el primer momento de estupor, las autoridades americanas se preocuparon de arreglar las cosas de la mejor manera posible, dentro de los medios de que se disponía. Como primera medida, se pusieron en servicio todos los medios de locomoción en cuyo funcionamiento no intervenía para nada la electricidad. Muchos de ellos tuvieron que ser sacados de los museos, y se llegó a pagar por un anticuado coche y un tiro de caballos una cantidad muy superior al precio de los más modernos

automóviles o helicópteros.

Entraron en función las antiguas máquinas de vapor, y los trenes pudieron ser sacados de su atascamiento. El petróleo y el carbón subieron a las nubes como en sus buenos tiempos y la gente peleaba por conseguir una ínfima cantidad del antes despreciado combustible. La vida parecía haber retrocedido un siglo en algunos aspectos, y bastante más en otros. Pero continuaba, que era lo importante.

El «Interplanet» apareció el día primero de enero del año 2001. Fue un éxito personal de su director, Rogers Clevers. Desde luego que el número que vio la luz del nuevo milenio no era el acostumbrado, con texto suficiente para poder leer un mes seguido, con páginas de amenidades y de historietas, con magnífica información gráfica a todo color y con sensación de relieve, pero la única hoja de que se componía daba lo que en aquel momento deseaba la gente: información sobre los extraños acontecimientos.

« ¡LA TIERRA EN VÍSPERAS DE SER ATACADA POR LOS MARCIANOS!», rezaba un titular. Debajo, en caracteres de menor tamaño, añadía: Extensa información facilitada en exclusiva a nuestra informadora Miriam Hunter, por el mundialmente famoso hombre de ciencia Warner Leyland».

El artículo era como para poner los pelos de punta a los más valerosos. Pero Clevers consiguió su propósito: agotar la tirada en pocos minutos. Salido a la calle a media tarde, el público se volcó materialmente sobre los vendedores, en su avidez de noticias, y se hizo preciso efectuar otra tirada para calmar la impaciencia de los millares de personas que se habían quedado sin información directa.

«La perturbación que repentinamente ha alterado la normalidad de nuestra atmósfera procede de radiaciones emitidas por extraños cuerpos situados a una altura superior a los quince mil metros —decía la parte sustancial del artículo de Miriam —. Según todas las probabilidades se trata de aparatos procedentes de otro planeta, los cuales desintegran una materia desconocida por nosotros, y cuyas radiaciones eliminan por completo la energía eléctrica de nuestro globo. Pero hay más aún; al irse enrareciendo nuestra atmósfera como consecuencia de dichas radiaciones, se hará irrespirable. ¡Nuestras vidas, toda la vida de la Tierra, se halla en inminente peligro de desaparecer! ¡El enemigo no necesitará ni siquiera luchar para apoderarse de nuestro planeta, porque cuando se decida a limpiar la atmósfera y a descender sobre la superficie sólo va a encontrar montones de cadáveres! Tal es la cruda realidad en los albores de este tercer milenio de civilización.»

La joven periodista había reproducido en líneas generales las manifestaciones de Warner Leyland, aunque alteradas en algunos puntos por su exceso de fantasía.

El sabio pudo llegar a su casa a última hora de la noche y allí encontró, esperándole, a su sobrino y a Miriam. Leyland sentía hacia los periodistas aproximadamente la misma animadversión que su sobrino Larry; pero aquellas circunstancias eran excepcionales, y el sabio consideró que no debía ocultarse al mundo la realidad de la situación.

Durante el camino, a partir del momento en que se produjo el fenómeno, Warner había iniciado ya sus investigaciones sobre el extraño acontecimiento, llegando a conclusiones provisionales que se confirmaron cuando, ya en su laboratorio, pudo trabajar con más precisión mediante la ayuda de sus múltiples aparatos.

— Estas radiaciones proceden de varios centros de emisión situados a unos quince kilómetros de altura — explicó—. La parte de la atmósfera más densamente afectada es la más inmediata a la superficie de la tierra, ya que, lo mismo que un gas pesado, se van acumulando al verse detenidas en su curso descendente. Sin duda las capas altas deben estar más limpias y hasta tal vez es posible que allí no se notase la menor perturbación.

— ¿Y qué consecuencias nos pueden reportar estas radiaciones? —preguntó la periodista.

—Es difícil de calcular, de momento, porque ignoro aún la materia que las produce. No obstante, puedo anticipar que a la larga podrían afectar el desenvolvimiento de los organismos vivos. Pero es mejor que no mencione este detalle, porque el peligro no es inmediato.

Ya hemos visto el caso que hizo Miriam a la recomendación del sabio y la forma cómo exageró la noticia.

— ¿Cree posible, señor Leyland, que los extraños aparatos que emiten estas radiaciones sean procedentes de otro planeta? —prosiguió la muchacha—. ¿Tal vez de Marte?

—Se puede aceptar la hipótesis, aunque yo no me pronuncio en ningún sentido mientras no tenga datos más concretos. Debemos suponer que si en Marte hay habitantes y son capaces de construir aparatos que les lleven hasta las proximidades de nuestro globo, poseen también la suficiente inteligencia para comprender la catástrofe que ocasionarían con su proceder, y los millones de muertes inocentes que...

El sabio se interrumpió, porque Miriam ya no le escuchaba. Conseguidos los datos fundamentales para confeccionar el sensacional artículo, el interés de la muchacha se centraba ahora en poder llegar cuanto antes a la redacción de su periódico.

Dio las gracias apresuradamente y echó a correr hacia donde había dejado su bicicleta, para emprender el regreso a la capital.

— ¡Puedo estar en Washington antes que amanezca, y el

«Interplanet» tendría aún tiempo de salir a primera hora de la tarde! — gritó, mientras montaba en la máquina de pedales.

— ¡Oiga! ¡Pero mucho cuidado con lo que dice! — le vociferó a su vez Leyland, que la había seguido—. ¡Por encima de todo, debe evitarse que cunda el pánico entre la población!

— ¡No se preocupe por esto, señor Leyland! ¡Daré la noticia con todo comedimiento!

La bicicleta desapareció en la primera curva del camino descendente. El sabio quedó junto a la puerta de la casa, meditando, mientras Larry, que había salido con menos prisa, se situaba a su lado.

— ¿Ya se fue esa loca? —preguntó el joven.

—Empiezo a sentir haberle dicho tantas cosas — contestó Leyland—. Estos periodistas son capaces de todo, con tal de asegurarse una buena edición.

Pero unos minutos más tarde, Leyland se había olvidado por completo de Miriam Hunter y de su periódico. El grave problema que se había planteado sobre la tierra absorbía por completo su mente.

* * *

El pánico se apoderó de la población de los Estados Unidos. Y a medida que los medios de propagación lo hicieron posible, la población de los demás países se unió al miedo general. Fue un terror como jamás se había sentido en la Historia de la Humanidad, porque no existía la menor posibilidad de zafarse al peligro. No cabían las huidas en masa; aquellas riadas de personas enloquecidas, tratando de escapar de una hecatombe, no tenían lugar en el presente caso. Se fuese donde se fuese, la terrible muerte llegaría allí también.

Era un terror sordo, tal vez sólo comparable al que diez siglos antes se apoderó de parte de la Humanidad cuando se creyó que con el año mil se iba a terminar el mundo. Y como en aquella fecha lejana, la primera reacción consistió en el abandono de todas las actividades. ¿Para qué trabajar, si nadie quedaría para aprovecharse del rendimiento?

Muchas personas enfermaron, creyéndose ya víctimas de las siniestras radiaciones que debían terminar con la vida de la tierra. Y por las calles sólo se veían circular gentes con los rostros ensombrecidos, acusando la idea fija que se había apoderado de todos los cerebros.

Las autoridades se esforzaron para hacer reemprender las abandonadas actividades y lo consiguieron en parte. Se obligó a los periódicos a propalar noticias más optimistas, consiguiendo con ello que algunos ánimos se levantasen. Pero los días iban pasando y nadie

sabía cómo ni cuándo se conseguiría limpiar la atmósfera de las funestas radiaciones que tanto mal auguraban y que tantos perjuicios habían ocasionado ya.

Entretanto, Warner Leyland continuaba sus trabajos para intentar atajar el daño. Larry se había convertido en auxiliar suyo, y encerrados ambos en su refugio de los Apalaches, no tenían el menor contacto con el mundo exterior.

Miriam había acudido algunas veces a la casita de la montaña para conseguir nuevas informaciones. Pero Leyland, conocedor del uso que hizo de las primeras que le facilitó, se había negado en redondo a proporcionarle ninguna más. No obstante, la periodista no se desanimaba y volvía allí a menudo con el propósito de enternecer los poco dispuestos ánimos del sabio y de su ayudante.

—No se puede hacer nada mientras no se conozca con exactitud la naturaleza de los aparatos que emiten las radiaciones —había manifestado Warner a su sobrino —. Sería preciso remontarse hasta los quince mil metros y estudiar las características de esas máquinas para luego idear la manera de destruirlas. Lo más urgente es eliminar los factores de las radiaciones; después, desaparecidos éstos, es posible que la atmósfera se vaya limpiando lentamente por sí misma.

La idea de una ascensión hasta los quince kilómetros fue del agrado del joven deportista.

—Yo podría subir y sacar fotografías de los aparatos, tío —dijo —. Claro que, para hacerlo, sería necesario conseguir un avión que funcionase.

—No te preocupes por este extremo, Larry — repuso el sabio—. Poseo un combustible que no necesita de la chispa eléctrica para funcionar. Se trata de uno de mis descubrimientos, que todavía no he hecho público porque esperaba perfeccionarlo, pero dadas las circunstancias lo emplearemos tal como está.

—Entonces, ¿podré volar? —preguntó Larry, entusiasmado ante la idea de salir de aquel encierro que tan mal cuadraba con su naturaleza.

—Sí, muchacho. Y te agradezco que seas tú voluntariamente quien se ofrezca, porque así nuestros proyectos no trascenderán. Pediré un avión al Gobierno y aquí mismo le haremos la adaptación para que pueda funcionar con mi combustible.

Larry se encargó personalmente de llevar la solicitud de su tío, y tres días más tarde un modernísimo aparato estaba ya en la pequeña explanada frente a la casa del sabio.

Los dos hombres se entregaron afanosamente a la tarea de adaptar el motor, trabajando en el taller especial que Leyland tenía instalado en los sótanos de la casa. Habían encargado a John, el viejo criado, que vigilase el aparato mientras ellos permanecían encerrados.

Tal vigilancia no tenía otra finalidad que impedir a algún curioso de los alrededores que se acercara demasiado al avión y pudiese estropear con alguna inoportuna manipulación los arreglos ya instalados en el mismo.

Pero, inesperadamente, al segundo día de trabajar en el taller, Leyland y su sobrino oyeron varias detonaciones que acababan de producirse en el exterior.

— ¿Has oído, tío? —dijo Larry, dejando su trabajo y prestando atención.

—Yo diría que son disparos de armas de fuego — contestó Warner—. Quiero decir armas de pólvora, claro, ya que las atómicas no funcionan ni producen ruido.

— ¿Quieres decir qué...?

— ¡Que alguien ataca la casa! —exclamó Leyland—. ¡Y tal vez han disparado sobre John! ¡Hay que ir a verlo, Larry!

Larry no se hizo repetir la invitación. Emprendió la carrera y en un par de zancadas subió los escalones que ascendían hasta el nivel de la planta baja del edificio. Cruzó el vestíbulo a toda velocidad y salió al exterior.

Vio tres hombres armados con pistolas, que Larry, coleccionista de armas y práctico en todas ellas, antiguas o modernas, reconoció como «Lugers» de cápsula de pólvora. Uno de los desconocidos llevaba además un bidón de gasolina que se disponía a verter sobre el avión con el indudable propósito de incendiarlo.

John estaba tendido en el suelo cerca de la puerta de la casa, inmóvil, y bañado en sangre. Aquellos desconocidos lo habían asesinado sin duda cuando el fiel criado corría a dar la alarma.

La escena sublevó al joven, que no reparó en el peligro que él mismo iba a correr. Sin reflexionar lo más mínimo se lanzó sobre el tipo del bidón. Pero antes de poderlo alcanzar sonó un nuevo disparo y una bala pasó rozando la cabeza de Larry. Entonces se dio cuenta de lo poco meditada que había sido su actitud. Se echó al suelo, al tiempo que un segundo balazo pasaba sobre él, sin alcanzarlo gracias a la rapidez con que había obrado.

Afortunadamente, Larry era un ágil atleta, y esto le salvó la vida una vez más, porque estuvo en el suelo sólo fracciones de segundo, saltando velozmente hacia adelante, como un gato, mientras una tercera bala se incrustaba en el lugar que había ocupado. Sus enemigos no tenían piedad. Habían acudido allí con el siniestro propósito de destruir sus trabajos y los de su tío, y no reparaban en asesinar cobardemente para conseguirlo.

El momento no era el más a propósito para pensar quiénes serían aquellos hombres y qué móvil les impelía a obrar de aquel modo. Era cuestión de defender la vida, trágicamente amenazada y

con escasas posibilidades de salvarla.

Y Larry aprovechó estas pocas posibilidades. El salto que dio desde el suelo le situó junto al tipo, al que aferró por las ropas primero y por los brazos después, situándolo delante suyo y escudándose en su cuerpo de los futuros disparos de los otros dos individuos.

— ¡Disparad ahora, bandidos! —gritó—. ¡Tal vez logréis matarme, pero vuestro compinche caerá antes que yo, perforado por vuestras propias balas!

Los otros dos permanecieron indecisos y Larry empezó a creer que se había adueñado de la situación. En aquel momento apareció Leyland en la puerta de la casa. El sabio no había podido correr con la celeridad de su sobrino y al llegar a la puerta ya había ocurrido lo que hemos descrito.

Larry iba a hablar a sus enemigos, cuando su tío le advirtió:

— ¡Cuidado, Larry! ¡Échate al suelo rápidamente!

Antes de obedecer, instintivamente, el joven miró detrás suyo. Y se dio cuenta de la presencia de un cuarto bandido, apostado en la esquina del edificio, que le estaba apuntando cuidadosamente por la espalda.

Larry se vio perdido. Si soltaba al del bidón para echarse al suelo, los otros dos le ametrallarían; y si permanecía en la misma actitud sería el de su espalda quien disparase el fatal balazo. ¡No tenía salvación!

Capítulo iii

No obstante, el joven calculó que el peligro más inmediato procedía del bandido de su espalda. Con un rápido movimiento forzó a su prisionero a ladearse, situándolo frente al compinche que iba a disparar.

Pero el tiro no brotó. Inesperadamente el bandido de la esquina se dobló hacia adelante y se desplomó al suelo. ¡Todos pudieron advertir que tenía una flecha clavada en la espalda!

Se produjo un momento de desconcierto, tanto para los bandidos como para Larry. Y aún no se había repuesto el joven cuando oyó silbar algo muy cerca de su cuerpo y una segunda flecha fue a clavarse en el pecho de uno de los hombres que empuñaban las pistolas. El otro, sin pensarlo más, disparó contra Larry, pero éste advirtió el gesto y se echó al Suelo. La bala se incrustó en el cuerpo del hombre del bidón, que no tuvo tiempo de esquivarla.

El único bandido que quedaba en pie no pudo repetir su disparo, porque silbó otra flecha y fue a hundirse en su brazo. El hombre profirió un juramento y soltó la pistola.

No esperó más. La partida estaba perdida, y el granuja pensó solamente en salvar la vida. Llevando aún la flecha clavada en el brazo, emprendió una carrera hacia la cuneta del camino, donde se veían cuatro bicicletas. Montó en una de ellas y se alejó a toda velocidad.

Larry tomó una de las pistolas abandonadas y efectuó varios disparos contra el fugitivo, desgraciadamente sin alcanzarlo, porque el granuja había tenido ya tiempo de doblar el recodo de la carretera.

Viendo lo inútil de su intento, el joven se volvió hacia el campo de batalla, donde yacían los otros atacantes. Leyland se había adelantado también.

— ¿Quién ha disparado las flechas? —preguntó el sabio—. Si no es por su intervención, no lo hubieses contado, Larry.

El misterioso personaje no tardó en aparecer. Miriam Hunter, con un arco en una mano y varias flechas en la otra, asomó por la esquina del edificio.

— ¡Miriam! —exclamó Larry—. ¿Usted? ¿Cómo ha podido...?

— ¿No reconoce el arco? —cortó la muchacha—. Es de su colección, Larry. Se me ocurrió la idea al ver como estos miserables asesinaban al pobre John.

No se hacía necesario preguntar a la periodista los motivos de su presencia allí. Bastante sabían los dos hombres que Miriam se presentaba a menudo, para tratar de ablandarlos, pese a que le habían comunicado reiteradamente que no volviese más. Y el resto lo explicó ella misma.

—Llegué dando un rodeo para evitar que el bueno de John me negase la entrada en la casa. Mi intención era dirigirme directamente a ustedes para suplicarles una vez más la limosna de una información, por poca que fuese. Y entonces, cuando había entrado en la casa por la puerta trasera, oí los disparos. Desde el vestíbulo vi caer al pobre John y me di cuenta de las intenciones que llevaban los asesinos al fijarme en el bidón de gasolina. Pensé en llamar, pero inmediatamente desistí, comprendiendo que sólo conseguiría delatar mi presencia, lo que me convertiría en una víctima más. Entonces me fijé en la panoplia del vestíbulo, donde Larry tiene sus cuchillos y arcos, y se me ocurrió la idea. He practicado el deporte del tiro al arco y poseo cierta habilidad, como han podido comprobar. Lo demás no hace falta decirlo; salí, dando un nuevo rodeo, y llegué a tiempo de evitar que Larry fuese asesinado por la espalda.

Mientras la joven hablaba, tanto ella como los dos hombres se habían puesto a reconocer a los caídos, empezando por el infortunado John. Nada se pudo hacer por él, desgraciadamente; una de las balas atravesaba el corazón del fiel criado de Warner Leyland.

Larry no pudo evitar una lágrima al comprobar su muerte.

Los tres agresores que quedaron sobre el terreno estaban también muertos. Tanto las flechas de Miriam como el disparo de su propio compinche habían alcanzado a los bandidos en partes vitales del organismo y su muerte fue casi instantánea. Los asesinos del pobre criado de Leyland encontraron pronto su castigo.

—Debemos dar parte a las autoridades de lo que ha sucedido — dijo el sabio, cuando empezó a serenarse.

—Precisaríamos que alguien se desplazara a Washington, o por lo menos a una de las poblaciones cercanas — añadió Larry —. No podemos pensar en el teléfono.

—Miraré si nos ceden un criado en alguna granja de las cercanías. No tenemos otro recurso.

Pero Miriam, extremadamente servicial, porque le interesaba congraciarse con Leyland, se ofreció.

—No se preocupen — dijo —. Yo regresaré a la capital inmediatamente y puedo avisar. Además, soy testigo y parte activa.

Warner hubiese deseado decirle que se abstuviera de dar sensacionalismo al suceso, pero comprendió que era perder el tiempo. Al día siguiente, el «Interplanet» comentaría las cosas a su gusto y toda la atención de la capital de los Estados Unidos estaría puesta sobre el modesto refugio de los Apalaches.

—Si no fuese pedir demasiado, señorita Hunter… — empezó a decir.

— ¡Por favor, señor Leyland! —interrumpió ella—. No me pida que deje de publicar una de las pocas noticias que he podido conseguir personalmente. Ya que usted se mantiene en su reserva, por lo menos que el país sepa lo que está sucediendo. ¡El público tiene sed de información, cosa que ustedes parece que no comprenden!

La muchacha no esperó la réplica del sabio. Corrió hacia el lugar donde había escondido su bicicleta y se lanzó a toda velocidad por la carretera a la capital.

Warner y Larry volvieron a su trabajo. No podían tocar los cadáveres mientras no llegasen las autoridades y, por otra parte, ya no era probable que se produjera una nueva agresión, visto el resultado de la que había tenido lugar.

— ¿Qué opinas de todo esto, tío? —preguntó el muchacho.

—La cosa es clara. Hay alguien a quien no interesa que efectuemos esta investigación en la estratosfera. Nuestra simpática periodista se ha preocupado de informar acerca de nuestros preparativos, y pese a la dificultad en las comunicaciones todo el país lo sabe ya. Y hasta, posiblemente, la noticia ha llegado al extranjero. Deberías elegir más cuidadosamente tus amistades, Larry.

—Miriam no es propiamente una amistad, tío —se excusó Larry —. Empezó a cruzarse en mi camino cuando menos me lo esperaba y desde entonces no ha dejado de abusar de tal casualidad. Pero, volviendo a este raro ataque, ¿supones que debe tener alguna relación con los extraños aparatos que emiten las radiaciones? ¿Debemos suponer, en tal caso, que los marcianos tienen ya aliados en la tierra?

—No sé lo que se puede suponer, querido sobrino —contestó evasivamente el sabio—. Lo único que puedo decirte es que será necesario efectuar algunas alteraciones en el equipo del avión. La más importante consistirá en dotarlo de ametralladoras con balas de pólvora. Después de lo que ha ocurrido aquí abajo, no sabemos qué podrá ocurrir allá arriba.

Pese al peligro que encerraban las palabras de su tío, Larry no se hizo atrás en su propósito de pilotar el aparato. Y tres días más tarde todo estaba listo para la partida.

Los cadáveres de los asesinos fueron retirados, y el pobre John

recibió sepultura en el cementerio del pueblo inmediato. Warner y Larry no pudieron declarar nada que sirviese para hallar una pista eficaz; Miriam, en cambio, publicó un artículo en el que parecía estar enterada de los más nimios detalles. Hablaba en él de contactos entre marcianos y terráqueos y de una vasta organización de habitantes de nuestro planeta que se había pasado al servicio del invasor, en espera de futuras recompensas. El artículo tuvo la virtud de aumentar el nerviosismo, y las inmediaciones de la casa de Leyland se vieron invadidas por una multitud de público ávido de noticias. Fue preciso pedir ayuda a las autoridades para que impidiesen la excesiva aproximación de los curiosos.

No obstante. Miriam se abrió paso valiéndose de su carnet de Prensa. Era cuando tío y sobrino realizaban sus últimos preparativos para poner en marcha el avión.

— ¡Por favor, señorita, márchese de aquí! —exclamó el sabio, cuando la vio aparecer dentro de la casa—. ¿No le parece que nos ha perjudicado aún bastante?

—Quisiera pedirle algo, señor Leyland — dijo ella, en tono excesivamente humilde para que causara buen efecto en Warner—. El aparato va a emprender el vuelo dentro de unos minutos. ¿Por qué no me deja ir con Larry para sacar algunas fotografías de esos artefactos de la estratosfera? Toda América se lo agradecería...

— ¡No! —gritó Leyland, exasperado—. ¡Ya ha divulgado usted demasiadas cosas que no respondían a la verdad! Lo siento, señorita, pero no puedo acceder a su demanda.

—Le suplico, señor Leyland...

— ¡Váyase! Tenemos trabajo.

Miriam comprendió que insistir era perder el tiempo y abandonó la casa con visible disgusto. Por su parte, Larry se alegró de la determinación de su tío.

—Llegué a temer que te enternecieras — comentó—. Te aseguro que, pese a lo mucho que me gusta esta aventura, antes habría preferido no volar que verme forzado a aceptar semejante compañía.

Un cuarto de hora más tarde todo estaba dispuesto, y Larry, después de despedirse de su tío y recibir sus últimas instrucciones, puso el motor en marcha. Desde las cercanías de la casa una multitud saludó con sus gritos el ascenso del avión. Larry pensó que entre aquella gente debía hallarse Miriam, aunque sus gritos no debieron sumarse a los del entusiasmo general.

En muy pocos minutos el aparato alcanzó los quince mil metros de altura. Larry pudo comprobar con satisfacción que los motores obedecían perfectamente a su mando. Hasta aquel momento la adaptación del nuevo combustible inventado por su tío no ofrecía el menor fallo.

Observó el espacio por medio de un lente especial que se había montado en la carlinga. No hubo nada que le llamase la atención. A aquella altura el cielo aparecía completamente limpio de nubes, y ninguna mancha ni cuerpo extraño empañaban el suave color azul del infinito.

Decidió ascender otro kilómetro. Entonces pudo ver un puntito negro encima de su cabeza, puntito que denotaba la existencia de algún aparato a otros mil metros aproximadamente.

No tardó en remontarlos y por el camino vio ya que no era uno, sino varios los aparatos que se hallaban extrañamente detenidos a diecisiete kilómetros sobre la superficie del globo. Y a medida que se fue acercando pudo analizar su estructura, notando, al mismo tiempo, que un escalofrío recorría su columna vertebral.

— ¡Platillos volantes! —exclamó—. ¡No se trata de una alucinación, sino de una auténtica realidad! ¡Y yo no sé de nadie de la Tierra que los haya construido! ¡Por lo tanto, han de ser forzosamente MARCIANOS!

Desde hacía más de medio siglo que el tema de los platillos volantes era el recurso periodístico de los días de poca información. Muchos fueron los habitantes de nuestro planeta que afirmaron haberlos visto, pero jamás se había podido conseguir una comprobación oficial. Los extraños aparatos desaparecían misteriosamente tan pronto como se intentaba emprender seriamente su persecución,

¡Pero ahora el caso era distinto! ¡Larry estaba contemplando media docena de platillos volantes, y ninguno de ellos parecía preocuparse por la presencia del avión terrestre, ya que no iniciaban ningún movimiento en ningún sentido!

Larry los pudo examinar a su gusto. Eran una especie de discos, de unos diez metros de diámetro, cuya parte periférica daba vueltas vertiginosas, manteniendo de este modo su estabilidad. La parte central, en cambio, se mantenía inmóvil; era seguramente el lugar donde estaban alojados los tripulantes del aparato, porque se veía más abultada y tenía algunas puertas y ventanillas, cerradas, como se puede suponer, en aquel momento.

También observó el joven que en dicha parte central iban instalados varios cañoncitos, cosa que, por cierto, no le hizo mucha gracia. Finalmente, pudo apreciar un grueso tubo que, a modo de eje, se hallaba situado en el mismo centro del platillo volante. Larry pensó inmediatamente que aquel tubo era el que debía emitir las invisibles, pero perjudiciales, radiaciones que habían envenenado la atmósfera.

—Aquí veo seis platillos volantes — se dijo—. Pero seguramente en otros puntos del espacio deben estar situadas más escuadrillas, contribuyendo todas ellas a esta labor destructora. Me apresuraré a

sacar algunas fotografías antes de emprender el regreso. Decididamente, estos cañoncitos no me acaban de gustar.

Larry tomó la cámara que llevaba ya preparada y se dispuso a manejarla, fotografiando los platillos volantes desde diversos ángulos. Quería llevar una información lo más completa que le fuese posible y estaba seguro de que su tío podría sacar mucho provecho de las vistas conseguidas.

En aquel momento oyó una voz a sus espaldas:

— ¿Me permitirá efectuar también unos disparos, señor Adams?

Larry dio una sacudida que estuvo a punto de arrancar el cinturón de seguridad que llevaba puesto.

— ¿Qué? ¡Oiga! ¿Cómo ha podido usted entrar en el avión?

Miriam, detrás suyo, sonreía irónicamente. En las manos llevaba una cámara fotográfica, con la que se disponía a sacar vistas de los platillos volantes.

—Otro secreto profesional —contestó—. No debería decírselo, pero me es usted simpático y sé que no se lo revelará a nadie. Me oculté en uno de los depósitos de combustible, que cambié por otro vacío mientras usted y el señor Leyland estaban dentro de la casa.

— ¡Cielos, Miriam! ¿No se da cuenta que ahora nos faltará combustible para descender? ¡Mi tío y yo habíamos calculado la cantidad exacta que se necesitaría para el vuelo!

— ¡Oh! Le aseguro que no se me ocurrió, Larry... ¿Quiere decir que vamos a tenemos que lanzar en paracaídas?

—Yo, desde luego; pero dudo que pueda hacerlo usted. Le comunico que no llevo más de uno en el avión y que no pienso cedérselo.

Entretanto, Larry se había ido aproximando a los platillos volantes y dio varias vueltas alrededor de uno de ellos. No vio a nadie; parecía que aquellos extraños aparatos estaban sin tripulantes, movidos por alguna fuerza desconocida, o simplemente por radio, que les hacía permanecer en aquel punto de la atmósfera, dando vueltas constantes el círculo exterior.

No tardó en darse cuenta de lo erróneo de su suposición. Alguien debía observarle desde el interior del platillo que estaba rodeado, porque vio que algunos de los cañoncitos se movían, apuntando a su aparato, y de pronto vio brotar de uno de ellos una lengua de fuego.

La bala atravesó por completo el fuselaje del avión. No ocasionó ningún desperfecto, pero sirvió para advertir que el vuelo era observado.

— ¡Nos atacan! — gritó Larry.

Se sucedieron otros varios disparos, los cuales no alcanzaron el

avión porque Larry se apresuró a remontarse por encima del platillo. Entonces entraron en función los que estaban instalados en la parte superior del extraño aparato. Disparaban con una celeridad pasmosa, como si en vez de cañones fuesen ametralladoras ultrarrápidas, y el avión fue alcanzado de nuevo, pese a las filigranas de Larry para evitarlo.

—Intentaré colocarle algunas ráfagas de ametralladora — dijo el joven —. Veremos cómo las resisten los ocupantes de ese artefacto.

Desafiando el nutrido fuego de sus desconocidos enemigos, Larry enfiló el avión hacia el platillo volante y pulsó los botones de disparo. Las ametralladoras empezaron a tabletear y a Larry no le cupo la menor duda que las balas se estrellaban contra el armazón del platillo. Pero no pudo apreciar los impactos. No vio ningún agujero; ninguna señal; nada que indicase que lo había tocado.

—Van provistos de un blindaje especial —informó a su inesperada compañera de vuelo—. No podemos hacer nada contra ellos y es mejor que emprendamos el regreso... si el combustible nos lo permite.

Una bala agujereó en aquel momento la carlinga, pasando muy cerca de la cabeza del joven piloto. Otra abrió un enorme boquete en un ala. La arriesgada maniobra de Larry había situado el avión dentro del círculo de fuego de sus enemigos y se hacía imprescindible salir de allí.

— ¡Vamos a regresar! —exclamó Larry, alarmado, pulsando los mandos, al tiempo que otras dos balas perforaban la carlinga—. ¡No comprendo aún cómo no nos han abatido!

— ¡Espere! — fue la réplica de Miriam—. Me gustaría captar uno de estos cañoncitos en el momento de efectuar el disparo. Sería una fotografía única.

La muchacha, al parecer impasible ante la situación, tenía su cámara en las manos y no dejaba de apretar el disparador, sacando foto tras foto del platillo volante, aprovechándose de las maniobras de Larry para captarlo en todas las posiciones.

— ¡Oiga! —le dijo él—. ¿Es que no tiene usted nervios? No dudo que conseguirá sacar la fotografía que se propone. Lo que me parece más difícil es que logre publicarla si permanecemos un momento más aquí.

Consiguió ganar altura y burlar la cortina de fuego del platillo. Entonces respiró con más tranquilidad y se dispuso a emprender el descenso, procurando evitar las proximidades de los otros platillos que constituían la escuadrilla. Ya sólo le preocupaba la falta de combustible.

—Es extraño que los otros platillos no hayan intervenido en la lucha — comentó —. Debían estar muy seguros de que éste nos

abatiría.

No tardó en explicarse los motivos de la abstención de los otros; aquél contra el cual había luchado disponía aún de posibilidades desconocidas por Larry, y las puso en práctica.

Los dos jóvenes se habían dado cuenta de la existencia de dos grandes tubos situados en la parte superior del platillo, y que parecían lanzatorpedos de un calibre bastante superior al usado por los buques de la armada. Y de pronto, vieron surgir disparados dos enormes proyectiles por las bocas de aquellos tubos.

— ¡Torpedos aéreos! — advirtió Larry.

—Me río de ellos — contestó Miriam—. Estamos fuera de su recta. Esos marcianos tienen un concepto muy malo de la puntería.

— ¿No comprende que deben ser proyectiles dirigidos? ¡Vendrán a nuestro encuentro, a pesar de todo!

Ambos se engañaban en sus cálculos. No eran torpedos ni proyectiles dirigidos, sino dos modernísimos aviones que desplegaron sus alas tan pronto como se atenuó la fuerza de impulsión que los había arrojado fuera de los platillos volantes.

— ¡Magnífico! — exclamó Miriam —. ¡Procure acercarse, Larry! ¡No me quiero perder las primeras fotos de los aviones marcianos que han volado sobre la Tierra!

— ¡Usted se ha vuelto loca! No va a hacer falta que nos aproximemos, que ya cuidarán ellos de darnos alcance. ¡Y temo que nuestras balas van a ser tan impotentes contra sus blindajes, como lo han sido contra los del platillo!

Larry puso al avión a la máxima velocidad, pero vio que sus enemigos le ganaban terreno. Sería preciso combatir pese a la desigualdad de condiciones.

— ¡Y el combustible se está terminando!— se lamentó el joven —. No nos queda la menor posibilidad de salir de ésta.

—Yo aún pienso ver publicadas mis fotografías en el «Interplanet». ¡Vamos, Larry, anímese! ¡No son más que dos enemigos, y con un poco de suerte le será fácil derribarlos! ¡Es una cuestión de prestigio que los habitantes de la Tierra ganen la primera batalla!

Se habían distanciado mucho de la escuadrilla de platillos volantes. Larry emprendió la dirección oeste, única que le permitía mantener hasta cierto punto su ventaja inicial sobre los aparatos enemigos. Hasta cierto punto nada más, porque éstos se veían cercanos a cada minuto que pasaba.

—Estamos atravesando las Montañas Rocosas — informó Larry a su compañera, después de consultar los aparatos que indicaban la posición exacta del avión—. Debajo nuestro debemos tener el Gran Cañón del Colorado. ¿Le gustaría caer en él?

—A la velocidad que llevamos, dentro de pocos minutos volaremos sobre el Pacífico — contestó Miriam.

—Lo dudo, porque estoy consumiendo las últimas gotas de combustible. Después no sé lo que ocurrirá.

— ¿No puede planear, Larry?—sugirió la periodista.

—Intentarlo, al menos. Pero tan pronto como perdamos velocidad, estos pajarracos que nos persiguen se nos echarán encima para ayudamos a descender. Más aprisa de lo que nos gustaría.

Llegó el momento fatal en que los motores se pararon, por falta de alimento. Estaban volando sobre el gran desierto de Nevada. No era un lugar muy agradable, pero no se podía elegir y Larry manejó los timones de forma que el avión fuese descendiendo con el mínimo de riesgo posible.

Y las primeras ráfagas de las ametralladoras de sus perseguidores se incrustaron en la cabina. Habían sido definitivamente alcanzados y sus enemigos no estaban dispuestos a facilitarles la operación de tomar tierra.

— Hay que abandonar el avión —dijo Larry—.

Seguir en él es exponerse a ser agujereado como una criba.

—Nos queda el paracaídas — repuso Miriam —. Aún nos podemos salvar.

—Querrá usted decir que «me» queda el paracaídas. Ya le dije que sólo disponía de uno.

—Larry, ¿va a ser usted más cruel que los marcianos, dejándome abandonada en un momento como éste? — en el tono de ella no había miedo, sino convicción absoluta de que Larry no la dejaría allí.

El joven no contestó. Las ráfagas de ametralladora se sucedían y era un verdadero milagro que ninguno de los dos hubiese sido alcanzado por las balas. Se ajustó el paracaídas con rapidez, ayudado por la periodista, y abrió la carlinga para lanzarse al espacio.

—Vamos, cójase fuerte — dijo, por fin. —. Y le aseguro que jamás habré recibido con más disgusto el abrazo de una mujer.

Saltaron juntos al espacio, fuertemente abrazados. Larry tiró de la anilla y algunos segundos más tarde el paracaídas se había desplegado. El descenso se producía con más rapidez de la normal, pero existían bastantes posibilidades de llegar a tierra sin que peligrasen sus vidas.

La periodista se mostró resentida por las últimas palabras de Larry.

—Le aseguro que si he aceptado esta situación ha sido forzado por las circunstancias. Procuraré que sus brazos no tengan que estrecharme en lo que me resta de vida.

—Tal vez no sea mucho — contestó él—. Además, puedo soltarla si lo desea.

Miriam miró hacia abajo, como calculando las posibilidades de salvación que tendría si se soltaba de los brazos de Larry. No debió quedar muy convencida, porque su tono fue más amable cuando segundos después, preguntó:

— ¿Dónde caeremos, Larry?

—Ya se lo dije; en el desierto de Nevada. Un lugar delicioso, plagado de hoteles y qué se yo cuántas cosas más.

Los aviones enemigos habían dejado de ametrallar a partir del momento en que los dos jóvenes se lanzaron en paracaídas. Se limitaban a volar en torno suyo, como temiendo que aún en aquellas condiciones se les escapasen. En cuanto al avión de Larry se había estrellado ya contra las arenas del desierto.

— ¿Nos cogerán prisioneros cuando lleguemos a tierra? —preguntó Miriam, refiriéndose a la insistencia con que les rodeaban sus atacantes.

—No lo crea. ¿Cómo se le ha ocurrido esto? Están esperando recogernos para llevarnos rápidamente a Washington.

Miriam estuvo a punto de incomodarse de nuevo, pero no lo hizo porque el curso de sus ideas cambió en aquel instante. Acababa de distinguir el rostro de uno de los pilotos de los aviones enemigos.

— ¡Mire, Larry! ¡Un marciano!

Larry pudo así mismo distinguir un rostro de pómulos muy salientes, ojos oblicuos, nariz aplastada y piel de tono amarillento.

—Creo que su fantasía se está desbordando, Miriam — dijo—. A no ser que los marcianos sean próximos parientes de los individuos de raza mogola que pueblan nuestro planeta.

— ¿Estás seguro de que no es un marciano? — Miriam parecía decepcionada.

— ¡Cuidado! Estamos llegando al suelo y veo un amontonamiento de rocas en el sitio donde, vamos a caer. ¡Hasta en esto nos persigue la mala suerte!

Larry había cortado la conversación porque, efectivamente, dentro de pocos segundos terminaría el descenso y había observado que el azar acaba de llevarles sobre uno de los montículos rocosos que sobresalían en algunos puntos de la inmensa llanura arenosa del desierto. La circunstancia, que habría sido grave para un paracaidista solo, lo era mucho más al ser dos las personas que descendían conjuntamente.

— ¡Preste atención! Suéltese cuando yo se lo indique, y procure tocar el suelo con las piernas ligeramente encogidas.

A medida que se acercaban, Larry vio con más claridad que sería muy difícil salir ileso de la toma de contacto con el suelo. La posición elevada de las rocas hacía temer una caída muy peligrosa; pero no quiso alarmar más a su compañera de forzado descenso.

— ¡Ahora! —gritó—. ¡Salte, y que Dios nos proteja a ambos!

Sus pies casi rozaban una de las rocas. Miriam se desprendió de él y la vio dar tumbos entre las piedras. A su vez notó un fuerte choque, que no pudo evitar pese a que tomó todas las precauciones pertinentes. Luego, nada más; recibió un golpe en la cabeza que le hizo perder la noción de cuanto le rodeaba.

* * *

Una escuadra formidable, tal vez una de las mayores escuadras que hayan visto los tiempos, surcaba las calmadas aguas del Pacífico, rumbo a las costas de América. La componían una infinidad de buques, cuyo número se hubiese hecho muy difícil calcular; buques de todos los tipos, en abigarrada mescolanza, y con sus cubiertas apretujadas de hombres.

Había en aquella flota una nota común: todos los buques eran anticuados; ninguno de ellos correspondía a los que se usaban normalmente para la navegación a finales del siglo XX y comienzos del XXI. Sobresalían, en primer lugar, los vapores, con sus negros penachos de humo. Seguían después los veleros de todos los tipos, aunque notándose en todos ellos las características de construcción oriental; una inmensidad de juncos, y hasta sampanes, se atrevían a desafiar al mayor de los océanos.

El avance era lento, porque los vapores acomodaban su marcha a la de los buques de vela, y de estos últimos, los de menor capacidad iban remolcados a los mayores por medio de largas cuerdas y cables.

Y la muchedumbre que se apiñaba en sus cubiertas pertenecía toda a la raza amarilla. Sus armas eran tan diversas como los navíos, y como éstos, todas de modelos anticuados y en desuso. Fusiles de repetición que tal vez se usaron en la segunda o quizá en la primera Guerra Mundial; ametralladoras de la misma época; pistolas, sables, machetes y hasta curvados alfanjes de tiempos remotamente pretéritos.

Un observador hubiese creído verse ante una de aquellas famosas flotas de piratas orientales que, a mediados del siglo XX, aterrorizaron las costas de Borneo, de las islas de la Sonda, Filipinas y China. Sólo que en esta ocasión la escuadra era mucho más numerosa; los buques, especialmente los de pequeño tonelaje, figuraban a centenares; tal vez millares.

Y aquella inmensa flota, con el grandioso ejército de desembarco que transportaba, se dirigían a las costas occidentales de América. Tardarían aún bastantes días en llegar, pero no tenían la menor prisa. Sus futuros enemigos nada podían hacer para impedir la aproximación.

La potentísima escuadra americana, sin haber sufrido ningún daño aparente, se hallaba en condiciones mucho más desastrosas que aquellas que sufrió en Pearl Harbour después del devastador ataque japonés. Porque entonces le quedaban las reservas ancladas en otros puertos; podía disponer de la aviación, y sus astilleros no iban a tardar en botar novísimas unidades. Ahora, en cambio, ninguna de dichas posibilidades existía. Los buques no podían moverse de sus bases por negarse a funcionar la energía atómica que los impulsaba, y otro tanto sucedía con los aviones y las fábricas de guerra. Hubiese sido preciso una readaptación total de las industrias, impulsándolas con medios anticuados, lentos y de escasa producción.

¡Los invasores tenían ganada la batalla por anticipado! Porque los americanos no podrían disponer de sus modernísimos medios de defensa, en ningún sentido. Aviación, tanques y armas atómicas, sus principales elementos de combate, deberían dejar paso a los fusiles y a escuadrones de caballería que recordarían la famosa guerra de Secesión. Y aún en este terreno tenían ventaja los orientales, porque las reservas de armas antiguas no eran excesivas en los Estados Unidos.

¡Dentro de muy pocos días, la más poderosa nación del mundo debería inclinarse ante la despreciada raza amarilla! ¡Y vencida América, el resto sería fácil! ¡El secular sueño de dominio universal de los hombres de Oriente iba a verse realizado!

* * *

La inquietud de Warner Leyland por la tardanza de su sobrino era más que justificada. El combustible cargado en el avión de Larry podía permitir unas tres horas de vuelo, a lo sumo, y hacía cerca de diez que el joven había despegado del pequeño terreno junto a la casa de los Apalaches.

Warner se forjó mil conjeturas para justificar la tardanza del muchacho al que apreciaba sinceramente. Pensó que pudo verse forzado a tomar tierra en cualquier punto lejano, y la dificultad en las comunicaciones no había permitido a Larry establecer contacto con él. Se aferró a esta idea porque era la más beneficiosa para el joven, pero el correo del día siguiente le enfrentó con la terrible realidad.

La carta procedía de la capital y estaba redactada en los siguientes términos:

«Advertimos al profesor Leyland que deje de entrometerse en asuntos que no son de su incumbencia. Su curiosidad excesiva ha costado ya la vida a su sobrino y a una periodista demasiado amante de fisgonear donde no debe. Cualquier nuevo intento contra nosotros o nuestros aliados sería catastrófico. ¡Somos invencibles! ¡El triunfo

será nuestro!»

La nota no llevaba firma alguna y su contenido dejó anonadado a Warner. No por las amenazas que encerraba, sino por la notificación de la muerte de Larry. Le dejó imposibilitado para pensar, hasta el extremo que apenas se dio cuenta que hablaba también de la presencia de Miriam en el avión.

Poco a poco, fue reaccionando y se esforzó por concentrar su atención en lo que se le decía en el papel. Una cosa estaba clara: si le amenazaban era porque le temían, pese a las bravatas y frases altisonantes. Pero ¿quién era aquel enemigo y quiénes eran los aliados de que hablaba? ¿Se trataría realmente de habitantes de otro planeta que habían establecido ya contacto con hombres de la Tierra y conseguido su alianza?

Todo aquello estaba muy turbio, y Leyland no sabía que contestaciones darse a sí mismo. Tampoco hallaba respuesta cuando se preguntaba quién podía haberle mandado aquella carta. Indudablemente, debía proceder de alguien que le conociese a fondo; de alguien que no ignorase su capacidad para estropear unos planes siniestros, pese a las condiciones en que se hallaba la tierra, o por lo menos parte de ella, por el envenenamiento de la atmósfera. Si le conocían, si tenían miedo a su ciencia y a sus posibilidades, debían ser forzosamente habitantes de la Tierra y no de otro lugar del espacio. ¡Y por más vueltas que daba a su cerebro, Warner Leyland no conseguía sacarlo de aquel caos donde el misterio se hacía cada vez más intenso!

— Seguiré trabajando — se dijo, finalmente—. No me importan las amenazas. Los asesinos de mi sobrino, sean quienes sean, sufrirán el castigo que merecen tanto por esto como por todo el mal que han causado. ¡Mientras me quede aliento, lucharé en defensa del bien, que ha sido siempre el objetivo de mi vida!

* * *

Larry no estaba muerto. Cuando recobró el conocimiento se encontró tendido sobre una litera en una estancia donde entraba a raudales la luz diurna. Empezó a pensar, para recordar lo sucedido, y comprendió que estaba prisionero. Sentía una extraña pesadez en la cabeza y mucha sed.

—Esto no es del golpe — se dijo—. Me habrán suministrado algún narcótico para que me durase el desmayo, antes de traerme aquí. Pero, ¿dónde estoy?

Se incorporó en la litera y palpó sus miembros para convencerse que no tenía ningún hueso roto a consecuencia del choque contra las rocas.

— ¿Y Miriam? — pensó—. Si no le ocurrió nada grave, debe estar también presa, aquí o en otro departamento.

Fue a saltar al suelo, cuando notó que se le erizaban los pelos, a causa de una inmensa sensación de pánico. ¡Allí no había suelo! ¡Todo aquel lado de la litera estaba abierto al espacio, a una altura enorme, y de aquí la gran cantidad de luz que llegaba hasta él! Al principio no lo había notado, en su semiaturdimiento, pero ahora, al tomar impulso para saltar, el espacio infinito se presentaba delante suyo.

Todo esto duró una fracción de segundo. Quiso aferrarse a la litera, para frenar el salto, pero sólo consiguió arrastrar consigo una manta, que le seguiría en aquel postrer viaje. ¡Iba a estrellarse contra el suelo, desde una altura de quince mil metros, o tal vez más!

No fueron tantos. A poco más de un metro de la litera su cuerpo se detuvo, como si de pronto hubiese quedado suspendido en el aire. Pero Larry notó el choque contra algo sólido; el suelo de aquel extraño departamento, que estaba formado por un cristal tan transparente, que daba la sensación de no existir.

Larry respiró aliviado y en aquel momento oyó una risa burlona y una voz sobradamente conocida, que le decía:

— ¿Se asustó, señor Adam? A mí me pasó otro tanto hace unos momentos. Ya nos iremos acostumbrando a las rarezas de esta nave interplanearia.

—Gracias por haberme avisado a tiempo, Miriam

—contestó él, mientras se levantaba.

—Le vi durmiendo tan beatíficamente, que me supo mal despertarle. Seguro que debía estar soñando que se hallaba en su casita de los Apalaches.

— ¿Ha podido averiguar algo? ¿Sabe dónde estamos?

—No hace falta ser muy lince para ello, Larry. Estamos en el interior de un platillo volante, prisioneros de los marcianos.

—Pero, ¿no ha hablado usted con ninguno de ellos? ¿No ha visto a nadie?

—No, y crea que lo siento. ¿Se imagina el éxito editorial que representaría publicar mi primera entrevista con un marciano?

—Temo que va a tardar en poderlo hacer, Miriam

—contestó Larry, con ademán poco optimista.

A continuación, el joven se dedicó a examinar más detenidamente aquella estancia. Le pareció que estaba en la parte más baja del platillo volante, detalle que se confirmaba al tener el suelo debajo suyo y en comunicación directa con el espacio a través de aquel claro cristal. A un lado la pared, también de cristal, y al otro las dos literas que ocuparon él y Miriam. Finalmente, al fondo descubrió una portezuela.

—Por aquí hay la salida — dijo, dirigiéndose a la puerta—.

Llamemos y veamos que ocurre. No deberán tener el propósito de dejamos morir de hambre, supongo.

Aporreó la puerta con sus puños.

—Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Hagan el favor de servirnos el almuerzo! ¡Tenemos hambre!

Le contestó una voz procedente del techo de la habitación. Larry levantó la cabeza y pudo distinguir un pequeño amplificador que le había pasado desapercibido en el primer examen.

—Les aconsejamos que se estén quietos. Cuando sea el momento oportuno recibirán alimentación... si se comportan debidamente.

La voz hablaba en inglés, y Larry observó en el acento la alteración de las erres por las eles, propia de los orientales cuando no están muy habituados a la lengua de Shakespeare.

—Yo aseguraría que estos marcianos han hecho su aprendizaje de inglés en alguna escuela de Shanghái — dijo, volviéndose a Miriam —. ¿Se ha fijado en el acento?

—Esto no quiere decir nada — contestó la muchacha, dubitativa —. Pueden poseer un defecto parecido...

—Pero pienso también en el rostro del piloto que nos atacó — repuso Larry—. Debemos ir atando cabos para desentrañar este endiablado misterio. Aquel hombre era un oriental, Miriam.

—Entonces, ¿será preciso admitir que los orientales han podido aventajarnos en técnica y han estado construyendo secretamente estos artefactos? ¿Y las radiaciones que han lanzado sobre América, de qué material proceden? No, Larry; aparte de lo que usted supone mi fantasía, todo esto es de procedencia ultraterrestre. Tal vez han desembarcado ya en China y han conseguido la alianza de algunos núcleos de allá...

Larry estuvo reflexionando sobre las palabras de la joven y acabó por considerarlas menos insensatas de lo que le parecieron al principio. Sí, todo aquello podía ser; los marcianos habrían buscado alianza en el país industrialmente más débil para luego atacar al más fuerte. En cualquier caso, pensó, el misterio no podía tardar en aclararse porque alguien se presentaría a darles la comida.

No obstante, el almuerzo les fue servido a través de un ventanillo abierto en la puerta y cuando Larry quiso hablar, el altavoz de la habitación le instó a que dejara de hacerlo, anunciándole que a su debido tiempo ambos prisioneros conocerían su destino.

—Forzosamente ha de llegar el momento en que el platillo regrese a su base — comentó Miriam—. Entonces sabremos dónde nos llevan y qué se proponen hacer con nosotros.

Pasaron tres largos días en las mismas condiciones. El platillo volante parecía estar fijo en el espacio, como un planeta más, casi sin moverse. Desde su habitación los dos prisioneros pudieron contemplar

detalladamente los que componían el resto de la escuadrilla, que permanecían casi inmóviles como el suyo, dedicados a la fatídica labor de soltar las radiaciones que tan graves perjuicios estaban ocasionando en los Estados Unidos.

Finalmente llegó el relevo, y la escuadrilla emprendió el regreso hacia la ignorada base. Pero entonces Larry y Miriam no pudieron ver nada, porque su observatorio quedó cerrado exteriormente mediante unas compuertas de metal. Les fue facilitada luz interior y apenas notaron que marchaban a toda velocidad por el espacio.

—En estas condiciones no es posible calcular siquiera la dirección que seguimos — dijo Larry.

— ¿Cree que con ello solucionaríamos algo, Larry?

—Por lo menos daríamos satisfacción a nuestra curiosidad. Es un modo como otro cualquiera de distraerse.

Calcularon que llevaban poco más de una hora volando, cuando les pareció que el platillo se había detenido.

—Por mucha que sea su velocidad, no podemos estar en ningún planeta que no sea el nuestro propio

—observó Larry.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un chino. Empuñaba una pistola atómica, circunstancia que hizo suponer a Larry que habían llegado a un lugar donde no tenían efecto las radiaciones contra la electricidad y la energía nuclear.

—Vengan conmigo y no pronuncien ninguna palabra— les ordenó el chino.

— ¿Puede decimos, por lo menos, dónde estamos?

—preguntó Larry.

—Ya lo sabrán, si la superioridad lo considera oportuno. Ahora, absténganse de formular preguntas.

Larry pensó que algo vería cuando se hallase fuera del platillo, pero no fue así; el extraño aparato estaba en el interior de un hangar, con la entrada cerrada, y él y Miriam fueron obligados a seguir al chino hacia el fondo del espacioso departamento, donde se veía una puerta que debía comunicar con otras dependencias de la desconocida base. Lo único que pudo apreciar fue que otros cinco platillos estaban junto al que les transportó a ellos; seguramente la totalidad de la escuadrilla. Pero, ¿de cuántas escuadrillas disponían sus enemigos? ¿En qué parte del mundo se hallaban? No había posibilidad de contestar a ninguna de estas preguntas, y no sería ciertamente el solitario chino quien lo hiciese.

Larry y Miriam siguieron al oriental por unos estrechos pasadizos, descendieron escaleras y volvieron a avanzar por nuevos pasillos. Todo bastante mal iluminado y con mucha sensación de humedad. Larry llegó a pensar que estaban en un buque,

confirmándole dicha suposición la forma como estaban construidos los diversos departamentos que iban atravesando.

El chino abrió la puerta de lo que podía ser un camarote situado a la altura de las bodegas, y se dirigió a Larry.

— Entre aquí.

El joven comprendió que era perder el tiempo tratar de resistirse o simplemente de sonsacarle algo al amarillo, y se metió en el departamento.

—Adiós, Miriam — se despidió—. Confío en que volveremos a vernos.

—Y lo más lejos posible de aquí — contestó la muchacha—. Aunque la aventura no me desagrada; tengo el presentimiento que será el mejor reportaje que habré conseguido en mi vida.

Larry no pudo menos que admirar el optimismo que reflejaban las palabras de su compañera de infortunio. El no estaba muy seguro de conseguir escapar de aquella cárcel; de lo que sí estaba seguro era de que sus aprehensores no se avendrían a soltarles voluntariamente. ¿Y quién les vendría a salvar?..

El chino cerró con llave la puerta del camarote, y momentos después Larry oyó cerrar la de uno inmediato. Por lo tanto, sabía ya que Miriam se había convertido en su vecina de encierro.

—Llamaré con los nudillos a la pared de separación— pensó—. Podremos cambiar impresiones mediante el Morse.

El departamento estaba construido totalmente en madera. Larry llamó con los nudillos en el mamparo que suponía que le separaba de Miriam, tratando de emplear el sistema de comunicación que usan los presos de casi todas las cárceles del mundo. Pero no obtuvo contestación; sin duda, el amarillo era menos tonto de lo que a Larry le pudo parecer y había dejado uno o dos camarotes de separación entre el suyo y el de la muchacha.

No había luz, pero pronto los ojos de Larry se acostumbraron a la penumbra y pudo distinguir muy levemente lo que contenía su estrecha cárcel. Todo se reducía a un camastro adosado al mamparo y un banquillo junto al mismo.

Se sentó en el banquillo y esperó los acontecimientos. Sus sentidos, entre tanto, captaban la humedad que rezumaba por todas partes. Era evidente que se hallaba en un buque y tal vez en su parte cercana a la línea de flotación o incluso bajo el agua. Pero, en cualquier caso, la nave parecía estar inmóvil Larry no percibía el menor balanceo ni signo alguno que denotase que estaba navegando. ¿Dónde se hallaba, pues? Aquella terrible sensación de misterio que se inició con la paralización de la electricidad en su casa de los Apalaches, aumentaba de volumen a cada nuevo acontecimiento. Y Larry empezaba a temer que su vida terminaría antes que consiguiese

aclarar la menor partícula de todo ello.

—Si pudiera escapar de aquí... —pensó.

Pero escapar significaba poder abrir aquella puerta, vencer al chino que indudablemente habría quedado de guardia en el pasillo, vencer al resto de la tripulación de la nave y conducirla después a un puerto amigo. Demasiado esfuerzo, no teniendo más ayuda que la de sus puños.

Mientras iba calculando sus posibilidades de evasión, le pareció que la madera del suelo estaba muy reblandecida a causa de la humedad. Un hombre que dispusiese de una buena herramienta podría con facilidad abrir un boquete que le comunicase con la estancia inferior, si debajo de allí había alguna.

Se palpó los bolsillos y comprobó que sus enemigos le habían dejado un pequeño cortaplumas que acostumbraba llevar, tal vez porque no se lo encontraron o porque no consideraron digna de aprecio aquella modesta arma.

—Me costará trabajo — se dijo—, pero el tiempo me sobra. No sé qué habrá debajo de este camarote; pero sea lo que sea, la puerta estará abierta y tal vez consiga apoderarme por sorpresa de alguna de sus armas atómicas.

Se puso a trabajar con entusiasmo y tuvo la satisfacción de ver cómo las húmedas astillas se dejaban a arrancar con facilidad. Aunque la tabla fuera muy espesa, no tardaría en abrir un agujero que le comunicase con la estancia inferior.

—Corro el riesgo de que haya alguien debajo mío y se dé cuenta de lo que estoy haciendo — pensó—. En cualquier caso, si me descubren, no harán más que quitarme el cortaplumas y encerrarme en otro calabozo. Y no estaré peor de lo que estoy.

Animado con esta idea prosiguió su trabajo, hasta perforar por completo la tabla que tenía debajo de los pies. Consiguió un agujero pequeño, por el que no podía pasar su mano, pero vio con satisfacción que no penetraba ninguna luz a través del mismo. Debajo de allí no había nadie; agrandaría el agujero y pasaría a la estancia inferior, estudiando después sus posibilidades.

En aquel momento oyó que se abría la puerta del camarote y sintió que un intenso temblor recorría todo su cuerpo. ¡Iban a descubrirle y se malograrían sus proyectos, ahora que parecía que iban tan bien!

—Salga — dijo la voz del chino—.El jefe quiere verle.

— ¿Eh? Sí... Ya voy... —contestó Larry.

Estaba de suerte. Su guardián le había hablado

sin penetrar en el camarote y la luz del pasadizo no era "lo bastante intensa para iluminar bien el interior, dejando ver lo que estaba haciendo Larry. El joven salió apresuradamente, dejando el

cuchillo en el suelo, preocupado únicamente en evitar que el amarillo echase un vistazo al interior.

—Vamos — añadió—.Yo también tengo deseos de hablar con vuestro jefe y presentarle la debida reclamación por el injusto trato a que nos tiene sometidos a la señorita y a mí.

El oriental sonrió y se puso a marchar por el pasillo, evitando a Larry que le precediese y manteniendo cerca de su cuerpo la pistola atómica.

Subieron escaleras y atravesaron otra serie de compartimientos que hicieron dudar a Larry de que efectivamente se hallase a bordo de un navío.

—A menos que estos granujas hayan construido uno diez veces mayor que el «Presidente Washington» — murmuró.

El «Presidente Washington» era oficialmente el mayor buque del mundo, pero si aquello donde estaba Larry era un buque, no había duda de que le superaba en mucho. Todo esto lo comprendió el joven sin llegar a salir a cubierta, ya que toda la marcha la hizo por departamentos interiores.

Por fin llegaron ante una puerta donde el oriental llamó con los nudillos. Una voz, desde el interior, invitó a entrar y Larry se vio casi empujado por el chino al otro lado de la puerta.

Se vio en un saloncito amueblado con bastante elegancia y en el que estaban dos hombres sentados en sendos butacones. Uno era oriental, desconocido completamente por Larry; pero el otro...

— ¡Luke Percival!—exclamó el joven.

Durante más de veinte años el nombre de Luke Percival había sido célebre en el mundo entero. Percival fue director de un gigantesco «trust» americano de la industria del automóvil, en la época que el helicóptero empezaba a desplazar el vehículo de tierra. Percival era hombre inteligente en su trabajo, tal vez uno de los mejores ingenieros industriales de América, pero no supo ver que la era del automóvil estaba caducada. En vez de esto se entregó a una lucha a muerte contra el helicóptero, renovando algunas características del coche, y emprendiendo una construcción en serie en una escala como jamás se había visto en industria alguna. Pensaba que con los precios bajos y las comodidades que había implantado, la industria rival del helicóptero se hundiría.

Resultó exactamente todo lo contrario. La gente se inició hacia la innovación que representaba trasladarse por los aires dentro mismo de las ciudades, quedando el automóvil relegado a los que preferían medios anticuados de locomoción, que eran los menos. Y el «trust» se vino abajo estrepitosamente, sin haber podido colocar ni un diez por ciento de la enorme producción. El nombre de Percival desapareció de la actualidad hasta que un día los periódicos dieron la noticia de su

muerte en un desgraciado accidente.

De aquello hacía aproximadamente cinco años. Y ahora, Larry se encontraba en presencia del famoso ingeniero, vivo, que le miraba de forma extraña. Al principió, Larry no adivinó qué había de raro en aquella forma de mirar; pero, poco a poco, se fue imponiendo de la realidad: ¡Aquella era la mirada de un loco! ¡Luke Percival, el que fue último rey del automóvil, había perdido la razón!

La carcajada que profirió Percival al oírse llamar por su nombre borró todas las dudas de Larry, si aún le quedaba alguna.

— ¡Sí, Luke Percival! — exclamó el loco —. ¿Nunca lo hubiese creído, verdad, Larry Adams? ¿Qué hace ahora tu buen tío, mi antiguo compañero de Universidad?

—Mi tío está luchando con todos sus medios para neutralizar la catástrofe que ha caído sobre nuestro país. — contestó Larry —. ¿Puede usted decirme, a su vez, dónde estoy y qué significa su presencia aquí?

Las facciones de Percival adquirieron de pronto terrible gravedad.

— ¡Mi presencia aquí significa que soy el más fuerte, Larry Adams! — dijo, contestando sólo a la segunda de las preguntas—. América primero y después el resto del mundo sabrán lo que cuesta haber despreciado a Luke Percival. Me creyeron un ser sin inteligencia porque me incliné a favor del automóvil, cuando ellos preferían el helicóptero. ¡Pues bien; les demostraré que soy capaz de construir algo infinitamente más poderoso que los helicópteros! ¡¡Los platillos volantes!!

— ¡Sí, Larry Adams! ¡Se que el mundo atribuye su construcción a genios de otros planetas, pero he sido yo! ¿Comprendes? ¡Yo, el despreciado Luke Percival, a quien las generaciones futuras construirán una estatua en la roca viva, mucho mayor que las dedicadas a los presidentes de los Estados Unidos!

—Será un recuerdo de sus asesinatos en masa — ironizó el joven.

— ¿Cómo te atreves a hablar así, insensato?—gritó el loco, enfureciéndose—. ¡Antes he de castigar a los que me despreciaron! ¡Vengarme de ellos! ¡Demostrarles mi genio, muy superior al de tu vanidoso tío que siempre se creyó más que yo, incluso en nuestros tiempos de Universidad!

—Por eso ha intentado asesinarle, ¿verdad, Percival? Su ciencia debería hacerle comprender que sólo se quiere suprimir a quien teme.

— ¡Warner Leyland merece morir, porque se burló públicamente de mí! ¡Tengo aliados y poderosos auxiliares en la misma Washington, que sólo esperan una orden mía para atacar! ¡Tú también morirás, jovenzuelo impertinente! ¡Te he llamado para que supieras de dónde

te viene el golpe, pero antes de veinticuatro horas, tú y esa periodista entrometida habréis dejado de existir!

El oriental que estaba en la habitación, sentado junto a Percival, no había pronunciado una sola palabra. Contemplaba la escena con sonrisa enigmática y Larry tuvo la sensación de que aquel tipo era el verdadero jefe y se servía del loco para fines que no estaban al alcance del joven comprender.

Una sola cosa se estaba aclarando de aquel siniestro maremágnum: no había marcianos ni seres ultraterrenos de ninguna clase, sino hombres. Y Larry pensó que, siendo así, la lucha resultaría más fácil y con más ventajas por parte de aquellos que defendían el bien.

— Ahora ya sabes lo que me he dignado poner en tu conocimiento — dijo Percival —. Tal vez antes de dar la orden que ha de poner fin a tu vida me siento inclinado a mostrarte otros aspectos de mi poder. ¡Lleváoslo!

Entró el chino que le había conducido hasta allí y con un gesto le indicó que le siguiera de nuevo. Larry pensó que le encerraría otra vez en su camarote y se acordó del proyecto de fuga, que había olvidado momentáneamente al enfrentarse con las terribles revelaciones del loco.

Por el camino fue pensando en la conducta de Percival. Se trataba de un caso de megalomanía, provocado por el complejo a que le había conducido su estrepitoso fracaso en la dirección del «trust» automovilístico. Ahora sentía una enorme ansia de exhibir su poder ante el mundo y había querido que él mismo, Larry, antes de ser condenado a muerte se enterase de todo. Caso típico de aquel género de locura.

Lo que más intrigaba al joven era la presencia de los orientales en todo aquello. ¿Qué siniestra alianza unía al ingeniero con los amarillos y quién era aquel enigmático personaje que no se dignó pronunciar una sola palabra durante la entrevista? Larry no se podía contestar a estas preguntas, como no se pudo contestar a tantas otras que le intrigaban. Pensó que si salía adelante en su proyecto de fuga tal vez podría aclarar muchas cosas.

Tan pronto como su guardián cerró detrás suyo la puerta del camarote, Larry buscó a tientas el cortaplumas, dispuesto a continuar su trabajo lo más rápidamente posible.

Había iniciado ya la perforación de la tabla y sólo le faltaba agrandar el agujero. Por la abertura seguía sin penetrar luz, detalle que alegró al muchacho. Trabajó durante más de una hora, hasta que consiguió un agujero por el que podía pasar su cuerpo. Descansó unos momentos, jadeante, tanto por el esfuerzo como por la emoción.

Miró por el agujero, tratando de descubrir lo que había en la

estancia inferior, pero no le fue posible ver nada. La oscuridad más absoluta reinaba allá.

— ¿Habrá mucha altura? — pensó—. Debo decidirme cuanto antes a saltar.

Tomó una de las astillas arrancadas, la que le pareció más gruesa, y la tiró por el agujero. Oyó el característico ruido de un cuerpo al chocar contra el agua.

—Agua... — murmuró —. ¿Será un pozo o un río subterráneo? ¡Dios mío! ¿Podré siquiera llegar a saber dónde estoy?

No se entretuvo más en pensar. Era momento de actuar y se dejó caer por el agujero en espera de encontrar una salida. Su camarote no le ofrecía ninguna; tal vez la hallaría en el agua. Y si no...

—Sea lo que Dios disponga — se dijo —. Yo habré cumplido con mi deber al luchar contra la inicua muerte a que he sido condenado por ese loco.

Larry era un buen nadador y se sostuvo en el líquido sin el menor esfuerzo. Se dio cuenta que aquello no era un pozo, sino una especie de estanque subterráneo, de bastante anchura. Nadó hasta encontrar una pared que se lo impidiese y de momento le pareció que no existía salida alguna.

—No obstante — pensó—, el agua ha de entrar aquí por alguna parte. Tal vez buceando encuentre el paso...

Nadó por debajo y comprobó que, efectivamente, las paredes que rodeaban aquel estanque sólo profundizaban poco más de un metro. También se dio cuenta de que el agua era salada; por lo tanto, estaba en el mar o en algún sitio que tenía comunicación directa con él.

—Si hay comunicación con el mar, yo la he de encontrar — se dijo —. No pasará mucho tiempo sin que logre salir de este encierro.

Salió de nuevo a la superficie y aspiró profundamente, llenándose los pulmones de aire. Después se volvió a sumergir y se metió directamente por debajo de las paredes que limitaban el estanque. Nadó lo más rápido que le fue posible, hasta que notó la falta de aire, irresistible, en sus pulmones. Entonces se elevó, buscando una salida por encima de su cabeza, pero su cuerpo chocó contra una superficie plana que le impidió subir más.

Estaba en un sitio donde el agua tocaba el techo y no le era posible tomar aire. Nadó otro trecho, con el mismo resultado; empezó a sentir los síntomas de la asfixia. Quiso retroceder, pero ya no tuvo fuerzas para ello. No había calculado que el trayecto bajo el agua podía ser excesivamente largo, y ahora iba a perecer, víctima de su propio afán de salvarse, ahogado en aquel lugar desconocido y sin haber podido resolver apenas ninguno de los múltiples problemas con los que había querido enfrentarse.

Mentalmente, encomendó su alma a Dios.

Capítulo v

Nunca, ni en la época de las grandes guerras atómicas, el pueblo americano había sentido un pánico tan inmenso como en aquellos momentos. Y no obstante, las fuerzas que desembarcaban en sus costas occidentales iban provistas de un armamento totalmente anticuado.

Pero la gravedad del caso estaba en que no se poseían armas similares para dar la adecuada réplica, y las modernas, de las que se disponía en abundancia, estaban inutilizadas por las radiaciones paralizadoras de las que el espacio se hallaba cada vez más impregnado.

Las hordas amarillas se diseminaron por los Estados del Oeste, arrasándolo todo a su paso. Los habitantes de aquellas regiones buscaron su salvación en la huida, empleando para ello cuantos medios tenían disponibles. Pero la huida no era la solución, porque los amarillos no se detendrían en el Oeste y su marcha asoladora se efectuaría sobre el suelo americano.

Mientras el Gobierno estudiaba las medidas más adecuadas para hacer frente al ataque, se cursaron partes a los países aliados para que acudieran en ayuda de Norteamérica, cumpliendo los pactos de defensa establecidos. Los grandes países de la Europa Occidental se apresuraron a enviar sus primeras tropas aerotransportadas, pero la expedición acabó en verdadero desastre. Apenas los grandes aparatos de transporte llegaron a la zona infectada por las desconocidas radiaciones se paralizaron los motores y las aeronaves se precipitaron al fondo del Atlántico. Las escuadrillas que las seguían tuvieron que regresar a sus bases para no verse sometidas a la misma desgraciada suerte.

Otro tanto ocurrió con los enormes buques de guerra, aunque con menos espectacularidad y sin pérdidas de vidas. Al llegar las escuadras a la zona de radiaciones se detuvieron repentinamente, quedando paralizadas ante la barrera de protección establecida por la perturbadora mente de Luke Percival.

¡América debería luchar sola contra los invasores! Sin armas ni medios adecuados, la resistencia iba a ser muy difícil. No obstante,

vino la reacción y empezaron a acudir voluntarios para la defensa del país y de la civilización. Y las multitudes que huían aterrorizadas de la tormenta, aquellas masas humanas sin rumbo fijo, desesperadas, que han hecho acto de presencia en todas las grandes calamidades de la Historia, se cruzaron con los primeros escuadrones que acudían al combate.

Como en los remotos tiempos de la Guerra de Secesión, los jinetes avanzaban al galope, sable en alto, el encuentro de los invasores. Fue un choque terrible en el que ambos bandos sabían que no podía existir cuartel. La caballería americana cargó contra las hordas asiáticas, descomponiendo sus filas y despreciando el nutrido tiroteo. Los caballos aplastaban cuerpos y las armas blancas segaban vidas sin cesar. Como en los gloriosos tiempos de la colonización, las inmensas llanuras del Oeste vieron correr la sangre a raudales. Los jinetes americanos se batían con el mismo entusiasmo que los pioneros del siglo XIX, y donde ellos atacaban se iniciaban rápidos movimientos de repliegue por parte del enemigo.

Se establecieron algunos puntos de contención y los voluntarios pudieron proveerse de armas de fuego, apoderándose de las que eran abandonadas por sus enemigos. Pero los amarillos no han reparado jamás en el coste de vidas humanas cuando han emprendido una acción bélica; y las oleadas de desembarco, sin aviación ni escuadra enemiga que pudiera impedirlo, se sucedían sin interrupción.

Los grandes buques surtos en las bases de Occidente, inmovilizados y sin poder usar sus armas atómicas, fueron asaltados por los amarillos y sus tripulaciones pasadas a cuchillo tras una épica defensa. Todo el litoral estaba en poder de los invasores, mientras en el interior se combatía rudamente, haciendo esfuerzos sobrehumanos los voluntarios para contener la avalancha.

En el Este las noticias eran contradictorias y el pánico de la población iba en aumento. Los periódicos publicaban relatos escalofriantes de las batallas, llegados con varios días de retraso a causa de las dificultades en las comunicaciones y la gente nunca podía saber el estado actual de los frentes. Clevers, el director del «Interplanet», rugía desesperado ante la extraña desaparición de Miriam Hunter, una de sus mejores periodistas.

— ¡Seguro que habrá tenido la desfachatez de huir a Europa!—clamaba—. ¡Precisamente ahora, que necesito de todo mi personal para conseguir las mejores informaciones sobre los frentes de batalla! ¡Que no vuelva a comparecer por aquí, porque está despedida!

Para Clevers todo el interés de la hecatombe estaba en poder suministrar a sus asustados lectores detalles fidedignos y horriblemente realistas de cómo iban siendo destruidas las grandes ciudades y los fértiles campos del país. Para él la guerra significaba,

simplemente, un considerable aumento de tirada.

Y el pánico se propagó a los demás países al conocerse el resultado catastrófico de las expediciones mandadas en ayuda a los americanos. La gente comprendió que después de América les llegaba el turno a ellos. La oleada amarilla se extendería por todo el globo, cual inmensa mancha de aceite, al amparo de aquella poderosa arma que paralizaba los modernos medios de defensa y de transporte.

Se organizaron grandes manifestaciones de protesta en todas las ciudades del mundo. En realidad, no se sabía contra quién se protestaba, porque los gobiernos no tenían la menor culpa de lo que estaba sucediendo. Era tan sólo el pánico de las multitudes, exteriorizado de manera ruidosa, y sin conseguir otro resultado que el de implantar nerviosismo en las esferas donde aún podían estudiarse medidas sensatas. ¡El caos se estaba apoderando del mundo!

* * *

Miriam había sido encerrada en un camarote cercano al que sirvió de calabozo a Larry. El chino que los condujo a ambos tenía orden de no encerrarlos en camarotes contiguos para evitar que se comunicaran sus impresiones a través de las delgadas paredes de madera, y Miriam pasó a ocupar una habitación más amplia, situada al fondo del pasadizo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad reinante, Miriam supuso que aquella cámara era o había sido almacén en otros tiempos. Vio un amontonamiento de hierros entre los que se destacaban piezas destinadas a efectos navales, como gruesas cadenas y algunas pesadas áncoras. Comprobó al tocarlo que todo aquello estaba oxidado, dando la impresión que las piezas llevaban mucho tiempo allí y que nadie se había preocupado por ellas.

—No comprendo— se dijo la muchacha—. Si nos hallásemos a bordo de un buque, todo esto no aparecía tan abandonado, ni siquiera estaría aquí. No es lugar apropiado para guardar áncoras y cadenas...

Mientras iba pensando sobre aquello para deducir con exactitud el lugar donde se hallaba, se dio cuenta de que las tablas del suelo estaban dobladas, como amenazando romperse, por el peso de tantos hierros.

—Aseguraría que a nadie se le ha ocurrido echar un vistazo aquí dentro, por lo menos en diez años—murmuró—. Esto no es natural en un buque. Si las tablas del suelo acaban por romperse, menudo susto va a llevarse los que estén en los departamentos inferiores...

Entonces se le ocurrió una idea, pareja a la que había tenido Larry al comprobar el mal estado de las maderas del suelo. Pensó en lo que lógicamente piensa todo preso: en la libertad.

—No debe haber nadie debajo, porque no pasa la menor luz por las rendijas—prosiguió la joven—. Si pudiese derribar esa áncora de lo alto... El choque contra el suelo acabaría de romper estas tablas. Claro que el centinela puede oír el golpe; pero debo arriesgarme.

Miriam no era mujer para andarse con vacilaciones. Tomó con sus delicadas manos una de las gruesas cadenas de la base del amontonamiento y tiró con fuerza, esperando remover toda la pila y provocar su derrumbamiento.

Sus deseos estaban muy por debajo de sus posibilidades y pronto hubo de convencerse de que no conseguiría nada. Pero ella siguió tirando de la cadena con la desesperación del que ve fracasar sus máximos anhelos a causa de su impotencia y no se resigna a declararse vencido.

Le pareció que el montón de hierro cedía un poco. Tal vez en su esfuerzo había conseguido desplazar una pieza de poco volumen y todo el conjunto había acusado la pérdida de estabilidad.

—Ha sido una ilusión — murmuró Miriam—. Carezco de fuerza para mover una masa tan pesada. Nunca conseguiré evadirme si para lograrlo he de desplazar alguna de estas enormes piezas.

Y en aquel momento ocurrió algo insólito. La nave o lo que fuese se tambaleó ligeramente, como agitada por un golpe de mar. Y el áncora de lo alto de la pila, tal vez por efecto de su nueva estabilidad promovido por el ligero desplazamiento que consiguió provocar Miriam, se derrumbó sobre las tablas del suelo, rompiéndolas y desapareciendo por el boquete abierto. Se oyó el golpe de la madera al romperse y el choque del áncora contra el agua existente en el departamento inferior. Pero no acabó aquí la cosa; iniciado el boquete, las tablas fueron crujiendo hasta ceder por completo y toda la pesada masa de hierro siguió al áncora hacia el fondo del mar.

Miriam se asustó un poco. Pudo retroceder a tiempo para no ser alcanzada por ninguno de los hierros que se fueron al fondo, y después contempló el enorme agujero que había quedado abierto en el suelo del camarote.

— ¡Dios mío!—murmuró—. ¡Si me descuido! Pero hay una cosa que no comprendo; estos hierros han caído al agua... ¿Hay agua, entonces, debajo de este camarote? En tal caso, no estoy en un buque... ¡Y debo hacer algo! No me extrañaría que el guardián hubiese oído algo y entrase a enterarse de lo ocurrido. En tal caso, todo acabaría siendo yo encerrada en otro camarote donde seguramente no habrán hierros.

No tuvo curiosidad por ver la cara de asombro que pondría el chino, si es que llegaba a asomar. Se deslizó por el boquete y cayó al agua, encontrándose en un compartimiento parecido al que halló Larry cuando emprendió aventura semejante.

Miriam nadaba bien y se dedicó a tantear las paredes que limitaban el pequeño estanque, llegando a la conclusión que sólo nadando por debajo del agua podría encontrar una salida.

—Pero, ¿hacia qué lado debo nadar? — se preguntó—. ¿Dónde está el mar libre?

No había respuesta posible. Tantearía al azar por debajo de cualquiera de los lados que limitaban aquel espacio, mientras su resistencia se lo permitiese, y si fracasaba volvería al estanque para probar en otra dirección.

Se zambulló y empezó a nadar por debajo del agua. Mas apenas había dado media docena de brazadas, cuando notó que sus manos se cogían a algo que le pareció ser un cuerpo humano.

— ¡Me han descubierto! —pensó asustada—. ¡Me están persiguiendo por debajo del agua!

Pero entonces observó que su presa no efectuaba el menor movimiento. Era, sin duda, una persona ahogada que sólo Dios debía saber el tiempo que llevaba allí. Pensó en soltarlo y seguir adelante en su busca del mar libre; no podía entretenerse, porque el aire no tardaría en faltar a sus pulmones.

No obstante, su instinto humanitario pudo más que su afán de libertad.

— ¿Y si es un infeliz que se ha sumergido hace poco y se ha quedado sin aire por no haber podido llegar hasta el respiradero del que yo procedo?—se preguntó—. No puedo abandonarlo a una muerte tan horrible, aunque sea un enemigo.

Tiró del cuerpo hacia atrás, notando que le seguía dócilmente, y pocos segundos más tarde lo sacaba a la superficie del reducido estanque bajo el que fue su calabozo. No podía distinguir sus facciones, pero adivinó que era un hombre. Notó que se movía ya, y que aspiraba con fruición el aire que tanta falta hacía a sus pulmones.

— ¿Quién es usted? — preguntó Miriam —. Se estaba ahogando y...

— ¡Miriam!—exclamó Larry, reconociendo la voz.

— ¡Larry! — dijo ella, reconociéndole a su vez —. ¡Oh, Dios mío! Se estaba ahogando...— después, reaccionando según su costumbre, repuso—: Ya suponía yo que debía tratarse de algún infeliz.

—Me ha salvado la vida — prosiguió Larry, sin captar la ironía de las últimas palabras de la joven, a causa de su emoción.

—Comprenda que no es culpa mía — contestó la periodista, mordaz—. Yo no podía adivinar que fuera usted.

Larry no se molestó por aquellas palabras, que sabía que no reflejaban el verdadero sentir de la joven. La intervención de Miriam había sido verdaderamente providencial, en el momento en que él, agotadas sus posibilidades, se ponía en manos de Dios.

Afortunadamente había conseguido mantenerse sin tragar una sola gota de agua, por lo que, al renovar el aire de sus pulmones, se sintió de nuevo en la plenitud de sus fuerzas.

Murmuró una plegaria de agradecimiento y luego habló a la muchacha:

— ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí, Miriam?

—Imagino que, más o menos, de la misma forma que usted. Sin que tuviesen que sacarme de debajo del agua, claro.

—Pero debemos salir al mar libre. Nuestros aprehensores pueden darse cuenta de la fuga y volverían a capturamos.

— ¿Si? Yo pensaba que nos darían una medalla por nuestra hazaña. Tiene usted una clarividencia digna de todo elogio, Larry.

— ¡Vamos, Miriam! — Larry no estaba para bromear, después de la terrible prueba porque había pasado—. Déjese de pullas y hagamos algo práctico. Por el lado de allá no hay salida; encontraríamos otro compartimiento semejante a éste. Por lo tanto, debemos intentar algo en dirección opuesta. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Sigo opinando que el agua le ha refrescado el cerebro. Vamos hacia aquel lado.

Se zambulleron de nuevo y nadaron en dirección opuesta a la que había elegido Miriam en su primer intento. Llegaron a creer ambos que en esta ocasión se ahogarían los dos, porque pasaron los minutos y sus cabezas chocaban con el techo sumergido, cada vez que intentaban buscar la superficie. Por fin, Larry pudo sacar la cabeza del agua y comprobó que se hallaba en otro compartimiento semejante a los anteriores. Al parecer, no se había ganado nada.

Tuvo que tirar de Miriam, porque la joven estaba terminando sus reservas y empezaba a notar la asfixia.

—Devuelve usted pronto los favores — dijo ella, emocionada, después de proveerse de la mezcla vital. Ahora estaba menos para bromas que anteriormente—. ¿Dónde nos hallamos? ¡Oh, no parece que nos hayamos movido de sitio!

—Poco o mucho, hemos avanzado. Es cuestión de paciencia, pero estoy convencido de que acabaremos saliendo al mar libre. Y empiezo a sospechar algo acerca de esto...

— ¿Qué supone, Larry? — preguntó la periodista, con verdadero interés.

—Es mejor que esperemos a ver si se confirma. ¿Se siente ya repuesta y con ánimos de ganar otra etapa?

Larry no quiso dar más explicaciones. Volvieron a nadar bajo el agua y esta vez su empeño encontró el merecido premio. Desde el primer momento vieron una débil claridad que se filtraba en el interior del agua, dando a entender que no saldrían a otro

compartimiento cerrado, sino a un lugar bañado por la luz del día. Esta esperanza les animó, haciéndole nadar con mayor entusiasmo y poco después sacaban la cabeza al exterior sin que ninguno de los dos hubiese notado el agotamiento por falta de respiración.

Se encontraron en el estrecho espacio entre los costados de dos buques muy juntos, cuyas quillas habían visto ya antes de salir a la superficie. El agua estaba sucia, verdosa, y cubierta materialmente de algas, como si aquel lugar fuese un puerto muy abandonado en el aspecto de limpieza. Seguramente había temporal, que se adivinaba por el balanceo de los buques, circunstancia que hizo pensar a Miriam en el movimiento que había provocado el derrumbamiento definitivo de los hierros de su prisión.

Miró, extrañada, a su compañero de aventuras, mientras escupía unos hierbajos que se le habían metido en la boca y trataba de quitarse otros que se enzarzaron con sus cabellos y le descendían por la cara. Vio que a Larry le ocurría aproximadamente lo mismo.

—Estamos como para ir a una fiesta — dijo, con buen humor—. Bueno, ¿es usted capaz de identificar este sucio puerto?

—Mire hacia arriba — le contestó él.

La joven siguió la indicación y dejó escapar un grito de asombro. Acababa de identificar las dos naves entre las que se encontraban y no había para menos. La de la derecha era una carabela, tal vez del siglo XV, y la de la izquierda un buque mixto de vela y vapor, de los que se usaron para cabotaje a mediados del XIX. Ambas naves parecían llevar allí muchísimos años, vista la suciedad y podredumbre de sus cuadernas de madera, cubiertas por completo de musgo. Parecía un milagro que pudieran mantenerse a flote en aquellas condiciones.

— ¿Estamos en un cementerio de buques? — preguntó Miriam, sin acabar de comprender.

—Casi lo ha acertado — contestó Larry—. Esto me demuestra que los periodistas tienen a veces inteligencia. ¡Estamos en el mar de los Sargazos del Atlántico Sur, y junto al Islote Flotante que se construyó hace veinte años y que fue abandonado poco tiempo después!

* * *

Las poderosas corrientes marinas que surcan los grandes océanos, debido a su movimiento circulatorio crean en su parte central vastas extensiones a las que van a converger multitud de hierbas arrancadas de las costas y objetos flotantes de diversas procedencias que dichas corrientes encuentran a su paso. Hierbas y objetos casi impelidos por la fuerza centrípeta, al llegar a la zona de

calma se entrelazan y forman una extensa corteza de varios centenares de miles de kilómetros cuadrados, que sirve de abrigo a numerosas especies de peces y crustáceos, que se refugian en ella y forman allí sus nidos acuáticos.

Estas extensiones son conocidas por el nombre de mares de Sargazos y constituyen el terror de los navegantes porque al enredarse las tupidas hierbas con el timón o las hélices pueden acabar impidiendo por completo el dominio del buque. En los tiempos de la navegación a vela, cuando un buque quedaba preso en el mar de los Sargazos acababa siendo impelido hacia su centro por la misma fuerza que empujaba las algas y demás objetos y allí perecía su tripulación sin que ninguna otra nave se atreviese a acudir en su ráscate.

En la mayoría de los casos las tripulaciones podían abandonar el buque mediante las lanchas de salvamento, si se daban cuenta del peligro antes de haberse internado en exceso, y si sobrevivían al extraño naufragio eran recogidas por otras naves que circulaban fuera de la zona de peligro. Pero los barcos abandonados quedaban indefinidamente sobre aquella espesa corteza marina, concentrándose poco a poco hasta chocar unos con otros, y así permanecían años y hasta siglos, mientras sus maderas resistían a la podredumbre.

Durante la segunda mitad del siglo XX un inminente peligro de guerra aconsejó la construcción de un islote flotante en el Atlántico Sur, para disponer de una gran base aérea que pudiese acudir rápidamente en defensa del continente africano o de Sud-América. Y el lugar elegido para la construcción de dicho islote artificial fue el mar de los Sargazos que se extiende desde las costas del Brasil hasta el golfo de Guinea; los medios modernos permitían llegar hasta el centro de tal acumulamiento de residuos, con escasos peligros, y la base quedaba instalada en un sitio ideal en cuanto a la distancia que la separaba de ambos continentes.

Se empezaron los trabajos con celeridad y fueron abandonados casi con la misma premura. Las circunstancias políticas que hicieron temer la guerra desaparecieron de pronto y los gobiernos que costeaban la construcción de la base acordaron interrumpir los trabajos considerándola de momento innecesaria, y necesitando emplear el dinero para otros apartados más urgentes de sus presupuestos.

La construcción del islote, no obstante, estaba ya muy avanzada. Los gobiernos interesados se proponían terminarla rápidamente si el lejano peligro de guerra volvía a dejarse sentir. Pero no fue así, y la flamante base quedó en el centro del mar de los Sargazos del Atlántico Sur como una nave abandonada más, aunque mucho más inmensa, pudriéndose sus maderas junto a las de los buques abandonados que

siglos antes habían tenido la desgracia de surcar tan peligroso paraje. Allí se encontraban Larry y Miriam.

Aquel fue también el refugio elegido por Luke

Percival para llevar a cabo sus siniestros planes de destrucción de la humanidad. Después de su fracaso en la dirección del «trust» automovilístico, las facultades mentales del ingeniero se perturbaron ligeramente, conservando, no obstante, las de seguir trabajando; su naciente locura le llevó a centrar tocio el interés por la vida de sus nuevas creaciones, consistentes en potentes máquinas con las cuales se proponía borrar de la tierra todo signo de vida.

Fue entonces cuando entró en contacto con Chester Wong, un chino de nacionalidad americana, aventurero y lleno de ambiciones inconfesables. Wong era millonario; le hubiera resultado muy difícil justificar la procedencia de sus millones, pero lo cierto era que los poseía. Y, además del dinero, poseía un caudal inmenso de odio hacia sus conciudadanos y hacia todos los seres que no pertenecían a la raza amarilla.

Ambas maldades, la loca del fracasado y la racial del chino, se aliaron magníficamente. Wong puso sus millones y Percival su ciencia, siendo fácil de esta forma llevar adelante los planes de construcción de los famosos platillos volantes, cuya aparición hizo suponer al mundo que se trataba de artefactos procedentes de otro planeta.

Wong había estado mucho en China y era jefe de una poderosa secta de aquel país. Su dinero le facilitó el ascenso al mando y asimismo la difusión de una enorme propaganda que tenía por base el odio a los occidentales y los derechos de los amarillos a dominar el mundo. Naturalmente que lo que se proponía Wong era simplemente ser él quien dominase al mundo a través de sus partidarios, sirviéndose del perturbado Percival para conseguir los instrumentos bélicos que habían de darle la victoria sobre las poderosas naciones de Occidente.

Los barracones construidos en el islote flotante abandonado sirvieron de talleres de montaje de los platillos volantes. Sus partes eran encargadas separadamente a diversas fábricas del mundo, las cuales servían los pedidos ignorando en absoluto el destino que debía darse a las piezas fabricadas. Por otra parte, Wong había elegido fabricantes poco escrupulosos y necesitados de encargos, viniesen de donde viniesen, en una época de enorme competencia industrial en la que lo interesante era conseguir pedidos.

Las piezas así fabricadas, mediante fórmulas que suministraban los clientes, eran luego embarcadas en diversos puertos, con rumbo desconocido. Su destino era el islote flotante, donde técnicos amarillos bajo la dirección de Percival se encargaban del montaje.

En su afán de superación, el loco había descubierto la fórmula

de una nueva bomba nuclear, infinitamente más poderosa que todas las conocidas, y que tenía por base la desintegración del átomo de radium. Tuvo suerte en este terreno, porque Wong puso a su disposición cantidades bastante considerables de tan preciado material, del que había descubierto unos yacimientos en China. Mediante el radium pudo crear Percival una energía superior a todas las conocidas y al mismo tiempo las poderosas radiaciones que anulaban la propagación de la electricidad, radio y energía atómica.

Lo único que Wong había prohibido a Percival era la construcción de la bomba de radium, por temer que su explosión provocase la destrucción en cadena del mundo, detalle que no agradaba al chino, no por lo que pudiese suceder a los demás, sino por lo que le pudiese ocurrir a él mismo.

Percival sólo temía a un hombre: su antiguo compañero de Universidad, Warner Leyland. Estaba al corriente de los inventos del noble sabio americano, todos ellos en provecho de sus semejantes, y temía no sin razón que si Leyland adivinaba la verdad no tardaría en descubrir algo que neutralizase los efectos de las terribles radiaciones y hasta el medio para combatir a los platillos volantes.

Afortunadamente, el dinero lo puede todo. Y no fue difícil para Percival y Wong encontrar una camarilla en la propia capital americana, dispuesta a vigilar todos los movimientos del sabio y a neutralizar cualquier intento contra los platillos. Teniendo en cuenta la carencia de ética de ambos asociados hubiera sido más llano eliminar a Leyland de un balazo; pero Percival deseaba que su antiguo rival contemplase su triunfo, quería gozar humillándole, y dio orden de no atentar contra él a menos que fuese del todo indispensable.

Una vez terminados los preparativos, fue fácil adueñarse del mundo oriental. Wong apareció como otro jefe rebelde, en una más de las seculares luchas intestinas de aquella parte del Mundo y su triunfo no preocupó a nadie, ni hubo quien se interesara por conocer los medios que le habían dado tan rápida victoria. Y poco después, la atención del mundo se centró en un acontecimiento mucho más terrible: las misteriosas radiaciones que paralizaban la vida en América del Norte.

La alianza entre Percival y Wong era sólo circunstancial, como lo es siempre toda alianza entre dos maldades. Les unía un interés momentáneo, pero se odiaban uno a otro y ambos pensaban en la recíproca destrucción. Wong tenía planeada la eliminación de Percival cuando ya no le necesitase; pero ignoraba una cosa: que el loco había construido secretamente la bomba de radium. ¡La terrible bomba cuya explosión podía acabar en pocos instantes con toda la vida del globo!

Capítulo vi

La noticia dejó estupefacta a Miriam, a pesar de que no era propensa a sorprenderse por ninguna circunstancia, por inesperada que fuese.

— ¿El mar de los Sargazos del Atlántico Sur? ¡Esto nos sitúa a más diez mil kilómetros de Washington!

—Ya dos mil, por lo menos de cualquier costa cercana — añadió Larry—. Un poco lejos para ir nadando, ¿no le parece?

—Entonces, no hemos avanzado nada fugándonos. Tan pronto como se den cuenta de nuestra desaparición emprenderán una búsqueda que terminará forzosamente capturándonos de nuevo.

—Empiezo a ver que el remojón le ha reblandecido el cerebro, Miriam. Hay aquí un sinfín de buques abandonados, cuyos cascos nos acogerán amorosamente facilitándonos escondrijos a montones. Desafío a Luke Percival y a todos los amarillos que habitan esta plataforma a que nos encuentren entre tanta ruina.

Hasta aquel momento no se había producido en el islote la menor alarma por la fuga de los dos americanos. Contrariamente a lo que éstos suponían, el chino que los vigilaba no permanecía en el pasillo de los camarotes y no oyó el ruido de los hierros al romper el carcomido suelo y precipitarse al fondo del mar. La misma posición del islote hacía imposible todo intento de fuga y, por lo tanto, no se necesitaba un guardián fijo ante los improvisados, calabozos. El chino, una vez reintegró a Larry a su encierro, subió a cubierta en espera de nuevas órdenes.

Larry y Miriam salieron de su forzado baño y se instalaron en el interior de la carabela situada a su derecha. La operación provocó algunos incidentes más o menos cómicos, porque cuantas maderas agarraban los jóvenes para servirse de ellas como apoyo se deshacían en sus manos hechas polvo a causa de la podredumbre, o se desprendían del conjunto haciéndoles caer nuevamente al agua. Pero consiguieron al fin meterse por un agujero del costado de la nave y pasaron a su bodega.

Sus ropas chorreaban agua y no las tenían de repuesto para

cambiarse. Afortunadamente, la benignidad del clima permitía que el frío no les molestase.

—Tal vez en uno de estos arcones encontraríamos ropas secas — insinuó Larry—. Claro que no estarían muy en consonancia con nuestra época, pero nos ahorrarían un buen resfriado.

Miriam contempló su jersey y sus largos pantalones ajustados a los tobillos. Tal vez se situó mentalmente vestida como una dama del siglo XV, porque una sonrisa apareció en sus labios, pero contestó:

—Sinceramente, preferiría encontrar un medio que nos devolviese a Washington lo más rápidamente posible. Y dudo que lo podamos encontrar en estos arruinados barcuchos.

Subieron a cubierta, adoptando las debidas precauciones para no ser vistos por algún posible centinela situado en la plataforma del islote. Larry echó un vistazo a los palos del buque y a los jirones de tela que colgaban de ellos, recuerdo de lo que en otro tiempo fueron elegantes velas prontas a hincharse al menor soplo de brisa.

—Nuestra cubierta queda por debajo de la plataforma del islote — dijo—. Deberíamos trepar a uno de los palos, y desde allí dominaríamos bien toda su superficie.

—Una buena manera de ponerse de manifiesto, si aún no se han dado cuenta de nuestra fuga — observó Miriam.

Algo se debía hacer, no obstante. Decidieron pasar a otra nave situada detrás de la carabela, y de aquella a otra todavía más retrasada. El pasó de una cubierta a otra ofrecía escasas dificultades, porque las naves estaban muy juntas, como un rebaño apelotonado ante el miedo a un peligro común. Y el pequeño bosque de palos impedía distinguir la acción de trepar a uno de los más atrasados, si al hacerlo Larry y Miriam tomaban la precaución de ocultarse al posible ángulo visual de cualquier vigilante de la plataforma.

—Además —dijo Larry—, no es lógico suponer que los centinelas estén observando lo que ocurre en las abandonadas cubiertas. Algo debemos dejar al cuidado de nuestra buena estrella.

—Y también a la protección de la Providencia — añadió Miriam, abandonando esta vez su tono socarrón.

Treparon hasta la cofa de una de las naves y desde allí dominaron perfectamente toda la plataforma del islote. A pesar de no hallarse totalmente terminada, dicha plataforma era muy extensa, dejando espacio libre para el aterrizaje de algunos centenares de aviones, y teniendo en uno de sus extremos un verdadero poblado de barracones, destinados a hangares, acuartelamientos de tropas y otras dependencias de carácter militar. En estos barracones habían instalado Percival y Wong sus talleres de montaje y en ellos se alojaban los chinos que constituían la guarnición del islote. Larry, que conocía ya parte de la verdad, se fijó en el movimiento humano especialmente en

las proximidades del poblado.

—Allí se montan los platillos volantes — explicó a su compañera de aventuras —. Siento destrozar sus ilusiones acerca de la procedencia marciana de tales artefactos, pero debe saber la verdad. Por poco romántico que resulte, los platillos se construyen en nuestro prosaico planeta.

—Si pudiéramos apoderarnos de uno de ellos... — dijo Miriam, prescindiendo de la parte irónica de las palabras le Larry.

—Aun suponiendo que nos fuera fácil eliminar a los centinelas de los hangares, no adelantaríamos gran cosa —contestó—. Ignoramos su manejo. Para atacar, deberíamos antes aseguramos que está allí alguno de sus conductores, para forzarle a que lo pusiera en marcha. Resulta algo difícil.

Siguieron inspeccionando los contornos del islote. Los restos de buques se apoyaban en todos sus flancos, excepto en uno *de* ellos, donde dejaban un claro seguramente para permitir el atraco de otras naves más eficaces para la navegación.

—Fíjese allí — dijo Larry, indicándoselo a Miriam—. Debe ser el muelle que utilizan para sus propios barcos. Se ve claro que han hundido o apartado todos los esqueletos que impedían el acceso.

—Efectivamente, así debe ser. Hay una escalena que asciende hasta la plataforma. Si hubiese amarrado aunque no fuera más que una mísera canoa...

Pero no había nada y era preciso buscar las posibilidades de salvación en otros medios. El detenido examen del islote no sugirió a los dos jóvenes nada aprovechable y el tiempo fue transcurriendo sin que ellos mismos se diesen cuenta. Empezaba a oscurecer y sus estómagos notaron que hacía horas que no habían recibido alimento.

—Tengo hambre, Larry —dijo la periodista.

El hambre iba a ser otro aliado de sus enemigos. Cuando se diesen cuenta de su fuga tendrían la seguridad de que el hambre les obligaría a salir de sus escondites implorando un pedazo de pan, porque en aquellas tumbas flotantes que eran los buques, lo último que podían esperar encontrar eran alimentos.

— ¿Imagina que yo acabo de salir de un banquete? — contestó Larry, de mal humor—. ¡Aguántese!

Cuando no podamos resistir más echaremos suertes para ver quién de los dos ha de servir de alimento para el otro.

—Oiga, no hablará en serio... —dijo ella, un poco asustada por el proyecto.

Y en aquel momento sucedió algo que les hizo olvidar que la necesidad de reponer sus fuerzas. Las algas y hierbas de todas clases que cubrían el agua del pequeño muelle parecieron elevarse hacia arriba, movidas por alguna extraña fuerza, y un pequeño submarino

hizo aparición. Miriam fue la primera en darse cuenta y se olvidó inmediatamente de la tétrica proposición de su compañero.

— ¡Mire, Larry! ¡Un submarino!

—Si no baja la voz, va a conseguir que la oigan desde el interior del mismo —Larry observó atentamente la pequeña nave, y repuso—: Es un submarino de bolsillo, que debe llevar todo lo más cuatro o cinco tripulantes.

—Y que sería ideal para que escapáramos de aquí.

—Claro, pero antes falta un detalle insignificante: apoderarnos de él. ¿O los considera tan amables que nos inviten a usarlo a nuestro antojo?

—Se empeña en echar por tierra todas mis ideas, Larry. Si sólo contiene cuatro o cinco tripulantes, nos sería fácil...

— ¡Silencio! —dijo él—. Van a salir.

En efecto, la escotilla acababa de abrirse en aquel momento y por la abertura asomó una cabeza.

—Un chino —murmuró Larry—. Por lo visto, todos los auxiliares de Percival pertenecen a la raza de los limones.

—Se olvida de los que intentaron quemar su avión. Aquellos eran blancos.

—No me recuerde desgracias, por favor. Me hará pensar en que usted me dejó sin combustible, *y* que por su culpa me veo metido en este lío.

— ¿También lamenta mi intervención con el arco y las flechas? —preguntó Miriam, mordaz.

Larry no contestó. Estaba observando la actitud de los hombres que salían del submarino y vio que eran cuatro en total. Se les unió un centinela que se había ido acercando al muelle y cambiaron algunas palabras entre ellos. Después, tres de los desembarcados emprendieron la marcha hacia los barracones y en el muelle quedaron el centinela y otro de los tripulantes, ambos armados con pistolas ametralladoras.

—Ha llegado el momento de intentar algo —dijo Larry—. Bajemos a cubierta, Miriam.

La muchacha no se hizo repetir la orden y momentos después ambos estaban sobre lo que quedaba de cubierta de la nave que les había servido de observatorio.

—Se trata de ir pasando de un buque a otro, hasta llegar al más cercano al muelle —explicó Larry—.

Lo que sucederá después, depende de la rapidez con que obremos.

No había tiempo que perder. Las escasas probabilidades de éxito estaban en poder dominar a los dos vigilantes antes que volviesen los hombres que se habían dirigido a los barracones. La

empresa no era fácil, estando desarmados los dos jóvenes, pero era de todas las oportunidades la que se les presentaba más favorable.

La creciente oscuridad favoreció sus planes. Fueron pasando de una a otra cubierta, hasta llegar a la del buque que limitaba con el espacio libre del muelle. La cubierta quedaba más baja que la plataforma del islote, pero, afortunadamente, existía la arboladura de la nave.

—Desde lo alto del trinquete, tomando impulso con una cuerda, podemos saltar al muelle —dijo Larry—. La oscuridad será nuestra aliada en los preparativos.

—Todas estas cuerdas están podridas —observó

Miriam—. Se le pueden romper al suspenderse de ellas.

—Se «me» puede romper, ¿verdad? Lo cual quiere decir que he de ser yo sólo quien lo intente. ¡Gracias por su colaboración!

— ¡Oh, Larry! No va a pretender que me lance al espacio como un acróbata. Es superior a mis posibilidades...

— ¿Por qué se metía, entonces, en la aventura? — gruñó él, mientras buscaba entre los rollos de cuerda uno que mostrase cierta solidez—. Bueno, no se preocupe. Si conquisto el submarino, tal vez me decida a admitirla a bordo.

Cuando tuvo la cuerda que le pareció más resistente trepó a lo alto del palo y la amarró allí, dejando colgante el otro extremo. Descendió un par de metros, se cogió a la cuerda y le imprimió un balanceo pendular. El movimiento le situó sobre el muelle, exactamente un metro o metro y medio encima de la cabeza de uno de los centinelas. Larry no tuvo más que soltarse para caerle encima y ambos rodaron por el suelo.

El ataque inicial fue de sorpresa y el centinela recibió un golpe que le dejó atontado por unos momentos. Pero quedaba el otro, que se dispuso a intervenir con celeridad. Larry no esperó a que hiciera uso de su arma. Se levantó con rapidez y se abalanzó sobre él, asiéndole con fuerza la muñeca de la mano que empuñaba el arma, para impedirle su manejo y hacérsela soltar.

Sin embargo, el centinela se defendió con el brazo que le quedaba libre. Empezó a pegar puñetazos a Larry, mezclándolos con agudos gritos para llamar la atención de los demás centinelas situados en distintos puntos del islote. Larry le devolvía los golpes con no menor entusiasmo.

— ¿Callarás granuja? ¡Lucha como un hombre, en vez de pedir socorro como una mujerzuela!

El chino, o no entendía el inglés o le tenía sin cuidado el calificativo que le aplicaba el americano; pero seguía chillando y no tardó en oírse el lejano y apresurado pisar de gente que corría hacia allí.

Para colmo, el otro guardián se había repuesto de su momentáneo desvanecimiento y se estaba levantando dispuesto a intervenir, con no muy buenas intenciones por lo que a Larry concernía.

Pero Miriam acababa de aparecer en aquel momento en el muelle. La muchacha se había servido de un medio menos peligroso, amontonando un par de destartalados barriles en el mismo vértice de la proa del buque, y desde ellos pasó con facilidad a la plataforma del islote. Se había provisto, además, de un grueso tablón, y efectuó su aparición en el preciso instante en que centinela derribado se ponía en pie y levantaba su arma para descargar un fuerte culatazo, por la espalda, contra la cabeza de Larry.

Pasó de lo consciente a lo inconsciente con los brazos en alto y blandiendo la metralleta, que no acabó de caer, porque lo que cayó de verdad fue el porrazo que le descargó Miriam. No llegaron a tiempo para prevenir los gritos de advertencia que profirió el chino que estaba luchando contra Larry.

El grueso tablón se rompió por la mitad, pero cumplió su cometido. Y la muchacha no se entretuvo, porque apreció la gravedad del momento; se apoderó rápidamente de la metralleta abandonada y apuntó al enemigo de Larry. El hombre consideró saludable dejar de resistir y levantó el único brazo que podía manejar, indicando que se rendía.

— Me parece que me he ganado ya mi puesto a bordo del submarino —comentó la muchacha.

— ¿Es que llegó a suponer en serio que la dejaría fuera? ¡Vamos, Miriam! ¡No podemos perder ni un solo segundo!

Larry se apoderó del arma del centinela rendido, y para mayor seguridad le propinó un golpe en la nuca que le sumió en la región de los sueños. En aquel momento sonaron algunos disparos y varias balas pasaron por encima de la cabeza de los dos jóvenes. Demasiado cerca para que sintiesen el menor deseo de permanecer allí.

— ¡Al submarino, Miriam! —gritó Larry, saltando por la escalerilla del muelle.

Cuando se oyó la segunda ráfaga de disparos los dos jóvenes ya estaban sobre la cubierta de la pequeña nave. Larry fue el primero en meterse por la escotilla y pasar a su interior.

— ¡No hace falta que se preocupe en dejar pasar primero a las damas! —le dijo Miriam, mientras a su vez, se disponía a entrar.

Y entonces se dio cuenta del por qué Larry había querido entrar primero. Dentro del submarino estaba otro hombre que se adelantó con rapidez, dispuesto a enfrentarse con los intrusos, mientras vociferaba palabras en chino y sacaba una pistola de uno de sus

bolsillos.

El recinto era estrecho, y si las armas empezaban a hablar no se perdería un solo tiro. Pero Larry impidió que el amarillo iniciase el fuego; se abalanzó contra él, y antes de darle tiempo a sacar por completo la pistola le golpeó la cabeza y lo derribó al suelo.

— ¡Cierre la escotilla detrás suyo! —gritó a Miriam.

La muchacha no se hizo repetir la orden y actuó a tiempo, porque en aquel preciso momento sus perseguidores descendían por la escalerilla y pasaban a la cubierta del submarino. La escotilla se cerró en sus mismas narices y fueron inútiles cuantos golpes, en su despecho, dieron sobre el armazón de la pequeña nave.

Larry pasó al departamento de máquinas y comprobó que el submarino se movía mediante un motor de aceites pesados. Aquello facilitaba las cosas, porque el joven conocía su manejo y puso en marcha inmediatamente el grupo eléctrico. Los chinos que aún permanecían sobre la cubierta tuvieron que abandonarla precipitadamente al ver que el submarino se empezaba a hundir.

Miriam se había dedicado a atar al chino, para evitar cualquier reacción inesperada cuando se despertase del golpe. Después se acercó a Larry.

— ¿Por fin salvados? —preguntó.

—Yo debo reconocer que usted ha colaborado de forma eficiente — contestó él, con una sonrisa exenta de ironía—. Este submarino se mueve por medio de aceites pesados, lo que nos permitirá llegar a América sin miedo a que se detenga al cruzar la zona afectada por las radiaciones, porque entonces navegaremos en superficie. Echaré un vistazo a las reservas de combustible, y si no llevamos bastante podremos hacer escala en cualquier puerto brasileño para reponemos.

— ¿No le parece que también deberíamos echar una ojeada a la despensa? —preguntó Miriam, que al haber superado la situación de peligro sentía renacer el hambre.

—Confío que esté surtida. De lo contrario, deberemos echar mano al procedimiento que le indiqué antes.

— ¿Se olvida del chino? —dijo Miriam, entre risas—. Somos vencedores, y en caso de necesidad podemos arrogamos el derecho de sacrificio.

El buen humor terminó de pronto, porque en aquel momento el submarino sufrió una extraña sacudida que estuvo a punto de hacerlos rodar a ambos por el suelo.

— ¡Dios Santo! ¿Qué ha sido esto? —exclamó Miriam.

—Yo diría que se trata de una carga de profundidad. La característica de la sacudida hace suponerlo así.

— ¿Eh? ¿Quiere decir que en el islote habían destructores o algo así? Yo no recuerdo haber visto ninguno.

—.No, Miriam; pero tienen las platillos volantes. Y no tenemos aún idea exacta del provecho que se puede sacar de estos aparatos.

Otra sacudida, más fuerte que la anterior, les hizo rodar por el suelo. Miriam notó un fuerte golpe en la cabeza que la hizo desvanecer, aunque se recuperó casi inmediatamente a causa de un chorro de agua que empezó a caer sobre su rostro.

— ¡No sea tan bromista, Larry! —gritó, furiosa, mientras intentaba incorporarse—. Precisamente ahora que las ropas empezaban a secárseme...

—Pues temo que se le van a volver a mojar más de lo que ambos desearíamos, señorita —contestó el aludido—. ¡Mire esto!

Lo que le mostraba Larry era una vía de agua que se acababa de abrir en un costado del submarino, a consecuencia de la última explosión. Miriam se asustó de verdad.

Se produjo otra sacudida y la vía de agua aumentó de proporciones. ¡Si aquello persistía, no habría salvación para ellos!

* * *

Los hombres desembarcados del submarino se habían dirigido al despacho ocupado conjuntamente por Luke Percival y Chester Wong, los dos siniestros socios de la empresa de los platillos volantes. Eran enlaces procedentes de la costa oriental de América y acudían a dar cuenta del curso de las operaciones de invasión del continente.

El capitán de la nave se hizo anunciar y entró solo en el despacho, quedando los demás hombres en la antesala, junto al centinela.

— Todo marcha según el plan previsto, señor — anunció, dirigiéndose a Wong, único a quien reconocía como jefe. Sin embargo, de acuerdo con las órdenes recibidas, se expresaba en inglés para que Percival pudiese enterarse también de la conversación —.

Nuestras fuerzas desembarcan sin la menor oposición del enemigo y los avances son considerables.

— ¿No hacen nada los americanos para contenernos? —preguntó Wong.

—Han creado algunos cuerpos de voluntarios, que en algunos puntos han conseguido frenar nuestro avance. Sin embargo, sólo ha sido durante unos momentos; la inmediata reacción de nuestras fuerzas les ha obligado a ceder de nuevo el terreno reconquistado. ¡América está cayendo en nuestras manos, señor!

— ¿Qué hay de Leyland? —quiso saber Percival. Para él, la actitud del que consideraba su rival era lo más importante.

A un signo afirmativo de Wong, el capitán del submarino se dignó volver su rostro hacia el loco, contestando a su pregunta. Se

notaba, no obstante, que en su fanático desprecio hacia la raza blanca incluía también al hombre que les había facilitado los medios de triunfar.

—La mansión de Warner Leyland está rodeada de policía y nadie puede acercarse a ella sin un permiso especial — dijo —. Parece que estudia la manera de paralizar nuestro arrollador avance; aunque nada podrá ya hacer. Es demasiado tarde.

— ¡Nunca es demasiado tarde para Leyland! — reconoció el loco—. ¡Si nuestro grupo de Washington no le impide actuar, nos dará algún disgusto!

Su mirada de demente se fijó en un punto indeterminado de la habitación. Y, lentamente, pareció recobrar la confianza en sí mismo, porque una sonrisa se fue dibujando en sus labios.

— ¡Pero Luke Percival le demostrará que puede más que él! — repuso, superado ya el momento de duda—. ¡Tengo dos cartas magníficas, que jugaré cuando considere oportuno! ¡Una, son los platillos volantes, y la otra, su propio sobrino, que ha venido a ponerse, inocentemente en mis manos!

— ¿No habíamos quedado que el sobrino y esa periodista serían ejecutados mañana al amanecer? — preguntó Wong, a quien no gustaba la idea de tener prisioneros.

—Esto lo dije para asustarle. Pero no lo haré, porque pienso servirme de la cautividad del chico para obligar a Leyland a mantenerse quieto.

—No es esto lo acordado, Percival...

El loco entró en un acceso de furor al ver que se contradecían sus deseos. Su rostro se congestionó y pegó un terrible puñetazo sobre la mesa.

— ¡He dicho que haré con él lo que me venga en gana! —rugió —. ¡No te olvides de que yo soy aquí el amo, Wong! ¿Qué haríais, infelices, sin la poderosa ayuda de mi cerebro? ¡Soy yo! ¡Yo, Luke Percival, quien os ha sacado de la nada y os ha entregado el mundo! ¡Y no toleraré que nadie discuta mis órdenes! ¡Nadie! ¿Entendidos? ¡Ni tú mismo, Wong!

Se hace difícil adivinar cómo hubiese terminado aquella escena, porque el capitán del submarino miró a Wong de una forma que parecía indicar que estaba dispuesto a concluir inmediatamente con las locuras de Percival. Wong, por su parte esperaba va la ocasión oportuna para deshacerse de su socio, porque había dejado de necesitarle. Pero algo cortó la escena en su iniciación; el centinela de la puerta entró en el despacho con aire alarmado.

— ¡Enemigos desconocidos atacan el submarino, señor! — dijo, dirigiéndose a Wong. Allí, todos despreciaban al inventor americano —. ¡Se está luchando en el muelle y los guardianes piden ayuda!

— ¡Maldición! —tronó Wong—. ¡Seguro que el prisionero ha conseguido escapar! ¡Perseguidle! ¡Es preciso impedir que se apodere del submarino!

La persecución no surtió el menor efecto. Los chinos tuvieron que regresar cabizbajos, confesando su fracaso, y encontrando a Percival en un acceso de cólera más considerable que el anterior. Fue de nuevo Wong quien tomó disposiciones.

—Perseguidlos con los platillos —ordenó—. Que salgan todos los de reserva, provistos de cargas de profundidad, y que hundan el submarino.

La operación de embarcar las cargas de profundidad en los platillos ocupó breve tiempo, porque en los almacenes del islote había abundante provisión de ellas. Minutos después de haber emprendido la marcha el submarino, ya los platillos volantes surcaban el espacio a poca altura y dejando caer las cargas en las inmediaciones del islote.

La noche había cerrado ya por completo, pero las aeronaves iluminaban con poderosos focos la superficie del mar de los Sargazos, en espera de ver algún signo que diese a entender que el submarino había sido alcanzado.

No tardaron en ver la señal. Una mancha de aceite apareció a flor de agua, impregnando lentamente las hierbas de la superficie, y aumentando poco a poco su radio. ¡El submarino había sido tocado de pleno y en aquellos momentos debía estar hundiéndose!

El platillo que hizo tal comprobación comunicó por radio la noticia a los demás y toda la escuadrilla regresó a la base para dar cuenta a su jefe del resultado de la operación.

Capítulo VII

Los combates en el Oeste americano proseguían con creciente intensidad. Ambos bandos habían recibido refuerzos: los chinos, procedentes de ininterrumpidos oleadas de desembarco, y los americanos mediante el número cada vez mayor de voluntarios que acudían a las unidades de defensa.

Se había superado el primer momento de pánico, especialmente cuando se vio que los únicos enemigos con los que había de enfrentarse eran hombres, aunque perteneciesen a la raza amarilla. Quedaba aún cierto recelo acerca de los marcianos, pero lo cierto era que ninguno de ellos había hecho acto de presencia en los campos de batalla.

Sin embargo, la guerra amenazaba con prolongarse durante mucho tiempo si no se conseguía eliminar las misteriosas radiaciones que impedían el despliegue del poderoso material bélico del Ejército americano. Esta circunstancia era la que hacía vacilar aún a la gente. Estaba claro que los orientales, por sí solos, no podían provocar aquel extraño fenómeno; por lo tanto, debían disponer de algún aliado desconocido que no había considerado conveniente entrar en lucha de modo directo, pero que lo haría en el momento menos pensado.

Y el temido momento llegó por fin. Fue una tarde, cuando la caballería americana se había lanzado de pleno al contraataque. Las filas amarillas, impotentes a pesar del número, se vieron desbordadas por el empuje de los jinetes y aquel sector del frente quedó roto. Los chinos huyeron a la desbandada, dejando muchos cadáveres sobre el terreno, mientras la infantería americana, apareciendo detrás de los jinetes, efectuaba un impresionante ataque a la bayoneta.

Pareció que toda la línea iba a desmoronarse, porque los demás sectores iniciaron un repliegue para no perder contacto con el que se hundía. Entonces, las fuerzas americanas pasaron al ataque general, ametrallando y acuchillando a los invasores, los cuales no sentían más preocupación que la de escapar a la feroz matanza.

En aquel momento aparecieron en el cielo dos escuadrillas de platillos volantes. Fue una ducha de agua fría para el entusiasmo de los vencedores, que se vieron inesperadamente a merced de aquellos

des conocidos aparatos, sin medios de ninguna clase para combatirlos.

— ¡Platillos volantes! ¡Los marcianos! —fue el grito de terror que escapó de infinidad de gargantas.

Y la victoria se trocó en aplastante derrota. Los americanos no tenían siquiera el refugio de sus posiciones para protegerse del fuego de los platillos, que volando muy cerca del suelo y en plena actividad sus cañoncitos, les ametrallaron sin piedad. Fue una carnicería horripilante; la docena de platillos que componían las dos escuadrillas, recoman toda la extensión del frente a impresionante velocidad y desarticulaban con rapidez todo intento de reacción por parte de los americanos.

Los amarillos se revolvieron con furor, animados por el inesperado auxilio y contribuyeron a que la matanza adquiriese proporciones de hecatombe. Cuando, al cabo de varias horas de actuación, los platillos volantes se retiraron, el aspecto del campo de batalla era desconsolador. Hombres y caballos destrozados, con sus restos caóticamente dispersados, armas abandonadas y heridos gimiendo sin que nadie acudiese a atenderlos. Se perdió sobre el terreno tan valerosamente conquistado v. además, los escasos supervivientes se vieron forzados a replegarse muy al interior.

La situación fue semejante durante otros tres días. Los platillos se presentaban todas las tardes y destrozaban las provisionales fortificaciones que los voluntarios lograban construir, trabajando durante las horas en que lógicamente hubieran debido entregarse al descanso. Todos los días había que ceder nuevas extensiones de terreno y la horda amarilla alcanzaba ya el centro del país.

Sin embargo, las fuerzas americanas no se entregaban ni pensaban siquiera en la rendición. Se combatiría como fuese, pero el enemigo no vería jamás que los bravos combatientes arriasen su propia bandera. Y cuando más grandes eran las calamidades, mayor era el número de voluntarios que acudían a alistarse, porque todos sabían que en aquella lucha se empeñaba el porvenir y la civilización, no sólo de América, sino del mundo entero.

Los platillos volantes se presentaban siempre después del mediodía, y se retiraban al anochecer. Comprobado este detalle, las fuerzas defensoras aprovechaban las mañanas para contraatacar, recuperando de este modo un parte ínfima del terreno cedido el día anterior, y contribuyendo así a retrasar el avance de los orientales. Era muy poco, pero era una clara demostración de que América no se entregaría jamás.

La mañana del cuarto día, todo el frente se preparaba para uno de sus inverosímiles contraataques, los hombres se hallaban extenuados, sucios, sin afeitar sin dormir... ¡pero dispuestos a

aprovechar los momentos en que la ausencia de los platillos volantes les permitirían demostrar a la horda asiática cuál era su valor y su decisión de lucha, casi suicida!

Los jefes agrupaban a los hombres que aún podían tenerse en pie, y daban la única orden posible en aquellas circunstancias:

— ¡A la bayoneta! ¡Preparados para atacar!

Un inesperado ronroneo llegó en aquel preciso momento hasta sus oídos. Un rumor sobradamente conocido, pero que las exhaustas fuerzas americanas casi habían olvidado ya. Instintivamente, todos los combatientes miraron al cielo, pensando que se trataba de alguna nueva calamidad que iba a abatirse sobre sus machacadas espaldas. Y lo que vieron les llenó de estupor; no por miedo, sino porque no se atrevían a creerlo.

Por el lado de oriente, el cielo aparecía salpicado de pequeños puntos negros que aumentaban de tamaño a medida que crecía en intensidad el rumor de sus motores. Gritos de júbilo brotaron de todas las gargantas; gritaron hasta enronquecerse, hasta casi estallarles las venas del cuello:

— ¡Aviación! ¡Aviación! ¡¡AVIACIÓN!!

Efectivamente, se trataba de la aviación de combate norteamericana. Oleadas de aparatos, todos los disponibles en la multitud de bases diseminadas por el país, se habían puesto en marcha y acudían al frente en defensa de los valerosos voluntarios. ¿Qué había pasado? Nadie se lo explicaba; a nadie le importaba en aquel momento. ¡Lo cierto era que el milagro se había producido! ¡La aviación americana estaba allí y los invasores tardarían muy poco en conocer los demoledores efectos de su entrada en combate!

Llenos de entusiasmo, los combatientes no quisieron esperar siquiera los escasos segundos que faltaban para que los aparatos llegasen al lugar de la lucha. Se lanzaron sobre los atónitos chinos, sin que sus jefes pudieran contenerlos, y a cuclillas, a culatazo a puntapiés y a mordiscos, los arrojaron fuera de sus posiciones. Voces de victoria sonaban por doquier.

¡La gran contraofensiva se había puesto en marcha!...

* * *

Warner Leyland había estado trabajando incansablemente durante aquellos días. La anónima noticia de la muerte de su sobrino le afectó profundamente, aunque, en el fondo, el sabio tenía el convencimiento de que era sólo una artimaña de sus enemigos para desmoralizarle y evitar que pusiera demasiado entusiasmo en su trabajo.

Nadie le molestó, porque su casa estaba acordonada por la

policía para evitar cualquier nuevo atentado. Y Leyland pudo ultimar viejos proyectos que tenía guardados o a medio terminar, todos ellos aplicables a la defensa del país para un caso que, como aquel, se viese invadido sin haber provocado la guerra. Leyland fue siempre hombre de paz y dio preferencia a los descubrimientos que podían beneficiar a sus semejantes y no a aquellos que podían destruirlos. Pero ahora las circunstancias eran diferentes, y Leyland trabajaba para la guerra.

Le auxiliaban varios técnicos que mandó especialmente el Gobierno americano. Leyland les mostró unos proyectiles en forma de cohete, de escaso tamaño, y provistos todos ellos de una espoleta especial.

—Son proyectiles de energía acumulada — explicó el sabio—. Pueden elevarse hasta alturas superiores a los quince mil metros. Si allí la atmósfera no sufre los efectos de las radiaciones que impiden la propagación de la electricidad sus espoletas se orientarán hacia cualquier cuerpo extraño que se halle a dicha altura y provocarán una descarga capaz de fundir el metal más resistente. Atenuando la carga, podremos electrocutar a los tripulantes de los platillos sin que éstos sufran desperfectos de consideración.

— ¿Considera de interés el que los platillos no sufran desperfectos? — preguntó uno de los técnicos.

—Me parece indispensable para poder estudiar su estructura. Es la única forma de saber si, efectivamente, proceden de otro planeta.

Aquel mismo día fueron lanzados los cohetes hacia la zona del cielo en la que las observaciones de Leyland situaban los platillos volantes. Aunque con mucha menos aparatosidad, se vivieron momentos de tan intensa emoción como en los campos de batalla. Los cohetes no habían sido probados y por lo tanto aquel lanzamiento era sólo experimental, ¡Y de su éxito podía depender la suerte del mundo!

Otro elemento de inquietud lo constituía el hecho de que Leyland no poseía más que una docena de cohetes y no había posibilidad de fabricar más mientras permaneciesen las perturbaciones atmosféricas. ¿Cuántos platillos había en el cielo, emitiendo las fatídicas radiaciones? Leyland no lo había podido calcular; se dispararía al azar, confiando en que el dispositivo de las espoletas orientaría los proyectiles hacia sus objetivos. Si sé tenía éxito, por lo menos podrían atenuarse los efectos de las radiaciones. No se podía hacer nada.

Leyland, personalmente, se encargó de efectuar los disparos. Los doce cohetes se perdieron veloces en el firmamento, dejando detrás suyo una leve estela de fuego y humo que tampoco tardó en disiparse.

Nunca el corazón del sabio había latido con tanta fuerza como en los minutos que siguieron a esta operación. No ocurría nada;

parecía que el fracaso más absoluto había coronado la prueba. Los sabios y los representantes de las Fuerzas del país se miraban unos a otros de forma que no ofrecía lugar a dudas. El desaliento se reflejaba en todos los semblantes.

De pronto, el rostro de Leyland se animó. Señaló un puntito en el cielo, casi imperceptible.

— ¡Miren! ¡Miren allí!

Todos siguieron la dirección señalada por el sabio. Vieron el puntito y vieron que muy lentamente se iba agrandando.

— ¿Qué supone que es, señor Leyland? — preguntó uno de los científicos.

— ¡Un platillo volante! ¡No le quepa la menor duda! ¡Lo hemos tocado!

Lo era, en efecto. A medida que se iba agrandando fue posible distinguir su rara construcción, y se adivinaron además los motivos de su lento descenso. Su enorme corona periférica seguía a considerable velocidad y atenuaba de esta forma los efectos de la caída.

— ¡Lo cogeremos casi sin desperfectos! — exclamó Leyland, lleno de gozo.

Por fin, el platillo chocó contra el suelo, en plenos Apalaches y a una distancia no superior de los diez o doce kilómetros de la casa del sabio. Inmediatamente se desplazaron fuerzas especiales para custodiarlo y evitar que nadie pudiera acercarse a causarle mayores desperfectos.

No se vio caer ninguno más, y de momento se ignoraba si todos los cohetes lanzados habían hecho blanco. Era posible que otros platillos hubiesen ido a caer más lejos; debía tenerse paciencia y esperar algunos días para que se confirmasen las suposiciones.

Pero de momento, se tenía un platillo seguro. ¡El enemigo, terrestre o sideral, había sido vencido por el talento del profesor Warner Leyland!

El sabio quiso ser de los primeros en acudir junto al armatoste derribado. Se disponía ya a formar parte de la expedición, cuando un policía de los que acordonaban el terreno se le acercó.

—Su sobrino, el señor Larry Adams, está aquí y desea verle. ¿Podemos dejarle pasar?

— ¿Larry? ¿Está usted seguro?

—Es el nombre que me ha dado. Se trata de un joven...

Pero Leyland no le dejó terminar la descripción.

— ¡Claro que es él! ¡Nunca creí que hubiese muerto! ¡Corra; estoy deseando tenerlo ya entre mis brazos! ¡Oh, hoy es el día más feliz de mi vida!

Y el noble Leyland, no pudiendo resistir tantas emociones juntas, se desvaneció. El policía tuvo que sostenerlo en sus brazos para

impedir que cayese al suelo.

* * *

— ¡Rápido, Miriam! ¡Hay que taponar esto! — gritó Larry, al ver las proporciones que estaba tomando la vía de agua—. ¡Cuide usted de ello mientras yo intento profundizar hasta el máximo!

— ¿Le parece que bastará con apoyar las manos contra el agujero? Yo no conozco otro sistema para taponar vías de agua.

— ¡Oh! ¡En qué desgraciado momento tuvo que ocurrírseme unirme a usted en esta aventura...!

—En ninguno, Larry. Fui yo quien se unió a usted.

— ¡Cállese, por favor, y haga algo! — en aquel momento, Larry fijó su vista en el prisionero, que permanecía atado en el suelo del submarino. — ¡Que le ayude este chino! ¡A él también le interesa que nos salvemos!

Las sacudidas se sucedían constantemente. El submarino se balanceaba de forma peligrosa, amenazando con descuartizarse en el momento menos pensado. No se podía seguir de aquella forma.

Larry tuvo entonces una idea. Un viejo truco que había leído que se practicó en guerras pasadas y con el cual conseguiría tal vez engañar al enemigo y hacer que cesara en su encarnizada persecución. Tambaleándose, fue a coger varios bidones de aceite de reserva.

— ¿Piensa pegarle fuego al submarino para que así se evapore el agua? — preguntó Miriam, que no comprendía lo que iba a hacer Larry.

—Lo haría gustoso, pero temo que aun después la encontraría entorpeciendo mis actos. ¡Usted es capaz de sobrevivir a un incendio y a un naufragio, sólo para fastidiarme!

Sin explicar lo que iba a hacer, Larry acumuló todos los bidones en la popa del submarino, donde se hallaba un tubo lanzatorpedos.

— ¡No descuide la vía de agua, Miriam! — gritó, entretanto.

Ella se apresuró a obedecer, porque comprendía perfectamente la gravedad del momento. Si empleaba tono irónico en sus expresiones era parte por su temperamento y parte para dominar el intenso miedo de que se sentía apoderada. Desató al chino y le dijo, señalándole la vía de agua:

—No sé si entiendes el inglés, amiguito. Pero ya ves que si esto sigue así, la factura de la compañía de aguas va a ser muy crecida este mes.

— ¿Qué he de hacer? — preguntó el chino, en mal inglés, mientras se levantaba.

— ¡Taponar la vía, aunque sea tragándote toda el agua que vaya entrando!

Para convencerle mejor, Miriam le mostró la metralleta, que empuñaba amenazadoramente.

—Y sin quererte pasar de listo, ¿comprendes?

El chino no contestó y se fue recto hacia un cajón del que extrajo un soplete y otras herramientas para emprender el trabajo que se le pedía. Miriam no le perdió de vista un solo momento.

Larry estaba ya soltando el combustible a través del tubo lanzatorpedos. El truco, viejo o no, surtió efecto, porque las sacudidas que tan amenazadoramente agitaban la pequeña nave, cesaron por completo. El peligro estaba disminuyendo.

Quedaba la vía de agua, pero el chino demostró habilidad en su trabajo y al cabo de media hora había conseguido taponarla por completo. Cierto que en el interior se estaba con agua hasta casi las rodillas, pero el resto del trabajo lo efectuarían las bombas extractoras.

El chino no ofrecía excesiva confianza y los dos jóvenes acordaron atarle de nuevo. Todo marchaba ya bien en el submarino y entonces, ¡por fin!, pudieron complacer las exigencias de sus estómagos.

Amanecía cuando llegaron al puerto brasileño de Sao Paulo. Allí entregaron el prisionero a las autoridades, y mediante la intervención del cónsul de los Estados Unidos, obtuvieron carburante para proseguir su viaje.

Navegaron a todo motor durante otra jomada, relevándose en la vigilancia de la marcha del aparato. Larry dio a la joven unas elementales indicaciones para su manejo, que Miriam asimiló bastante bien.

Cuando llegaron a la zona afectada por las radiaciones, el motor eléctrico se paró y tuvieron que navegar en superficie sirviéndose de la reserva de aceites pesados. Finalmente, a los tres días de haber abandonado el islote flotante del mar de los Sargazos, llegaron a puerto americano de Baltimore.

La situación de la ciudad reflejaba fielmente el estado caótico en que se hallaba el país y, por reflejo, el mundo entero. Las grandes industrias estaban abandonadas por imposibilidad de funcionamiento; el puerto, prácticamente paralizado; la circulación, escasa; y la gente deambulaba por las calles, en las que apenas había circulación rodada, con una terrible expresión de pánico en sus rostros, ávidos de las noticias de los frentes de batalla que no les podrían ser facilitadas por televisión, sino mediante los escasos periódicos que, como el «Interplanet», se valían de medios anticuados de impresión para seguir manteniendo contacto con su público. Los cinematógrafos, cerrados por falta de corriente; los bares y otros locales de diversión que podían funcionar sin energía, estaban vacíos, porque la gente carecía de

humor para meterse en ellos; ¡Sólo el pánico; una sensación alucinante de terror que se comunicaba de unos a otros por contagio mental, era lo que dominaba en la gran ciudad!

—Casi estoy por volverme al islote flotante — dijo Miriam, al comprobar aquel estado tan deprimente.

—Por mí, no haga cumplidos — contestó Larry—. Tiene el submarino a su disposición.

—Esto quisiera usted, pero no lo conseguirá — repuso la muchacha—. Fie conseguido un magnífico reportaje que hará estremecer a Clevers de satisfacción, y no pienso perdérmelo. Hasta es posible que me prometa un aumento de sueldo; no que me lo dé, claro.

— ¡Por favor, Miriam! — dijo él, en tono suplicante—. ¿Cree que aún no nos ha fastidiado bastante? Habíamos quedado en que no acudiría a la redacción hasta después de haber hablado con mi tío.

—Y mantengo la palabra, naturalmente. De la entrevista con el señor Leyland pienso sacar un magnífico complemento de información. No le dejo a usted hasta que lleguemos a los Apalaches.

Larry consideró que era perder el tiempo seguir insistiendo; había tenido sobradas ocasiones de comprobar el tesón de la muchacha y sabía que nada la haría desistir de sus proyectos. Se preocupó de llegar cuanto antes a la estación de ferrocarril y tomar el primer tren que partiese hacia la capital, para luego, desde allí, dirigirse a la estación más próxima a la residencia de su tío. Teniendo en cuenta que los trenes de vapor funcionaban con bastante regularidad, Larry calculó que dentro de unas seis horas podría estar en los Apalaches; o sea, aproximadamente, al caer la tarde de aquel mismo día.

—Compadezco al hombre que tenga la desgracia de enamorarse de usted — se limitó a comentar.

— ¿No se considera usted mismo como una posible víctima de mis tentáculos, señor Adams? — preguntó ella, cándidamente.

— ¡Ni lo sueñe! Antes emprendería un viaje sideral, en calidad de navegante solitario.

—Tal vez me encontrase dentro del bólido. Es otro reportaje que me gustaría no dejarme perder.

El viaje hasta los Apalaches se realizó dentro del plan horario previsto por Larry. En Hagerstown, el pueblo más cercano, fue preciso buscar bicicletas para efectuar la última etapa hasta la casa de Warner Leyland; era una empresa difícil, porque la bicicleta era uno de los vehículos más buscados en aquella circunstancia.

Larry casi se alegró; si conseguía hallar una, tenía la oportunidad de abandonar a Miriam, evitando que la periodista husmeara en los proyectos de su tío. Pero tuvo mala suerte en su

búsqueda; fue Miriam la que se presentó con una magnífica bicicleta de dos plazas.

—Ya ve Larry — dijo—; tendré que soportar su compañía hasta en el tándem. Pero no se haga ilusiones; si le admito es sólo para que me ayude a pedalear, porque necesito ganar tiempo.

Refunfuñando, Larry ocupó su puesto en la bicicleta y ambos emprendieron la empinada cuesta que constituía su meta. Llegar hasta la casa de Leyland no era cosa fácil, dadas las precauciones que había tomado la Policía a partir del atentado contra el sabio. Además, una multitud de curiosos, ávidos de noticias, se amontaban en las inmediaciones, dificultando el acercamiento. Pero consiguieron vencer las dificultades y cruzar la barrera, haciéndose Larry anunciar a su tío.

Leyland tardó poco en reponerse del desvanecimiento ocasionado por el cúmulo de emociones. Vio a su sobrino acercarse hacia él y lo estrechó fuertemente en sus brazos.

— ¡Larry, muchacho! — exclamó, mientras algunas lágrimas de alegría resbalaban por sus mejillas.

— ¡Siempre tuve la certidumbre de que era falsa la noticia de tu muerte! Se encontraron los restos del avión, pero no pudo hallarse ningún cadáver en las inmediaciones. Esto me hizo suponer que te habías salvado; no sé cómo, pero estaba seguro de ello. ¡No sabes cuánto me alegro de verte vivo y en perfecto estado!

—Bueno; y a mí, que me parta un rayo — murmuró una voz, a espaldas de Larry.

Leyland se dio cuenta entonces de la presencia de la periodista, que había pasado también la barrera materialmente pegada a las ropas de su compañero de aventuras. Hubo cierta dureza en la expresión del sabio, pero se relajó inmediatamente; el día era demasiado feliz para que en su noble espíritu se abrigaran resentimientos. Dejó a Larry *y* tendió la mano a la muchacha.

—Perdone, señorita Hunter. Me alegro sinceramente de que no le haya ocurrido ninguna desgracia.

—Pero seguro que se alegraría más si no hubiese comparecido por aquí — dijo Miriam, mientras estrechaba la mano que se le tendía. —. Sin embargo, no se asuste, señor Leyland. Hemos establecido una especie de pacto con su sobrino, y me comprometo a no divulgar nada sin expresa autorización de usted.

En realidad, no había tal pacto, pero Miriam también se había emocionado un poco y se propuso ser buena chica en lo sucesivo, en lo tocante a facilitar informaciones a su periódico.

—Entremos en la casa — dijo Leyland—. Tengo mucho trabajo, pero lo dejaré todo hasta que me hayáis contado detalladamente cuanto os ha sucedido desde que saliste de aquí.

En aquel momento se oyó un extraño rumor, procedente del público estacionado en las inmediaciones de la casa. La gente empezó a correr desordenadamente, atropellándose unos a otros, y siendo vanos cuantos esfuerzos realizaba la Policía para mantener el orden.

— ¡Platillos volantes! ¡Platillos volantes! — gritaba la multitud.

Warner, Larry y Miriam miraron al cielo. Efectivamente, una escuadrilla compuesta de seis platillos volantes había hecho aparición y estaban descendiendo lentamente para asegurarse mejor su objetivo. ¡Y el objetivo era la casa de Warner Leyland!

Capítulo VIII

Roger Clevers trabajaba como de costumbre en su despacho de director del «Interplanet». Caía la tarde y la luz diurna no permitía ya distinguir lo que se estaba haciendo; era preciso encender el quinqué de petróleo, el «maldito quinqué», como decía el furibundo Clevers cada vez que se veía precisado a nombrar el anticuado aparato.

Lo tenía encima de la mesa. Encendió una cerilla

con mal humor y prendió fuego a la mecha. Y entonces se produjo el inesperado fenómeno; la luz del quinqué, que normalmente apenas alcanzaba para dejar ver lo escrito en los papeles de encima de la mesa, inundó aquel día todos los rincones de la amplia habitación con una claridad tal que parecía superar la de la desaparecida energía eléctrica.

— ¡Imposible! — murmuró—. Yo me he vuelto loco. Aseguraría que...

Se interrumpió, porque había levantado la vista al techo y se había impuesto de la feliz verdad. ¡No era el quinqué! ¡La luz eléctrica estaba encendida, como si nada hubiese sucedido! ¡Como si aquellos días de terrible angustia no hubiesen sido más que un sueño!

— ¡Luz! ¡Luz! — gritó, casi parodiando las palabras de Goethe en sus últimos momentos.

Permaneció unos minutos extasiado, contemplando la luz, olvidándose por completo de su trabajo, cosa inusitada en él. Observó que el fuerte resplandor del principio se atenuaba lentamente, hasta casi volver a la oscuridad, para adquirir después nueva fortaleza y decrecer momentos más tarde. Era una luz vacilante todavía, como avergonzada de haber desaparecido sin dar ninguna explicación y que intentaba ahora presentarse de nuevo con cierta timidez. ¡Pero era luz, al fin, y Clevers podría arrojar lejos de sí todos los odiados quinqués y demás inútiles sustitutivos!

Le sacó de su abstracción el timbre del teléfono, que sonó a sus oídos como música celestial. Descolgó el aparato; todo funcionaba bien. El rostro de Morris, el feo rostro de Morris, jefe de máquinas, apareció en el espejo visor; y Clevers lo contempló con la misma expresión de felicidad que si hubiese estado mirando a la más bella

diosa del Olimpo.

— ¡Ha vuelto la energía señor! — dijo Morris, a través del micrófono.

— ¿Para esto me ha llamado? ¿Se figura, acaso, que estoy ciego? — contestó Clevers. Había pasado el primer momento de emoción y volvía a ser el tiránico director de siempre—. ¡No me haga perder el tiempo por esa estupidez!

—Yo pensaba, señor...

— ¡No me importa lo que pensaba usted! ¡Soy yo quien ha de pensar aquí por todos! ¿Qué están haciendo en la sección de máquinas?

—Preparamos el tiraje del número de mañana, como siempre.

—Pero, ¿de qué forma? ¿Con qué máquina?

—Con la máquina a pedal, naturalmente. Ya está en prensa la primera página...

— ¡Insensato! — rugió Clevers, con un alarido que hacía innecesaria la nueva puesta en uso del teléfono, porque lo oyeron directamente todos los que estaban en la sala de máquinas —. ¡Quemen esos trastos prehistóricos que hubiera desechado el propio bisabuelo de Gutenberg y pongan en función las rotativas! ¡Hay que confeccionar un número nuevo! ¡El «Interplanet» ha de ser el primer periódico que reaparezca con su formato habitual!

Colgó el aparato, dando un golpe que estuvo a punto de romperlo, y se entregó inmediatamente a la preparación de la que había de ser sensacional primera página. Le faltaban datos; tenía que saber ante todo, cómo se había conseguido el retorno de la energía para explicarlo detalladamente a sus lectores, porque en aquel momento era la noticia más sensacional. Y Clevers era siempre el primero en divulgar las grandes noticias, fuesen alegrías o hecatombes.

Naturalmente, no fue él solo quien advirtió el retomo de la energía eléctrica. En todos los rincones de la capital y del país, con más o menos diferencia de tiempo, la parpadeante vuelta de la corriente hizo acto de presencia. Y el pueblo americano hizo gala del dinamismo que le ha caracterizado a través de los siglos. Se restablecieron las rápidas comunicaciones por radio y televisión, entraron en servicio los trenes eléctricos y las grandiosas industrias reanudaron su funcionamiento.

Al amanecer del día siguiente parecía que nada anormal hubiese ocurrido. Renació el optimismo en la gente, la confianza en su poder, y todos volvieron a su trabajo. Quedaba la sombra, la terrible sombra, de los desastres de los frentes de batalla. Era lo único que empañaba la alegría general, pero se tenía la seguridad de que, pudiéndose poner en marcha el poderoso dispositivo de defensa, no tardaría en estar

restablecida la situación.

El Gobierno y los Mandos militares no perdieron el tiempo durante aquella noche. Fueron cursadas rapidísimas órdenes y al amanecer todas las bases del país estaban preparadas para la entrada en acción de sus fuerzas. La aviación fue vanguardia de lo que iba a venir después. Los destrozados voluntarios que guarnecían los frentes estaban desconectados del resto del país y por esto no se enteraron de nada hasta que tuvieron las nubes de aparatos encima de sus cabezas.

La lucha cambió entonces de aspecto. Los modernísimos aparatos de reacción cayeron sobre las posiciones amarillas, funcionando a pleno rendimiento sus armas atómicas, y destrozando defensas y defensores. De nada sirvieron los fusiles y ametralladoras con balas de pólvora que utilizaban los chinos, para contrarrestar la tremenda embestida. Tuvieron que correr, sin medios de locomoción de ninguna clase, y entonces lamentaron lo mucho que habían profundizado en el país, y que tanto les alejaba de sus buques.

Desde el momento en que tuvieron que enfrentarse con las oleadas de aviones, los chinos sólo ambicionaban una cosa: reembarcar. Volver a sus juncos y naves de madera y escapar lo más rápidamente posible de aquella carnicería contra la cual no tenían defensa posible.

Pero se les anticiparon las tropas aerotransportadas. Los pesados bombarderos alcanzaron la costa y en muy poco tiempo de toda la abigarrada flota de desembarco no quedó más que una multitud de tablas flotantes, que amenazaba con impedir el normal funcionamiento de los puertos. ¡Un nuevo mar de los Sargazos, que en vez de hierbas estaba formado por el destrozado maderamen de la flota de invasión!

Los aparatos de transporte tomaron tierra y se procedió a la inmediata reconquista de los buques de guerra asaltados por los chinos, que habían sufrido, además, las consecuencias del horripilante bombardeo. Sobre las cubiertas tuvo lugar una lucha feroz, porque los chinos se habían apoderado de algunas armas atómicas y las manejaban contra los americanos. Los barcos quedaron llenos de cadáveres, pero finalmente pasaron al poder de sus legítimos dueños.

Aquellos que pudieron entrar en acción con leves reparaciones efectuadas sobre la marcha, y los que no quedaron afectados por el bombardeo, se hicieron inmediatamente a la mar, en busca de nuevos contingentes enemigos. Porque la afluencia de chinos a las costas americanas era aún incesante. Parecía imposible que los orientales hubiesen podido concentrar una cantidad tan fabulosa de naves como la utilizada en aquella invasión.

El encuentro tuvo lugar a pocas millas de la costa. Más que un combate fue una carnicería. Tronaron los cañones atómicos de los

buques americanos y los juncos y naves similares volaron por los aires, desintegrados, cayendo después en imponente lluvia de astillas. Con ellos volaron sus tripulantes, que no quedaron en mejor estado que los barcos.

Las naves que pudieron hacerlo viraron en redondo y emprendieron la huida hacia su país. Hubiese sido fácil a los americanos impedírselo, pero no quisieron cebarse en los vencidos y los dejaron escapar, seguros de que les habían hecho pasar por muchos años sus insensatos sueños de grandeza.

Entretanto, el dispositivo bélico americano se había desplegado en los campos del centro y del oeste de la Unión. Fuerzas militares magníficamente pertrechadas relevaron a los exhaustos y a la vez heroicos voluntarios, sustituyéndoles en la persecución y captura de los aterrorizados chinos. Las modernísimas divisiones de tanques surcaban los campos a toda velocidad, aniquilando con sus baterías atómicas cualquier foco resistente, y acumulando verdaderas legiones de prisioneros. Por todas partes se veían cadáveres de hombres amarillos y soldados de la misma raza que corrían despavoridos, sin saber adónde dirigirse, hasta que por fin optaban por entregarse en masa a sus vencedores.

Por la tarde de aquel mismo día tuvo lugar un espectáculo que revistió casi caracteres de comicidad. A la hora acostumbrada se presentaron los platillos volantes para contribuir a la que hasta entonces había sido arrolladora marcha de sus huestes. Se encontraron inesperadamente ante la nueva forma que había adquirido la situación; las baterías antiaéreas americanas habían tenido tiempo de diseminarse por todo el territorio teatro de la lucha, e iniciaron el ataque contra los aparatos que, como todos los días, comparecieron en número de una docena.

Los platillos reaccionaron con sus pequeños cañones de tiro rápido, los cuales fueron por completo ineficaces contra las potentes granadas atómicas de los antiaéreos. Les llegaban impactos de todos los lados; durante los primeros momentos, sus corazas resistieron el choque y los combatientes pudieron contemplar cómo los platillos se elevaban y volvían a caer para elevarse de nuevo, ante el formidable chorro de impactos, lo mismo que una cáscara de huevo colocada sobre un surtidor de agua.

El espectáculo duró algunos minutos, con gran regocijo por parte de los que lo contemplaban. Con bastantes menos, sin ninguna clase de duda, por parte de los infelices chinos que los tripulaban. Y las sólidas corazas inventadas por Luke Percival acabaron por resentirse del vapuleo, se resquebrajaron, y los platillos volantes estallaron en el aire, cual enormes granadas, cayendo después sus restos convertidos en retorcida chatarra.

¡Fue el epílogo de la invasión de América por las hordas orientales!

* * *

Todo esto fue consecuencia de la destrucción realizada el día antes por Warner Leyland de las escuadrillas, que, con carácter permanente, emitían sobre los Estados Unidos las radiaciones que anulaban las posibilidades de propagación de las energías eléctricas y atómicas.

El sistema ideado por Luke Percival para paralizar la vida americana era bueno, pero tenía un defecto: la emisión de radiaciones debía ser constante para surtir efecto. Tan pronto como cesasen por cualquier motivo, los efectos del radium se desvanecerían casi instantáneamente y se volvería a la normalidad. A Percival no le preocupaba este extremo, porque disponía de material en abundancia y contaba con que nadie sería capaz de neutralizar sus efectos y mucho menos de destruir los platillos estacionados a una altura superior a los quince kilómetros.

Sabía que únicamente Warner Leyland era capaz de intentar algo con eficacia contra su invento. Pero, en su locura, se consideraba superior a su antiguo rival de Universidad, y se regocijaba anticipadamente pensando en lo mucho que iba a humillarle cuando se presentara él, a quien todos suponían muerto, como vencedor absoluto y creador del diabólico invento que habría sido vehículo de la victoria. Por esto se resistía a un atentado directo contra la vida de Leyland, limitándose a ordenar que fuesen destruidos todos sus intentos de reacción.

Chester Wong no opinaba lo mismo, y ello había sido ya motivo de discusiones entre ambos socios durante el curso de los preparativos. Con motivo de la fuga de Larry y Miriam del islote flotante, el mal humor de Wong se exacerbó, acabando por decidirse a ordenar el ataque a la casa del sabio americano. En el islote se disponía de dos escuadrillas de platillos de reserva y mandó a una de ellas a atacar la casa del sabio, ordenando su destrucción total y la muerte de sus habitantes. Cuando Percival se enteró, los encargados del atentado estaban ya en camino.

La decisión de Wong fue tomada con retraso, por lo menos en lo referente a impedir la acción de Leyland contra los platillos que emitían las radiaciones. Casi en el mismo momento en que salía la escuadrilla del islote, los que se hallaban sobre el territorio americano eran destruidos por los cohetes que lanzó el sabio, y de esta destrucción había de sobrevenir el retorno normal de la energía y la aplastante derrota de los invasores al día siguiente. Pero en el islote

flotante se ignoraban estos detalles; sólo les extrañó el inexplicable retraso de todos los platillos en servicio.

* * *

— ¿No puedes hacer nada contra ellos, tío?—preguntó Larry, al ver cómo los platillos volantes se iban aproximando a la casa.

—Sólo huir de ellos. Escondemos donde no nos puedan alcanzar sus disparos. — el hombre contempló por unos momentos el edificio y repuso, entristecido—. ¡Y lo siento por todo lo que me van a destruir! ¡Dios mío! ¡Tú y yo sabemos Larry, cuántos años de trabajo se encierran entre estas paredes!

Empezaron a alejarse de la casa, procurando no mezclarse con la gente que huía despavorida y sin rumbo, ansiosa solamente de escapar de la acción de los temidos enemigos.

—Tantos inventos y que no los puedas utilizar... — se lamentó Larry.

—Si las circunstancias fuesen normales, probaría la emisión de ondas eléctricas — dijo Leyland —.Ya sabes a qué aparato me refiero. Pero se necesita electricidad y radio para que funcione.

En aquel momento salió un hombre de la casa.

— ¡Señor Leyland! — gritó —. ¡Sucede algo raro! ¡Funciona la electricidad!

— ¿Qué? —,1a exclamación brotó simultánea de las laringes de Warner, Larry y Miriam.

— ¡Mejor será que busques dónde refugiarte! — le gritó el sabio.

— ¡Tío! — dijo Larry, deteniéndose —. Si lo que dice este hombre es verdad, puedes utilizar tu aparato emisor de ondas eléctricas.

—No perderíamos nada comprobándolo. Pero fíjate: los platillos ya están sobre la casa.

Efectivamente, los aparatos habían llegado a su objetivo y sus cañones iniciaron el ataque contra la asustada multitud. Uno de ellos soltó la primera bomba. Era de pequeño calibre, porque Percival no había considerado necesario proveerse de grandes explosivos para la consecución de su triunfo; normalmente no se cargaban bombas en los platillos y si en aquella ocasión se habían provisto de ellas fue por orden expresa de Wong.

Retumbó la explosión y cuando se disipó la densa humareda pudieron verse sus efectos. Un enorme boquete se había abierto en el techo de la casa y parte de un muro había sido derribado.

—Demasiado tarde — dijo Leyland, que se había echado al suelo lo mismo que los dos jóvenes.

—No es tarde, tío — contestó Larry —. Lo será si dejamos que destruyan la casa por completo.

— ¿Qué te propones hacer?

Larry no contestó. Se alzó de repente y echó a correr hacia la casa, al tiempo que estallaba la segunda bomba. Un platillo le dirigió sus tiros y los impactos de los cañonazos se incrustaron en el suelo, marcando el camino seguido por el joven.

Vieron como Larry se, metía en el edificio. Estallaron otras bombas que hicieron saltar nuevos pedazos de la casa, mientras los cañones no cesaban en su ametrallamiento general. A los estruendos empezaban a mezclarse ya los gemidos de las personas que habían sido alcanzadas por las pequeñas balas.

Transcurrieron dos o tres minutos de mortal angustia, y por fin se vio a Larry aparecer de nuevo en la puerta de la casa, llevando en sus brazos un aparato que tenía bastante semejanza con un receptor de radio. Corrió a toda velocidad, burlando por segunda vez los diminutos pero mortales cañonazos de los platillos.

—Aquí lo tienes, tío — dijo, echándose al suelo a su lado.

— ¿No le decía yo? — añadió Miriam, dirigiéndose también a Leyland —. Estaba segura de que regresaría indemne.

—Siento haberla fastidiado, Miriam — repuso el joven —. Sin embargo, comprenderá que no estaba dispuesto a satisfacer sus recónditos deseos.

Leyland no perdió el tiempo mientras la pareja se enzarzaba en una de sus habituales luchas de frases. El aparato, como la mayoría de sus inventos no urgentes, se hallaba sólo en período experimental y las ondas eléctricas que podía emitir alcanzaban muy poca distancia. No obstante, en aquella ocasión no se necesitaba más que el alcance de unos pocos metros, y Leyland puso en función el aparato.

Una lámpara, al encenderse, indicó que el aparato funcionaba y que las invisibles ondas eléctricas empezaban a surgir. No se vio nada más; pero, de pronto, uno de los platillos cayó aparatosamente al suelo, continuando allí su movimiento de rotación hasta quedar paralizado por completo. Sus tripulantes habían sido electrocutados, exactamente como lo fueron horas antes los que recibieron el impacto de los cohetes. Sólo que en el caso presente la potencia era menor y el alcance infinitamente más reducido.

Pero bastó. Uno a uno, los seis platillos fueron abatidos y el peligro quedó eliminado. A partir de aquel momento desaparecería el miedo a los extraños aparatos que se creyó tripulados por marcianos, y al día siguiente las fuerzas americanas en pleno despliegue demostrarían que hasta se podía jugar con ellos.

—La casa puede reconstruirse en pocas semanas — dijo el sabio, al comprobar que su tesoro científico se hallaba intacto—. Mientras

que todo esto necesitaría muchos años para rehacerse. Más de los que puedo aún vivir.

Se instalaron en el mismo laboratorio y allí Larry hizo un breve relato de las aventuras corridas en compañía de Miriam, a partir del momento en que abandonaron los Apalaches a bordo del avión que debía localizar los platillos volantes. La historia de Luke Percival causó especial sensación en Leyland.

—Hoy día está completamente loco, tío. Su forma de mirar y de hablar no engañan.

—Su morbosa obsesión no podía llevarle más que a este resultado. Y el otro personaje a quien visteis, el chino, debe ser un granuja de gran talla que ha sabido aprovecharse del estado mental de Percival para arrastrarlo a la consecución de sus innobles fines. Lo siento por mi antiguo compañero; puesto en otras manos, no hubiese llegado a esta calamitosa situación.

— ¿Piensas hacer algo tío? Lo del islote y sus habitantes no lo sabe aún nadie... pese a que Miriam estuvo allí conmigo.

— ¿Esas tenemos? — dijo la aludida —. Precisamente ahora me hace recordar que funciona el teléfono. Voy a pedir una conferencia con el «Interplanet».

La joven iba a salir del laboratorio, pero la contuvo la voz de Leyland:

—No, señorita "Hunter. Piense que la aventura no habrá terminado ni está completo su reportaje mientras no hayamos ido al islote flotante para traemos a Percival y a su pérfido colaborador.

— ¿Vamos a ir al islote? —preguntó Miriam, interesada, volviendo junto a los dos hombres.

—Pienso que es lo mejor, para evitar más derramamiento de sangre. Quiero hablar con Percival antes que intervengan nuestras fuerzas aéreas y destrocen el islote. Después de todo, es un hombre perturbado y se ha de procurar su curación, internándolo en un sanatorio mental. Los que merecen castigo son los que le han inducido a obrar aprovechándose de su estado.

— ¿Y cómo quieres ir allá? No olvides que hay una guarnición, aunque tal vez no muy numerosa, bastante bien armada.

—Utilizaremos un platillo volante. No me será difícil poner en condiciones alguno de los que han caído, especialmente estos últimos, apenas han sufrido desperfectos. Una vez allá, hablaremos por radio desde el interior del aparato. Creo que preferirán rendirse a sufrir las consecuencias de una visita de nuestros bombarderos pesados.

* * *

El desacuerdo entre los dos socios de la siniestra empresa iba en aumento.

—No es normal este retraso — opinaba Wong —. Nuestros enemigos han de haber conseguido algo que paralizara los platillos. De lo contrario, alguna de las escuadrillas estaría ya aquí.

El loco contestó con una tétrica carcajada.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Aunque hayan destruido los platillos no me vencerán! ¡Tengo algo infinitamente superior! ¡Algo que acabará con ellos, con su poder y con sus inventos! ¡Porque yo les supero en inteligencia! ¿Te enteras, Wong?

— ¿A qué te refieres?

— ¡A mi arma secreta! ¡La que ha de destruir el mundo! ¡La que ha de acabar con todos los que me despreciaron y no quisieron reconocer mi sabiduría! ¡Ja, ja, ja! ¡Los tengo en mis manos! ¡Los puedo destrozar en el momento que me plazca!

— ¡Habla de una vez, Percival! ¿Te refieres a la bomba de radium? ¿La has construido, a pesar de mi prohibición?

— ¿Tu prohibición? ¡Ja, ja, ja! ¡Soy yo quien manda aquí! ¡Tú no eres más que un miserable gusano, que has venido a arrastrarte a mis pies suplicando que te ayudara con mi ciencia! — Percival se desprendió de Wong y lo arrojó al suelo de un violento empujón—. ¡Suéltame! ¡No manches mis ropas con tus inmundas manos! ¡Sí! ¡Tengo la bomba de radium y la haré estallar cuando lo crea conveniente! ¡Será la destrucción en cadena del mundo! ¡Lo que nadie pudo lograr jamás, lo tiene en sus manos Luke Percival! ¡Ja, ja, ja!

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y un chino apareció en el umbral. Era uno de los que componían la guarnición del islote.

—Acaba de verse aparecer un platillo, señor — anunció.

—Ven conmigo, Percival —le ordenó. Y viendo que el otro se resistía, sacó una pistola y le apuntó, añadiendo—: ¡Acostúmbrate a la idea de que soy yo el verdadero amo! ¡Sígueme!

Al salir a la plataforma se encontraron con el telegrafista de la base, el cual se dirigió a Wong.

—Desde el platillo llaman por radio, señor — dijo.

Pasaron a la cabina radiotelegráfica, a la que se entraba directamente desde la gran plataforma. Se alumbró la pantalla televisora y apareció en ella el rostro de una persona desconocida por Wong. Un hombre blanco. ¡Un hombre blanco y en el interior de uno de sus platillos volantes!

— ¿Quién es usted y qué hace en mis platillos? — preguntó, furioso.

El que contestó a su pregunta fue Percival, que junto a él acababa de reconocer el rostro aparecido en la pantalla.

— ¡Warner Leyland! —más que un grito, fue un verdadero rugido de fiera.

Leyland sonrió. Sus palabras fueron pronunciadas con calma y serenidad, en contraste con la exasperación del que pretendía ser su rival.

—Sí, amigos —dijo—; soy Warner Leyland y supongo que estoy hablando con los organizadores de la gran matanza que ha tenido lugar en América estos últimos días. No me corresponde a mí pedirles cuentas por su actuación. Vengo a anunciarles que su empresa ha fracasado. Los invasores han sido rechazados y todos sus platillos volantes están destruidos o se hallan en nuestro poder. Quiero parlamentar antes que realicen otro intento desesperado que costaría más vidas humanas, sacrificadas estérilmente. ¡Les intimo a que se rindan!

Percival contestó con una de sus feroces carcajadas.

— ¡Jamás! ¿Yo, rendirme a ti, aprendiz de científico? ¡No lo pienses, Warner Leyland! ¡No he empleado aún mi arma secreta! ¡Y será ahora cuando la voy a hacer estallar! ¡Mi bomba de radium! ¡La bomba «R», que destruirá al mundo! ¡Y ahora estoy satisfecho, porque vas a saber quién puede más de los dos! ¡Quiero que sepas que la destrucción del mundo por la bomba «R» es obra de Luke Percival, a quien nunca te has podido igualar!

— ¿Qué dice este hombre? —preguntó Leyland, sin acabar de comprender el significado de las palabras del loco.

—Posee una bomba de radium —aclaró Wong—.

Su explosión provocaría un estallido en cadena, que destruiría el mundo.

Percival volvió al interior y Wong habló de nuevo, sin dejar de vigilar a su socio:

—Digan cuáles son sus condiciones. Ya comprenderán que si he de morir, me tiene sin cuidado que sea de una manera o de otra. No me desagradará que me acompañen millones de personas en el gran viaje.

La existencia de la bomba «R» requería un nuevo estudio de la situación por parte de Leyland y sus compañeros de viaje. Antes de contestar a Wong quiso tener un breve cambio de impresiones con ellos. Cortó la comunicación y les consultó:

—Sólo tenemos una salida, amigos míos — dijo —. Ofrecerles la libertad a cambio de la entrega de esta bomba. La humanidad bien se merece que dejemos sin castigo a unos rufianes, si a cambio la salvamos de tan terrible destrucción.

Los dos jóvenes estuvieron de acuerdo y Warner conectó de nuevo para hablar con el capitoste chino.

—Entréguenos esa bomba y quedarán libres de ir adonde les

plazca.

—Acepto —dijo Wong—. Pueden descender y yo me comprometo a que se les entregue el artefacto.

Wong quiso utilizar su pistola, pero no tuvo tiempo, porque Percival le pateó la cabeza, dejándole sin conocimiento. A continuación, el loco se encaró con la pantalla.

— ¡Ha llegado el fin, Warner Leyland! ¡Voy a hacer estallar la bomba «R», y con toda tu ridícula ciencia no me lo podrás impedir! ¡Ja, ja, ja!

Con su siniestra risa y con los ojos enormemente desorbitados, salió corriendo de la cabina. ¡La vida de la humanidad iba a depender por unos momentos de un loco!

Capítulo IX

Los tres tripulantes del platillo habían observado la escena a través de la pantalla televisora.

— ¡A tierra! ¡Pronto! —gritó Leyland—. ¡Debemos impedir que ese desdichado cumpla su amenaza!

Segundos más tarde, aterrizaban sobre la gran plataforma del islote. Larry se lanzó al exterior y emprendió veloz carrera hacia los barracones que constituían el pequeño poblado. Un chino, arma al brazo, quiso cerrarle el camino, sin conseguir otra cosa más que un tremendo puñetazo que le sumió en la región de los sueños.

Leyland y Miriam salieron también, aunque con menos apresuramiento. Varios soldados acudieron, amenazándoles con sus armas y obligándoles a detenerse.

—Hemos de ver a su jefe —les dijo Warner—. Llévennos a su presencia.

Wong se estaba recuperando cuando entraron en la cabina los dos prisioneros, escoltados por los soldados. Al verlos, su traidora mente concibió una idea maligna; les dejaría allí, o los mandaría fusilar y huiría él con el platillo volante que tan generosamente le acababan de facilitar. Leyland adivinó sus intenciones en el brillo de su mirada.

—No, amigo —le dijo—. Para marcharse se tendría que llevar a todos los hombres que tiene en el islote y no caben en la aeronave. Y comprenda que a ellos no les gustaría quedarse aquí para ser víctimas

de la aviación.

— ¿Cómo sabe que pienso hacer esto?

—Hay cosas que se adivinan sin necesidad de decirlas. Quiero que sepa que yo he calculado también mis posibilidades.

—Se equivoca conmigo —dijo Wong, comprendiendo la imposibilidad de su plan, más ahora que Leyland había hablado lo suficiente alto para que se enterasen sus guardianes—. Le hice una promesa y la cumpliré; saldrán de aquí sin daño si me dejan en libertad.

—Sera mejor para todos.

Entretanto, Larry seguía corriendo detrás de Percival, sin haber encontrado nuevo obstáculo en su camino. Se orientaba por la constante risa del loco y por las constantes exclamaciones que éste profería. Tuvo que recorrer estrechos pasadizos en la parte baja del islote, construido todo él al estilo de un buque. Hileras de camarotes, más pasadizos, y siempre delante suyo la siniestra risa del loco.

Por fin le alcanzó. Percival tuvo que detenerse para abrir una de tantas puertas y fue el tiempo que Larry aprovechó para ganar la ventaja que le llevaba. Hasta entonces no se dio cuenta el loco de que era perseguido. Acabó de abrir la puerta y se metió con rapidez en el camarote.

Pero no pudo cerrarla por dentro porque Larry se echó con todo su peso contra ella. La violencia del empujón le hizo rodar por el suelo, dentro del camarote. Percival empezó a pegarle puntapiés.

— ¡No conseguirás hacerme desistir! ¡Toma, gusano! ¡Tú también eres un asqueroso gusano, como Wong! ¡Ja, ja, ja!

Larry pudo cogerle una pierna y, tirando de ella, le hizo perder el equilibrio. Pero sólo consiguió empeorar su situación, porque le cayó encima y las manos del loco se aferraron a su garganta.

Se inició una lucha terrible en el interior de aquel estrecho camarote. Percival, a pesar de sus años, estaba dotado de una fuerza considerable y el joven empezó a notar que le faltaba la respiración. Para librarse de las terribles garras empezó a pegar fuertes puñetazos al rostro de su enemigo hasta obligarle a protegerse, soltando así la terrible argolla.

Inició entonces un movimiento rápido, con el que consiguió escapar de debajo del cuerpo de Percival. Se levantó de un salto, antes que el otro, más lento, pudiese hacerlo, y empezó a machacarlo a puntapiés.

Larry comprendió que en aquella lucha no se podían guardar reglas ni consideraciones de ninguna clase que, por otra parte, el loco no apreciaría. Se trataba de obligarle a que entregase la fatídica bomba, y por mucho que le repugnaba el procedimiento, optó por no reparar en los medios. Ni siquiera podía arriesgarse a salir vencido,

porque no era por él mismo por quien luchaba, sino por todos aquellos que podían morir si el infernal artefacto llegaba a estallar.

Machacó sin compasión los costados de Percival. El loco gritaba, mezclando sus exclamaciones de dolor con terribles amenazas; pero empezaba a sentirse impotente para reaccionar.

— ¡Entrégueme esta bomba, Percival! ¡Supongo que la debe tener escondida en esta habitación y no me gustaría tenerle que matar! ¡Pero tendré que hacerlo si se obstina!

— ¡Jamás! —contestó el loco, entre quejidos—. ¡Nadie conocerá el secreto de mi invento!

Estaba jadeante, por los golpes recibidos, y no tenía fuerzas ya para levantarse. Larry no sabía qué hacer para vencer su obstinación. El joven se encontraba en uno de los mayores apuros de su vida. Mientras luchó contra Percival no le importaba pegar fuerte, porque defendía su propia existencia. Pero ahora la cosa era distinta; tenía que pegar a un hombre vencido, sin fuerzas ya, para obligarle a entregar un secreto del que tanto dependía.

Le pegó un puntapié en el que sólo puso una décima parte de la potencia de que hubiera sido capaz. Percival se movió en el suelo y, lentamente, se quedó sentado contra un armario.

—En este armario debe guardarlo todo —pensó el joven, creyendo por la actitud del demente que, en la semi inconsciencia en que le habían sumido los golpes, estaba descubriendo el escondijo dentro de su propio afán de protegerlo.

— ¿Lo guarda aquí, Percival? —preguntó.

— ¡No lo sabrás nunca! ¡Nunca!

Larry lo apartó con brusquedad, dejándolo apoyado en el mamparo de enfrente. Abrió el armario y vio que contenía ropas y algunos instrumentos científicos en desordenada mezcla. También vio libros y papeles. Pero todo eran cosas que Larry conocía; aparatos que le eran familiares desde niño, en casa de su tío. ¡Allí no estaba la bomba «R»!

Percival, con las ropas destrozadas por la lucha y mostrando en su rostro las huellas de los golpes, le miraba con extraña sonrisa. Sonrisa que exasperó a Larry, porque adivinó la burla que se reflejaba en ella.

— ¡No lo encontrarás! —Iba diciendo el loco, en monótona letanía—. ¡Nadie descubrirá el secreto de Luke Percival!

Larry llevaba una pistola, que no había querido usar hasta entonces porque su enemigo iba desarmado, y la sacó en aquel momento. Le repugnaba el oficio de verdugo; sentía verdaderas náuseas por lo que se veía obligado a hacer, pero un interés superior se lo exigía. No un interés partidista, sino el de salvar al mundo. Para animarse a obrar, pensó en la inmensa cantidad de seres inocentes que

serían sacrificados si él vacilaba. Y apuntó a Percival con la pistola.

—Estoy decidido a matarle, Percival. Le concedo un minuto para que decida si me entrega la bomba o no.

— ¡Ni un minuto ni una eternidad!

Pasó el minuto, Larry quiso esperarlo, pese a la obstinación de Percival, y aguantó durante su transcurso toda la serie de frases despectivas e insultantes que el otro le dirigió.

—Ha transcurrido el plazo, Percival.

— ¡Nunca conseguiréis mi invento!

Se contrajeron los músculos del rostro de Larry y apretó el gatillo. Percival, pese a su demencia, adivinó que iba a morir y sus ojos se desorbitaron más que de costumbre. Sin embargo, la bala sólo le rozó los cabellos. Larry había tenido en el último momento la serenidad de desviar ligeramente su puntería.

— ¡Ha sido sólo de advertencia, Percival! Pero le juro que el segundo disparo le atravesará la cabeza. Morirá, si así lo desea, pero morirá sin tener la satisfacción de hacer estallar su infernal artefacto. Morirá estúpidamente, sin pena ni gloria; sin ningún resultado positivo, excepto que ya no podrá causar más daño a nadie.

Larry calló unos momentos y, cosa extraña, Percival calló también. Al joven le pareció que estaba reflexionando. ¿Qué pensamientos debían estar forjándose en aquella mente perturbada? Era imposible saberlo. Larry sólo pudo comprobar que una extraña sonrisa se iba dibujando lentamente en los labios de su enemigo.

— ¿Qué decide? ¿Vuelvo a apretar el gatillo? ¡Acuérdese de mi juramento!

— ¡Me has vencido, muchacho! No quiero morir. Te entregaré la bomba.

Percival se dirigió al armario que antes había registrado el joven. Pero en vez de abrirlo, hizo funcionar un resorte y el armario se desplazó como si fuese una puerta, dejando una abertura que comunicaba con la habitación contigua.

— ¡Un laboratorio secreto! —dijo Larry, para sus adentros —. Por estar loco, tenía bien guardados sus planos, el amiguito.

La estancia contigua tenía una escalera descendente, por la que bajaron a una amplia sala que Larry calculó que debía estar situada casi al nivel del agua. Más o menos, a la altura del calabozo donde él y Miriam estuvieron presos durante unas horas.

Percival encendió luz eléctrica y Larry pudo comprobar que se trataba de un laboratorio cuyas características tenían cierta semejanza con el de su tío Warner. Instrumentos de todas clases, aparatos, retortas, planos, se veían por doquier. El joven procuró reconocerlo todo, sin dejar de vigilar al mismo tiempo a Percival, porque le interesaba saber la finalidad de cada uno de aquellos aparatos en

evitación de que el loco le quisiera someter a un engaño.

Percival se dirigió a un armario situado en el fondo del laboratorio. Sacó de él una cajita de metal, de pequeño tamaño, y se la alargó a Larry.

—Aquí la tiene. En este estuche se halla el fruto de muchos años de trabajo.

—Trabajo al servicio del mal —contestó el joven.

Y sin abandonar un solo momento la vigilancia, abrió el estuche y comprobó que en su interior se hallaba un pequeño artefacto del tamaño de una granada de mano. Una extraña espoleta lo coronaba y el conjunto resultaba algo que Larry no había visto nunca en artefactos bélicos. Sin embargo, dudó.

— ¿Qué garantía tengo de que esto es precisamente la bomba «R»? —preguntó.

—Te entregaré también los planos — dijo el loco. Parecía que una extraña calma le hubiese invadido. Hablaba casi con naturalidad —. He perdido, y ya no podría reconstruir mi invento. Me faltarían muchos ingredientes.

Le entregó un conjunto de planos en algunos de los cuales Larry reconoció el dibujo de la extraña piña. En varios de ellos aparecía el nombre de «Bomba "R"». Larry no dudó más.

—Ha cumplido y lo reconozco. Vámonos de aquí. Y no intente nada por el camino, porque sería su sentencia de muerte.

En aquel momento, algo, como un relámpago, iluminó la habitación dominando la luz eléctrica encendida por Percival. Larry dirigió rápido su pistola hacia la puerta y ya iba a apretar el gatillo cuando distinguió a Miriam.

— ¡Miriam! ¿Otra locura?

— ¡He captado el momento solemne, Larry! —dijo ella, triunfal —. ¡La entrega de la bomba «R» y sus planos!

Y la periodista mostraba su máquina fotográfica, provista del «flash» con que había efectuado el disparo.

—Podía haber avisado, ¿no le parece? Ha ido de un tris que no le soltase un balazo.

—Me gusta sorprender —arguyó la joven—. Si le hubiese avisado, usted habría adoptado una pose de conquistador que escamaría a mis lectores.

Larry no quiso continuar la discusión. Ni siquiera se preocupó por enterarse cómo había conseguido Miriam dar con el refugio. Supuso que habría estado buscando, o que algún chino le habría indicado las habitaciones de Percival. Poco más tarde se hallaban en la cabina telegráfica, donde esperaban Leyland y Wong. Larry entregó la caja a su tío.

—Mira esto, tío. Comprueba si es lo que nos interesa.

Leyland examinó la granada y echó un vistazo a los planos.

—Es, en efecto, la bomba «R» — aseguró —. Su mecanismo es muy similar al de cualquiera de las otras bombas nucleares. Sólo el material es distinto y su fuerza infinitamente más destructiva.

Percival seguía con la extraña sonrisa que inició en el momento de decidirse a entregar su invento. Leyland le miró con desprecio.

—No has descubierto nada nuevo, Percival. Siento molestar tu vanidad, pero tu mecanismo es parecido al de las primeras bombas nucleares del siglo pasado. Sólo las superas en maldad.

Percival no contestó, y aquel inusitado silencio extrañó a Larry, que había estado más atento que los otros a las reacciones del loco.

—Será mejor que nos marchemos ya, tío. Ellos han cumplido su palabra y cumplamos nosotros la nuestra.

A Leyland le hubiese gustado llevarse a Percival para internarlo en un sanatorio mental en los Estados Unidos. Pero apenas lo hubo insinuado, el loco recobró el furor que parecía haber perdido.

— ¿Yo volver al país que me despreció? ¡Antes la muerte! ¡No! ¡Luke Percival se quedará aquí, y aún dará mucho que hablar al mundo!

Emprendió una de sus insensatas carreras, pero nadie se preocupó por perseguirle en esta ocasión. Leyland y los dos jóvenes se dirigieron hacia el platillo volante que había de devolverlos a su país.

—Les abandonamos a su suerte —dijo el sabio a Wong, a modo de despedida—. Cada uno de nosotros ha cumplido su parte del tratado.

—Tengo medios para salir de aquí —contestó el chino —. Viviré donde nadie me conozca y les digo lo que Percival: tal vez algún día el mundo hable de mí.

La frase no expresaba más que el despecho de un vencido. Leyland no le dio otro valor, pensando al mismo tiempo que sería difícil que Wong o el mismo Percival volviesen a sorprenderle en el futuro.

Embarcaron en el platillo volante y al cabo de breves minutos se hallaban a muchos kilómetros del .islote.

—Nunca el mundo podrá apreciar bastante lo que hemos hecho por él —dijo Leyland—. Si no llegamos a planear este viaje secreto, ¿imagináis lo que hubiese ocurrido?

Entonces se dedicó a examinar el artefacto que con tanto trabajo habían arrancado a Percival. El sabio desmontó la espoleta, con enormes precauciones, y se llevó una sorpresa monstruosa. ¡La granada estaba vacía! ¡Quitada la espoleta, ningún mecanismo se albergaba en su interior!

— ¡Mirad! —dijo—. ¡Percival ni siquiera llegó a construir una bomba nuclear corriente!

Larry, en vez de alegrarse, palideció. Recordó la extraña sonrisa del loco, y entonces comprendió su significado.

— ¡Me engañó! — dijo —. ¡Percival sigue en posesión de la bomba «R»!

— ¿Te has vuelto loco tú también, sobrino?

Se interrumpieron, porque el aparato radiotelegráfico registró una llamada. Leyland mismo la atendió, y al iluminarse la pantalla apareció en ella el rostro de Percival. Su expresión era la del supremo triunfo.

— ¡Hola, Leyland! ¿Imagináis que os habéis llevado la bomba «R»? ¡Ja, ja, ja! ¡No! ¡Luke Percival no entrega sus secretos! ¡La bomba «R» la tengo yo, aquí! ¡Mírala!

Todos pudieron ver una granada, semejante a la que Percival había entregado antes. ¡Aquella era, sin duda, la verdadera bomba «R», y ya no tenían posibilidad de ir a conquistarla!

— ¡La otra no estaba cargada! — continuó Percival—. ¡Pero esta sí, y va a estallar dentro de unos segundos! ¡Contempla mi obra y mi triunfo, Leyland!

Los tripulantes del platillo estaban lívidos. ¡Aquel loco tenía en sus manos la destrucción del mundo, y ningún poder sería capaz de impedirle que consumara su fatídica obra!

A través de la pantalla vieron a Wong que entraba en la cabina del islote. Fue un momento de esperanza, pero nada más. Percival sacó una pistola, y con un gesto de terrible rabia, apretó el gatillo. Oyeron los disparos vieron cómo Wong se retorcía herido en el suelo. Después, Percival se volvió a encarar con la pantalla.

— ¡Ha llegado el momento, Leyland! ¡Nadie me lo puede impedir! ¡Será también mi fin, pero un final victorioso! ¡El gran final a que podía aspirar el mayor sabio que jamás ha albergado el mundo!

Su mano se acercó a la espoleta de la bomba.

— ¡Mira, Leyland! ¡Mira! ¡Es mi mejor premio! ¡Que tú contemplaras mi triunfo! ¡Ja, ja, ja!

No vieron más. La risa siniestra se apagó en una intensa llamarada, que pareció abrasar la pantalla televisora. Un trueno horrible, y el platillo se agitó sacudido con inusitada violencia. Todos rodaron por el suelo, convencidos de que era su fin, hasta que a consecuencia de los choques perdieron el conocimiento.

Cuando se recobraron todo parecía haber vuelto a la normalidad. El platillo se mantenía en el espacio, aunque estaba descendiendo lentamente hacia el océano. Leyland corrió para tomar de nuevo los mandos y lo hizo elevar de nuevo, restableciendo la ruta. Se miraban unos a otros con extrañeza. Miriam fue la primera en hablar.

—Pero, ¿no habíamos de morir todos?

—Mirad allá —contestó Leyland, señalando en la dirección del islote.

Vieron una gran nube en forma de hongo, muy superior a las que producían las bombas nucleares más potentes. El mar estaba agitado, a consecuencia de la gran cantidad de agua evaporada. El islote y sus habitantes, todo el mar de los Sargazos y la inmensidad de viejos buques allí concentrados, habían desaparecido. ¡Pero nada más! ¡La temida explosión en cadena no había tenido lugar!

De los labios de todos salió una plegaria en acción de gracias. Gracias por ellos y por la humanidad entera.

—Hijos míos —dijo, después, Leyland—, esto nos demuestra lo poco que somos ante el Supremo Hacedor, único dueño de la vida y la muerte en el universo. A veces, los hombres, en su soberbia, quieren sustituirle, pero ya veis el resultado: acarrean su propia destrucción, y nada más. Que nos sirva esto de enseñanza a todos, y recordemos que si Dios se ha dignado concedemos el maravilloso don de la ciencia, es para emplearla en el servicio del bien.

Mientras se alejaban estuvieron contemplando los efectos de la bomba «R». Ninguno de ellos tenía deseos de hablar. Fue de nuevo Miriam la que cortó el silencio, acercándose con su cámara al cristal del platillo.

— ¿En qué estaría yo pensando, cuando tengo delante mío la más interesante fotografía que han visto los siglos?

—Y la que confiamos que no puedan volver a ver jamás — concluyó, sentenciosamente, Leyland.

* * *

La normalidad se había restablecido por completo. La gente recordaba los pasados acontecimientos como se recuerda una pesadilla, sirviéndoles sólo de medida para valorar su felicidad actual. El «Interplanet» había perdido su carácter sensacionalista para limitarse a los vulgares acontecimientos del día. Y en estas condiciones, Miriam se presentó en el despacho de Clevers; la acompañaba Larry.

— ¿Ahora tiene la desfachatez de comparecer por la redacción? — gritó Clevers, al verla —. ¿Dónde ha estado escondida durante los días en que más la he necesitado?

— ¡Ah! Pero, ¿es que me ha necesitado usted alguna vez? Nunca me lo había dicho, señor Clevers.

— ¡Fuera de aquí! ¡Está despedida!

—No lo estoy, porque no pertenezco ya al periódico. Me voy a casar.

— ¿Qué? —Clevers se levantó de su asiento—. ¡Oiga, Miriam!

¡No haga bromas! ¿Va a dejar de verdad el periódico?

—Lo siento, pero el tirano de mi futuro marido me prohíbe la vida periodística. No obstante, le entregaré mi último trabajo. El reportaje de dónde me escondí durante los días de la invasión.

Clevers empezó a hojear las páginas mecanografiadas y a cada una de ellas lanzaba un gruñido de satisfacción. Tomó el aparato y apareció Morris en el visor.

— ¿Qué hay, jefe? Estoy a punto de entrar el número de mañana en la rotativa.

— ¡Tírelo todo! ¡Destrúyalo todo! ¡Hay que hacer nueva la primera página! ¡Ponga a grandes titulares: EL MAS SENSACIONAL REPORTAJE DE TODOS LOS TIEMPOS!

Si Clevers se hubiese fijado en la pareja, habría sorprendido una escena también digna de ser captada. La rebelde periodista, estrechamente apretada entre los brazos del hombre que siempre había manifestado tan enormes deseos de estar lejos de ella.

Y por lo visto, ambos se encontraban muy bien en aquella actitud, porque el abrazo se iba estrechando…

FIN